Los nombres de las cosas

MARIANO PEYROU

narrativa sexto piso

Los nombres de las cosas

Los nombre de las cosas
MARIANO PEYROU

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Mariano Peyrou, 2018

Primera edición: 2019

Imagen de portada
Siblings, 1930, Paul Klee (1879-1940), óleo sobre lienzo,
Heidi Horten Collection

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2019
París 35–A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

eISBN: 9788417517533

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Portada
Créditos
Los nombres de las cosas
Formas de decepcionar
Acampada
Los efectos mágicos
El colegio
Catastro
Rebe
Inglaterra
París
Holanda
La muerte
El amor
El matrimonio
La hernia
La seducción
En la cocina
Teatro
Llorar
Las manos / la extrañeza
La violencia imaginaria
¿Colonial?
Muerte de mi madre
Hay dos cielos
La publicidad
Elogios
Canciones
La responsabilidad
El futuro
Los equilibrados
Valeria
Alemania
Películas
La interioridad

El pasado
Lo que nadie sabe
Uno y trino

A Daniel
A Juan

LOS NOMBRES DE LAS COSAS

–Mira ese cartel –dijo Garzía.

Estábamos en un hospital. El día anterior me habían operado de una hernia y los dos habían venido para acompañarme a casa.

–¿Qué tiene de raro? –pregunté.

Era un cartel situado sobre la puerta, limpio y rectangular en el que, sobre un fondo verde, unas letras mayúsculas decían claramente: SALIDA.

–Indica que es la salida y está justo delante de la puerta. ¿No os parece llamativo?

Contestamos que no y salimos a la calle. Caminamos hasta la esquina y Garzía paró un taxi y abrió la puerta.

–Aquí debería poner «entrada» –dijo.

Con mucho cuidado, me ayudó a instalarme en el asiento delantero. Ellos se sentaron detrás.

–No, es un deíctico –dijo Amundsen.

–¿Qué es un deíptico? –le pregunté.

–Deíctico –dijo Amundsen–. Con ce.

–Con ce de deíctico –dijo Garzía.

–¿Qué es?

–Es una palabra que cambia de significado según quién la diga y en qué situación se diga. Como «yo» o «mañana» o «ahí».

–Ah.

–¿Entiendes? –continuó Amundsen–. Cambia según el contexto.

–Todas las palabras son así –dijo Garzía.

Amundsen estaba en un hotel de Guadalajara.

–Tengo un poco de frío –le dijo a la recepcionista– y quería ver

si me podrían prestar una estufa eléctrica, de esas pequeñas.

–¿Frío?

–Sí, no funciona el aire caliente, o yo no sé ponerlo, y en cualquier caso no me gusta mucho ese aire caliente y quería ver si me podrían prestar una estufa eléctrica –dijo Amundsen.

–O un calentador. ¿Un calentador no le serviría?

–Sí, perfecto. A mí no me importa cómo se llame, lo que quiero es no tener frío.

–A la orden.

Nico ya tenía nueve años y estábamos en la cola de la pescadería. Delante había una señora bastante mayor. El pescadero le dio una bolsa con tres o cuatro peces rojos y unas monedas y le dijo:

–Aquí va esto, joven.

–La ha llamado joven –me dijo Nico en voz baja.

–Es una broma –le expliqué.

–O un vituperio. Si es una broma, es un vituperio –me explicó él, entusiasmándose–, porque le está diciendo que en realidad no es

–Habla más bajito –le dije.

–No se llama eutanasia. Se llama sedación terminal.

–Pero ¿qué diferencia hay?

–No sé. Ninguna. El nombre.

–¿Te parece poco? –dijo Garzía.

Amundsen entró en la panadería. La oferta era amplia, y empezó a leer los distintos carteles: pan de centeno, pan de espelta, pan multicereal, barra gallega, chapata, baguette, barra especial.

–¿Cómo es la barra especial?

–Normal –dijo la panadera.

–¿Cómo que normal?

–Sí, normal. No tiene

–Pero no puede ser –le dijo Amundsen.

–¿Por qué?

–¿No se da cuenta? Esto es una maravilla. Se llama especial pero

–Sí, o sea, es una barra normal, con harina de trigo, sal y

–Ya.

–De especial sólo tiene el nombre, pero es un pan que

–A mí lo que me interesa es el nombre –dijo Amundsen.

–La señora tiene razón –dijo Garzía en el Pandora–. Es especial porque se llama así.

Al día siguiente vinieron a verme a casa. Estaba mejor, pero todavía me dolía. Cuando les abrí la puerta, vi que Garzía llevaba un post-it en cada zapato. En los dos decía «zapato». Había traído un montón de post-it y empezó a escribir en ellos y a pegarlos encima de las cosas. Pegó en la nevera uno que decía «nevera», abrió la nevera y dijo:

–Esto está mal.

–¿Por? –pregunté. Amundsen se había sentado en el salón.

–Porque dice «leche» –dijo, y sacó un cartón de leche y le pegó un post-it que decía «cartón de leche».

Pegó unos cuantos más. En tazas, vasos y cuchillos. Luego salió de la cocina. En la puerta del baño, pegó uno que decía «puerta del baño». Les ofrecí unas cervezas y se las tomaron en el salón. Garzía pegó algunos más. En la mesita, en la tele y en una botella.

–El del baño está mal –dijo Amundsen cuando volvió del baño.

–¿Por? –pregunté. Garzía lo miraba con el bolígrafo en la mano.

–Dice «puerta del baño», y debería decir «post-it de la puerta del baño», ¿no?

–Tienes razón –dijo Garzía, y se levantó para corregirlo.

Cuando volvió del baño, estaba entusiasmado. Había encontrado, en la habitación de Nico, una reproducción de un cuadro de Magritte que planteaba el mismo tema de los post-it, ese tema que tanto le interesaba, y le parecía asombrosa la casualidad. A mí no, porque yo puse ahí ese cuadro cuando Garzía me habló de él. Fue hace mucho, y me acuerdo de que me lo explicó muy bien. Siempre le han gustado esas cosas. Le encantan.

–Esto no es una pipa –dijo Garzía.

–No, es un cuadro –dije yo.

–No, es un deíctico –dijo Amundsen.

FORMAS DE DECEPCIONAR

Estaba esperándolos en el Pandora. Ya llevaba cuarenta minutos solo, mirando las velas, acariciando la cera, soñando con quemarme y no quemarme, con cortarme y no cortarme, con las diferencias y las semejanzas entre el corte y la quemadura. Pensé que habrían quedado para llegar tarde. Pensé que cuando llegaran, me pedirían disculpas.

–No importa, el mejor rato es el de esperaros –pensé que les diría. Un buen vituperio.

Pero no me pidieron disculpas. Entraron juntos y muy contentos. Habían quedado antes para trabajar.

–Te he traído esto –le dije a Amundsen en cuanto se sentaron al otro lado de las velas–. Parece que habla de ti.

–¿Qué es? –preguntó Garzía.

–Una entrevista con Oscar Wilde. Mira lo que dice. Lo que deseo es que el público, y no la obra, sea un éxito.

–Pero a mí me pasa lo contrario. Lo que me apetece es decepcionar al público. No darle lo que espera –dijo Amundsen–. Como los futuristas que

–No te preocupes por eso. No creo que nadie espere mucho. –El chiste no salió como yo quería. O el público no fue un éxito.

Garzía siempre dice que hace falta decepcionar a los padres para llegar a ser uno mismo. Se lo he oído decir un montón de veces, pero esa vez no lo dijo. Me pareció muy raro que no lo dijera. Luego pensé que hay cosas que decimos sólo una vez y otras que repetimos constantemente, y que debería haber una manera de referirse a eso, de marcar esa distinción, como el corte y la quemadura tienen nombres distintos que velan sus semejanzas. Pensé que podríamos usar el verbo hablar para lo que se dice una sola vez y el verbo hablablar para lo que se repite constantemente.

–No, papi –dijo Nico cuando se lo propuse–. Hablablar es decir

cosas aburridas sin parar.

–Exacto –dijo Garzía cuando se lo conté.

La única vez que han trabajado juntos o, mejor dicho, que han sumado sus esfuerzos con algún fin que no sea burlarse de mí en esa alianza maravillosa que siempre establecen los dos vértices más alejados de cualquier triángulo, fue para llevar a las tablas, como dijo Garzía, una pieza teatral de Amundsen. En realidad no era una pieza teatral, sino un largo diálogo que formaba parte de una novela de Amundsen y que a Garzía le pareció que se podía llevar a las tablas. Dos actores y dos actrices, dos matrimonios cenando sentados alrededor de una mesa y poco más.

Amundsen hace novelas. Garzía hace películas. Yo trabajo en el ministerio.

–Me gustaría escribir un libro –les dije una vez.

–¿Para qué? –me preguntó Amundsen.

–¿Y por qué no lo haces? –me preguntó Garzía.

–No sé. Porque no tengo vuestro talento.

Es cierto. No estoy a la altura de mis amigos.

–Y eso que somos unos astracanes –dijo Amundsen, y Garzía, por una vez, no se mostró en desacuerdo.

–Pero ¿cómo va a repetir primero de primaria? –le pregunté cuando me contó que Martita tenía que repetir curso.

–No sé, supongo que habrá puesto en el examen que las jirafas tienen trompa –me dijo Garzía.

–No creo –contesté.

–Tiene razón. Lo que deberías pensar en serio es para qué quieres escribir un libro –me dijo Garzía–. Así vas a saber cómo enfocarlo.

–No me

–¿Tú cómo te hiciste escritor? –le preguntó a Amundsen.

–Ni idea.

Hace unos años, cuando Nico acababa de nacer, intenté escribir un libro. Se lo iba pasando a medida que avanzaba y ellos me

comentaban alguna cosa, casi nada. Avanzaba muy despacio porque no tenía tiempo para escribir. Estaba muy ocupado con Nico, con los pañales y el biberón, con todas las redefiniciones. Creo que intenté escribir un libro en aquel momento imposible precisamente por todas las redefiniciones. Una vez, frustrado, les dije que no sabía si tirar el libro por la ventana o tirarme yo.

–Tira el libro –dijo Garzía.

–Tírate tú –dijo Amundsen.

El público no fue un éxito. Pero mi público muchas veces no es un éxito, así que quizá no dependa tanto del público. A Nico, en cambio, le salen los chistes con mucha facilidad.

–La cuestión es que tenemos que llegar a tiempo –le dije un día mientras discutíamos, tratando de no perder el autobús.

–No, la cuestión no es ésa –dijo Nico con una zapatilla puesta y la otra en la mano–. La cuestión es ser o no ser.

–Buena broma.

–¿Por qué es buena? A mí me parece que no he hecho nada.

Entonces pensé que a lo mejor para hacer un buen chiste uno tiene que sentir que no ha hecho nada, como cuando sueña. O como cuando yo decepcionaba a mi madre: una cosa involuntaria, algo de lo que no me daba cuenta hasta que ella lo mencionaba.

–A ver, en serio, ¿por qué dices que quieres decepcionar al público? –le pregunté a Amundsen–. ¿Sólo por el placer de decepcionar?

–No es un placer, es

–No es sólo un placer –dijo Garzía.

–No es sólo un placer –repitió Amundsen–. Es un impulso, como una ola.

En alguna universidad de California estaban dando un curso sobre la metáfora.

–Hay palabras que fueron metáforas en un momento inicial, pero que ya están tan instaladas en el lenguaje que no las percibimos como metáforas –explicó el profesor–. Se llaman metáforas fosilizadas. Por ejemplo, cuando hablamos de las patas de

una mesa, nadie piensa en las patas de un animal, aunque ése sea el origen de la expresión. El nombre está demasiado pegado a la cosa. ¿Se os ocurre algún otro ejemplo?

–La solución de los problemas –dijo una estudiante de la India.

Tras unos momentos de desconcierto descubrieron que la chica estaba haciendo la carrera de química y que para ella, la palabra «solución» venía de ese contexto. Y como era de la India, donde tienen un concepto distinto del tiempo y de los problemas, pensaba que se hablaba de solución porque los problemas se disuelven y se precipitan, como en una solución química, volviéndose más o menos perceptibles o molestos, pero nunca desaparecen definitivamente.

–Imagínate qué decepción tuvo que llevarse –me dijo Amundsen cuando terminó de contarme la historia.

–¿Por? –le pregunté.

Yo tendría ocho o nueve años y en el colegio nos pidieron que al día siguiente lleváramos dinero para comprar una pecera para la clase. Teníamos que pedirles a nuestros padres cien pesetas cada uno.

–Le voy a decir a mi madre que me dé mil –le dije a Garzía. Mi madre estaba muy implicada en todas las cosas del colegio y me parecía seguro que me iba a dar más dinero que los demás padres.

–No, tú tienes que llevar lo mismo que los demás –me dijo ella.

Al día siguiente fui al colegio muy decepcionado con mi billete de cien. Además, temía que Garzía sacara el tema o se burlara al enterarse de que sólo llevaba cien pesetas, pero Garzía no dijo nada.

ACAMPADA

A los doce años, Garzía todavía era un niño muy guapo. Sin embargo, en aquella época, el éxito con las chicas ya lo tenían los simpáticos, los graciosos y los sabios. Es decir, los repetidores. Garzía siempre dice que los repetidores no suelen ser los más tontos ni los más rebeldes, sino los más obedientes, los que mejor han interiorizado el modelo que les ofrece la televisión: las chicas que han leído más revistas femeninas, los chicos que han visto más películas de metralletas. En nuestra clase había un repetidor que se llamaba Marcos. Nos habíamos ido de acampada y una noche Marcos le pidió a una chica, delante de todos, que le diera un beso. Ella le dijo que no y él diagnosticó que se cortaba.

–Irene se corta.

Más tarde, cuando nos metimos en la tienda, empezamos a debatir con las linternas sobre lo que había pasado.

–Es que Irene se corta –dijo Alejandro.

Alejandro era el tonto de la clase. Era tan tonto que nunca repetiría. Garzía le explicó que eso era lo que decía Marcos, pero que no tenía por qué ser verdad; que a lo mejor a Irene no le gustaba Marcos y por eso no quería darle un beso y que Marcos quizá se justificara de ese modo. A los doce años, Garzía pensaba que entendía los mecanismos psicológicos de nuestros compañeros.

Unos años después, cuando cumplimos cuarenta, hubo una reunión de exalumnos. Yo no pude ir, porque la organizaron un viernes, pero Garzía fue y habló con Irene de la acampada. Ella se acordaba muy bien de lo que había pasado. Dijo que le encantaba Marcos, pero que se cortaba.

Ahora «cortarse» es mi verbo favorito. Me gustan las formas reflexivas. Se cortan la leche, la mayonesa, la comunicación. Se ha

cortado, dice mi padre, aunque yo lo oigo, y cuelga el teléfono, y me imagino un tajo en el cable largo, infinito.

–Es mejor el sustantivo –dijo Amundsen en el Pandora–. Un corte.

–El corte y la corte –dijo Garzía–. Como el mar y la mar.

–Me da corte –dije yo.

–Hacer la corte –dijo Amundsen, que detesta la seducción.

–Le hago la corte pero se corta –dijo Garzía.

–Se corta porque es corta –dijo Amundsen.

–¿Te acuerdas de cuando inventaste el cuarto estado de la materia? –le pregunté a Garzía.

–Claro. Llevo toda la vida en esa acampada. No he vuelto nunca de ahí, ¿sabes?

–Yo tampoco –dije, sin saber muy bien por qué.

–¿Qué es eso de la materia? –preguntó Amundsen–. ¿Qué acampada?

–Una acampada a la que fuimos. Dijo que el cuarto estado de la materia era el estado serpiente.

–Es que no hay nombre para eso –explicó Garzía.

–Hay nombre para todo –dije yo–. Para todos los elementos químicos, para todas las estrellas que hemos visto, para todas las emociones que

–¿Qué dices? –me interrumpió Amundsen–. ¿Cómo va a haber nombre para todo? Para empezar, en las distintas culturas, las cosas tienen distintos nombres, y esos nombres

–Ahora va a contar lo de los esquimales y el blanco o lo de los indios del Amazonas y el verde –me dijo Garzía.

–No, iba a contaros otra cosa que a lo mejor no

–¿Qué cosa? –pregunté.

–Que los indios de Tierra del Fuego tienen una palabra que significa «mirándose a los ojos, ambos deseando que el otro comience lo que ambos desean pero ninguno se atreve a comenzar». Está bien, ¿no? Aquí no tenemos nombre para eso.

–Sí tenemos –dijo Garzía–: Miraditas. Pero no viene en el diccionario.

–No es lo mismo.

–Es que nunca es lo mismo.

–Para lo que no tenemos nombre es para mimirar –dije yo–. Es

un invento de Nico. Significa mirar a ver si te están mirando.

–Es verdad. Ni para el plus de vergüenza que se siente cuando uno nota que los demás notan que uno siente vergüenza –añadió Garzía.

Entonces Amundsen dijo que tampoco hay nombre para cuando uno dice la verdad pero se da cuenta de que los demás no se creen lo que dice y tiene que modificar su discurso para que no parezca que está mintiendo.

–Una vez me contaron que un tipo tenía que hacerse una foto para el carnet o el pasaporte y tenía un peinado un poco raro, con el pelo hacia arriba y muy largo. La cuestión es que el pelo no cabía en la foto. Llevaron a la policía una foto en la que no se veía el pelo entero, salía cortado, y la policía no la aceptó, porque en una foto oficial no puede aparecer cortada ninguna parte de la cara –expliqué.

–Es que el mundo no quiere la verdad, quiere lo verosímil –dijo Amundsen.

–Al final la retocaron con Photoshop, le cambiaron el peinado y la policía la aceptó.

–Es una metáfora de algo, pero no sé de qué –dijo Garzía.

–¿Y qué era eso de los esquimales? –le pregunté.

Vivíamos al lado del río. Un día, nuestro profesor cazó una culebra. En el colegio nos corregía la ortografía y en el campo cazaba culebras. Las víboras tenían la cabeza triangular; las culebras la tenían redondeada y no inyectaban veneno. Igual era bastante impresionante. Por turnos, pudimos tocarla. Estaba fría y gelatinosa, y Garzía dijo que era el cuarto estado de la materia: sólido, líquido, gaseoso y serpiente. El profesor dijo que era una buena observación y la soltó. La culebra se alejó en un instante, entre las cañas, y oímos el leve ruido que hizo al entrar en el agua.

LOS EFECTOS MÁGICOS

Es obligatorio agacharse a recoger las monedas que uno encuentra por la calle. Mi madre decía que daban suerte. Nico se pone muy contento cada vez que encuentra una moneda.

Una vez a Garzía le dolía la cabeza, entró en una farmacia, compró unas aspirinas y se le pasó el dolor. Se lo conté a Sara y le pareció absurdo. A Sara no le interesa estudiar la reversibilidad de las relaciones de causa-efecto. A Garzía y a Amundsen, en cambio, les encanta ese tema. Creo que por eso se han hecho amigos. Sara, de un modo análogo e inverso, le pone pañal a Nico para dormir. Por si se hace pis, dice. Nico ya no se hace pis nunca, sólo cuando Sara le pone pañal. Por eso salgo poco por la noche, sólo los jueves al Pandora con Garzía y Amundsen. También salgo a pasear por el Retiro con Garzía los martes por la mañana. Me escapo del ministerio un rato y damos un paseo. Los jueves, aprovechando que no estoy, también le pone chupete, para que duerma mejor.

–Hay quien chupa las cosas y hay quien chupa los nombres de las cosas –dijo una vez Amundsen.

Para mi cumpleaños, Sara siempre me regala libros que no me gustan. Siguiendo los consejos de Garzía, una vez le regalé para su cumpleaños un destornillador, pero ella lo guardó en la caja de herramientas y siguió regalándome libros que no me gustan.

–El futuro es una parte del pasado.

Se me había ocurrido esa frase después de ver un documental. Estábamos en el Pandora, porque era jueves.

–Exacto –dijo Garzía, casi felicitándome–. Es la parte del pasado que está quieta.

–¿Cómo que está quieta? –pregunté–. Es la que

–Sí, está quieta –repitió Garzía–. Pero el pasado nunca está

quieto.

–¿Qué? ¿Y el futuro por qué es parte

–El final de nuestro planeta, por ejemplo, no va a ocurrir en el futuro; ha ocurrido en el pasado, porque

–No pasa nada si se acaba el planeta. Las cosas duran lo que duran. No es ninguna tragedia. Y la especie humana no es tan maravillosa como para que nos preocupemos por su extinción –dijo Amundsen, y apagó una vela.

Yo pensé en las mariposas de las selvas tropicales, en los monos, en las orugas y en las hojas de morera que iba a buscar cuando Nico tenía un montón de gusanos de seda.

–Es de un egoísmo atroz –le dijo Garzía–. A ti te da igual, pero podrías pensar en los demás, en

–¿Qué demás?

–En las generaciones futuras –dije yo, recordando los parques lejanos donde recolectábamos las hojas de morera. Era otra etapa de la vida, pero no hacía tantos años. Tuve ganas de llorar–. La gente que todavía no ha nacido y que tiene derecho a

–¿La gente que no ha nacido tiene derechos? –me preguntó–. Entonces ¿por qué no estás en contra del aborto?

–Bueno, es

–Todos somos egoístas, pero algunos nos damos cuenta y otros no. Hay un mecanismo de negación, como si el egoísmo o la falta de empatía fueran a desaparecer por no mirarlos.

–No te

–Ya sabemos que somos egoístas –continuó Amundsen–, que el ser humano es así. ¿Por qué hay que disimular todo el tiempo?

–Vale, existe el ello –dijo Garzía–, pero no es lo único que existe.

Cuando Nico tenía dos años y se ponía a correr o saltar, yo decía que se había puesto fieratón. Y a partir de cierto momento, la palabra «fieratón» bastaba para que se pusiera a correr o a saltar. Se lo conté a Garzía y le encantó. Creo que fue entonces cuando decidió tener un hijo él también. O quizá fuera un día en que vino a casa y Nico estaba muy fieratón, supongo que por la presencia de Garzía. En cierto momento, tiró un zorrito de peluche por el aire, que cayó sobre la taza de Garzía, que cayó de la mesita al suelo.

Entonces Nico gritó:

–¡Ico!

–Le ha puesto la firma a su acción –explicó Garzía.

La primera vez que mi madre tuvo cáncer, yo todavía estaba en la universidad y le conté a Amundsen que la operación había salido bien y que iban a tener que estar controlándola toda la vida.

–Ya sabemos de qué no se va a morir –dijo él.

–Valeria me ha contado un chiste buenísimo –dijo Amundsen.

Valeria es el amor de su vida. Garzía encendió dos velas. Yo le di un trago a mi cerveza.

–Es la historia de los cinco judíos –continuó Amundsen, poniéndose en pie–. El primer judío, Moisés, dijo: Todo está aquí. –Amundsen se apoyó el índice en la sien–. El segundo judío, Cristo, dijo: Todo está aquí. –Amundsen se colocó la mano sobre el corazón–. El tercer judío, Marx, dijo: Todo está aquí. –Amundsen se acarició un poco el vientre–. El cuatro judío, Freud, dijo: Todo está aquí. –Amundsen se agarró groseramente los genitales–. Y el quinto judío, Einstein, dijo: Todo es relativo –concluyó Amundsen, levantando las dos manos con gracia ingenua.

–Me encanta –dije yo–. «Aquí» es un deíctico, ¿no?

–Sí, pero falta Spinoza –dijo Garzía–. ¿Qué dijo Spinoza?

–Cuando me lo contó, le dije que era un poco proselitista. Resume toda la historia de occidente en cinco judíos. Ella me dijo que eso no era proselitismo, sino propaganda sionista. La verdad es que es tan

–Tengo que pensar qué dijo Spinoza –murmuró Garzía, y encendió otra vela.

–Es que es así. Parece que lo que no nos gusta va a desaparecer por no mirarlo.

–Pero eso también tiene su lado bueno –dijo Garzía–. También creemos que las cosas van a aparecer sólo por nombrarlas.

O por mirarlas, pensé yo, acordándome de cuando Garzía estaba

en Inglaterra y miraba por la ventana de su habitación esperando que aparecieran sus padres.

–El paso del mito al logos es un mito –dijo Amundsen.

–Eso no significa que no contenga una verdad –dijo Garzía.

Amundsen estaba con una amiga en un pueblito de la costa, sentados en una terraza.

–Me suena mucho su cara –le dijo el camarero–. ¿Viene mucho por aquí?

–Es la primera vez que vengo.

–Pues me suena mucho su cara.

–Me conocerás de la tele –dijo Amundsen, que no ha salido nunca en la tele.

El camarero le dijo que podía ser y Amundsen se dio cuenta de que los demás camareros empezaron a mirarlo mucho. Luego los invitaron a dos rondas a él y a su amiga.

–Bueno, todo es relativo –dije yo.

–Las inglesas son así –había dicho Garzía.

–Ésa no es una categoría –protesté.

–¿Cómo que no? –me dijo Amundsen, risueño–. Individuos de sexo femenino que han nacido en Inglaterra o pertenecen a la cultura

–Ya, lo que quiero decir es que no es una categoría que sirva para nada.

Entonces discutimos un poco sobre el relativismo cultural y Amundsen me contó que ese concepto viene de la antropología y que no implica que no haya diferencias entre las culturas, ya que la antropología se dedica precisamente a tratar de explicar los rasgos característicos de las distintas culturas. O algo así. Me preguntó si no me acordaba de la universidad, pero yo me acuerdo sobre todo de lo que aprendimos en Estadística. Me pareció lo más interesante y lo más útil para la vida.

–¿Qué? –preguntó Amundsen.

–Digo que todo es relativo. Bueno, lo dice

–Ya te he oído. Pero lo que dice es que son relativos el espacio y

el tiempo. Saltar de ahí a un relativismo cultural sin límites es

–¿Qué? –pregunté.

–Que hay gente que defiende el relativismo cultural como si fuera un absoluto –dijo Amundsen–, como si

–¿Qué? –pregunté.

–Que hay que ser relativista con el relativismo –dijo Garzía.

–Eso –dijo Amundsen–. El relativismo cultural no es un absoluto. No puede serlo. Si eres relativista, es que te gusta el relativismo, ¿no? Entonces, si hay una cultura más o menos relativista y otra que ejecuta a los relativistas, ¿cuál te gusta más? ¿Te gustan igual porque todo es relativo?

–A mí no me

–Yo no juego a los dados –dijo Amundsen.

EL COLEGIO

Sus conocimientos sobre el evolucionismo son escasos y poco matizados; sus campos de estudio son la reversibilidad de las relaciones causales y la creación de personajes. Por eso, cuando Amundsen había empezado a hablar sobre la ontogenia y la filogenia para que no se preocupara por lo introvertida que es Martita, no nos sorprendió que Garzía de repente exclamara:

–Si le cortas una pata a un gato, no va a tener gatitos con tres patas.

Entonces me pareció que era pertinente intervenir.

–Pues Rebe me contó que hay una cheerleader que se operó la nariz antes de quedarse embarazada, para que sus hijos no

–Sí, a mí también me lo contó –dijo Garzía.

–La reina, en cambio, se la operó después –dijo Amundsen–. La ontogenia recapitula la filogenia –había dicho un rato antes.

–¿Qué? –había preguntado yo.

–Realmente, en la facultad no te enteraste de nada –me dijo él.

–El móvil es la mejor escuela –dijo una vez Garzía. Siempre está hablando en contra de los móviles, pero le encanta consultar cosas ahí.

–Hay una teoría, totalmente anticuada, que dice que cada ser humano, desde que nace, va recorriendo las mismas etapas que ha recorrido la especie en su evolución –continuó Amundsen–. O sea, que la ontogenia

–Pero ¿eso qué tiene que ver con que Martita sea tímida? –preguntó Garzía.

–Cada individuo recapitula las etapas de su especie. Y entonces, igual que los animales más evolucionados tardan más tiempo en alcanzar la madurez –dijo Amundsen–, no sé, un mono más que una gallina, un perro más que una mosca

–Y la gestación de los elefantes es larguísima –apoyé yo.

–No tiene nada que

–Del mismo modo, los seres humanos más complejos y sutiles comienzan a brillar más tarde que los más primarios –continuó Amundsen–. ¿No te has dado cuenta? Los niños que más destacan a los ocho años

–Mira a Marcos, por ejemplo –apoyé de nuevo.

–Marcos sigue destacando –dijo Garzía.

–Es verdad –concedí–. Tiene una tienda de coches de lujo –le expliqué a Amundsen. Me había parecido que no destacaba porque no hacía películas ni novelas como mis amigos, pero Garzía tenía razón. A Marcos le iba muy bien–. Cuando estábamos en el cole, decía que quería ser político.

–Nunca he conocido a nadie que me gustara que quisiera ser político –dijo Amundsen.

–Seguro que les dice a sus clientes que si no le compran un coche es porque se cortan –dijo Garzía.

–O a los quince años, ahí esos alcanzan su momento de gloria –continuó Amundsen–. O a los veinte. Y luego empiezan a decaer. Pero otros

–¿Qué tontería es ésa? –preguntó Garzía.

–Mira a Einstein –dijo Amundsen.

–Mira a Mozart –dijo Garzía.

Yo no dije nada. Pensaba en lo mucho que les gustan a los dos las generalizaciones. Les encantan.

Sara es profesora de instituto. Se toma muy en serio su trabajo. Le encantan las teorías pedagógicas y va a muchos congresos. A mí no me importa, porque me quedo con Nico y nos lo pasamos muy bien.

–Martita no es tímida ni introvertida –dijo Sara–. Es discreta.

A nosotros no nos molesta que Garzía tenga esas salidas, pero en otros contextos no acaban de entenderlo. En una reunión de padres en el colegio de Martita, por ejemplo, cuando se discutía sobre la conveniencia de comenzar con un segundo idioma a edades tempranas, Garzía dijo:

–Yo estoy muy a favor del bilingüismo.

Pero el chiste no fue un éxito.

En los colegios pasan cosas muy raras. Una vez, Nico se hizo una fisura en la muñeca. Había estado corriendo en el patio del colegio y se chocó con otro niño. Se quejaba mucho.

–Tiene mucho cuento –diagnosticó la profesora cuando llegué a buscarlo.

Yo me lo creí, pero lo llevé al médico por si acaso y porque no paraba de quejarse. Al final, la radiografía justificó las quejas de Nico, que al día siguiente fue al colegio con el brazo en cabestrillo. Yo tenía ganas de decirle algo a la profesora, pero me corté. No conviene desautorizar a los profesores.

Una vez, Garzía y otro niño estaban en la clase, asomados a la ventana. No sé qué me dijeron, de broma. Yo les tiré una piedrita desde el patio. Luego otra. Tiré dos o tres. Una dio en el cristal. Entonces ellos se asomaron otra vez y me dijeron que había roto el cristal. Subí corriendo y sí, había una fisura, una raja. Me fui a casa muy angustiado. Quería contárselo a mi madre, ver qué pasaba, si tendríamos que pagar el cristal, si se iban a enfadar muchísimo conmigo. Era viernes y pasé todo el fin de semana pensando en ese cristal. El lunes, en la clase, esperaba que la profesora se diera cuenta y mis amigos me denunciaran, pero nadie dijo nada. Yo estuve todo el curso mirando esa fisura. Años después, pensé que probablemente la raja ya estuviera en el cristal y mis amigos me hubieran tomado el pelo. A veces me acuerdo y pienso que voy a preguntarle a Garzía qué pasó en realidad, pero nunca me acuerdo de preguntárselo cuando estoy con él.

Nico tenía que estudiar la historia de la vida. No estoy seguro de qué edad tenía, pero ya tenía exámenes, aunque era muy pequeño. Sara siempre dice que los exámenes no sirven para nada. Íbamos al colegio en el autobús y yo lo estaba ayudando a repasar.

–Hace 4500 millones de años… El Big Bang, se crea el universo.

–¿Y qué más?

–Aparece nuestro planeta. Era una nube de gas y polvo.

–Muy bien. Sigue.

–Hace 4000 millones de años… La Tierra se enfría. Se forman la corteza terrestre y los mares primitivos.

Miré el cuaderno. Había dibujado unos peces y unas medusas. Entonces me fijé en la explosión amarilla que había dibujado alrededor del texto que anunciaba el Big Bang y en la nube gris y moteada que rodeaba la aparición de la Tierra.

–Hace 3500 millones de años… ¿No?

–Sí.

Vi vegetales, verdes, puntiagudos.

–Aparecen las primeras formas de vida en el mar: diminutas algas. Hace 2000

–No. Un poco más.

–¿2000 no? ¿2500?

–Eso.

–Aparecen las primeras plantas que aprovechan la energía del sol para crecer y llenar el mar y el aire de oxígeno.

Traté de pensar cómo caería esa información en la mente de un niño. Vi flores de color fucsia y morado y más vegetales.

–Hace 1500 millones de años… Aparecen los primeros animales en los mares. Primero microscópicos, luego más grandes.

–Muy bien. Te lo sabes de

–Los animales y las plantas salen del agua y conquistan todo el planeta.

–¿Cuándo?

–Hace 1500 millones, ¿no? Ya te lo he

–Sí, eso pone aquí. Pero ¿aparecen en los mares y salen tan rápido? ¿No debería

–No sé.

Desde luego, un dinosaurio y una ardilla correteaban por la página.

–Bueno, da igual. Sigue.

–Hace un millón de años… Aparecen los seres humanos.

Había un corazón verde dibujado junto a este último paso. Nico siempre ha tenido mucha imaginación para los colores.

Martita tenía que dibujar un pato. La profesora le dijo que no era muy realista.

–Pero con los niños hay que fomentar o al menos permitir que la imaginación desborde la realidad –le dijo Garzía a la profesora.

–Sí, pero el pato es un animal que no se

–No me importa que dibuje un pato cuadrúpedo o un pato con trompa. Sobre todo

–Pero tienen que aprender a distinguir entre la imaginación y la realidad –argumentó la profesora.

–¿Cómo que la realidad? Querrás decir esa pobre y limitada concepción de la realidad que

–La realidad es la realidad, ¿no? –dijo la profesora.

–No –dijo Garzía.

Garzía siempre dice que cuando uno siente un entusiasmo opaco, tiende a ver las cosas desde los extremos.

–¿No?

–No. Y menos en el caso de Martita, que es tan perfeccionista que a veces prefiere inhibirse y no participar con tal de no hacer las cosas mal.

Con su hija le pasa eso. Siente un entusiasmo opaco. A veces la ve como una inútil y a veces le parece genial. Le ha mostrado a Martita art brut y Kandinsky y Paul Klee para convencerla de que un dibujo no tiene que parecerse a la realidad, que lo interesante es la mirada del artista, dejar de lado la ilusión de representar tres dimensiones en dos, pero ella sigue erre que erre, tratando de dibujar como si fuera fotógrafa, frustrándose y abandonando casi cada dibujo que empieza.

–Y por una vez que dibuja un pato como corresponde, viene la idiota esa y la desanima.

Se lo conté a Sara, a ver qué opinaba, y le pareció mal: dijo que Garzía limita la libertad de su hija tratando de acondicionar su mundo a su gusto.

–Y no conviene desautorizar a los profesores –añadió.

–A mí me encanta tu pato –había dicho Garzía.

CATASTRO

Como un colosal cnidario (y aquí me acuerdo de Amundsen, que me contó que Faulkner calificó a Hemingway de incapaz de usar una palabra que mande al lector al diccionario), asentada sobre las cáscaras u osamentas de sus antepasados, elevándose sobre la muerte, sobre la escasa materia que todavía no se ha pulverizado, está la Delegación Provincial de Hacienda, piedra que imita al vómito, vómito que imita al mármol, donde Garzía decidió organizar el sexto cumpleaños de Martita.

Nico estaba invitado, pero al principio no quería ir. Son niños muy pequeños, decía, es un rollo. Yo hice un esfuerzo para convencerlo porque tenía muchas ganas de ver a Rebe en función materna, a Martita soplando las velas e incluso a Garzía, sobre todo para preguntarle por qué había elegido ese lugar, cómo, quién.

Cnidarios, sin cerebro ni corazón, marinos, urticantes, agrupados en un mismo filo pero tan diferentes como los niños que iban llegando uno por uno, cada uno con sólo uno de sus padres, siguiendo instrucciones de Garzía, que quería que la entrada fuera discreta para no tener problemas con los guardias de seguridad, las sacerdotisas del templo que siempre están vigilantes, vestales, con sus túnicas y la mirada atenta a la ciudadanía y a la pantalla de rayos X, aunque parezcan distraídos comentando el resultado de anoche o del miércoles que viene.

En cuanto entramos noté el olor a ministerio, un olor que siempre me hace evocar el pasado, la primera infancia de Nico, un olor que es casi un hogar, un lugar donde no podría pasar nada malo. Iban llegando los niños y Garzía les quitaba el calzado para que en calcetines se deslizaran mejor sobre el suelo de mármol y les colocaba matasuegras y silbatos en las manos y bombones, coca-cola, mazapán y napolitanas al alcance de la boca. Al borde de la sobredosis de azúcar, excitados como cnidarios en celo, los puso a

jugar al escondite pilla-pilla.

Rebe llevaba un vestido blanco. Es bastante rubia y tiene unos ojos que a veces son azules, a veces son grises y a veces son verdes, bastante oscuros. Cuando iba a ponerme a hablar con ella, Nico vio un cartel que decía CATASTRO.

–¿El catastro es donde se producen las catástrofes? –preguntó.

–No, el catastro es una

–Sí, exacto –me interrumpió Garzía, y le acarició el pelo.

–¿Y Amundsen? ¿No viene?

–No.

–¿Por? Tendría que

–Mejor así –dijo Rebe, que es holandesa.

En realidad se llama Rebekka. Rebekka Buitenhuis. Entonces me acordé de que la noche anterior había soñado que Nico era hijo de Rebe y se llamaba Nikko. Íbamos por la calle de la mano y me preguntaba:

–Papi, ¿por qué estás tan triste?

Mi hijo tiene la capacidad de nombrar emociones y llevarlas a un nuevo nivel de realidad. Al menos en mis sueños.

–Va a ser un niño mimado –dijo la profesora de Nico cuando Nico tenía cuatro años.

–Mejor para él –dijo mi madre cuando se lo conté unos días más tarde.

–¿De verdad tu madre dijo eso? –preguntó Garzía en el Pandora.

–Me encanta –dijo Amundsen, que justo en ese momento me estaba llamando pero no contesté.

Me acordé del móvil de Amundsen. A algunos les daría vergüenza mostrarlo, pero él lo deja tranquilamente sobre la mesa del Pandora, al lado de las gigantescas velas que también tienen algo de cnidario, hechas con la cera de otras velas, pedestal que opaca o vela la estatua.

–No tiene internet ni graba vídeos, pero hace una cosa que no hacen los vuestros: se caga en los smartphones.

No sé si lo dijo o me lo imaginé. Pudo haberlo dicho y pude haberlo imaginado, y aquí me acuerdo de Garzía, que me contó que Freud citaba unas palabras de Nietzsche: Mi memoria dice: yo hice esto. Mi orgullo dice: Yo no puedo haber hecho eso, e insiste, y la memoria siempre acaba cediendo. En cualquier caso, es cierto: su

teléfono se caga en los smartphones igual que las películas de Garzía se cagan sutil, discretamente, en la mayoría de las películas que proyectan en los cines, igual que las novelas de Amundsen se cagan de manera tácita pero contundente en la mayoría de las novelas que vemos en los escaparates, igual que el cumpleaños de Martita se estaba cagando con delicadeza infantil en los demás cumpleaños infantiles, donde jamás ocurriría que los invitados chocaran con dos o tres señores tirándoles al suelo los documentos que habían ido a entregar o a recoger en aquel templo del orden, o a compulsar, ni que unos guardias de seguridad se acercaran a Garzía y le pidieran amablemente que se marchara cuando estaba en el baño con seis o siete niños, cargando unas pistolas de agua. Garzía exigió que le enseñaran el reglamento que prohibía su presencia allí, pero los guardias lograron convencerlo de que lo mejor era que nos marcháramos cuanto antes. La fiesta apenas había durado ocho minutos.

–¿Ya nos vamos? –preguntó Nico cuando salimos a la calle.

–Sí, es una fiesta corta.

–Papi, ¿por qué estás tan triste? –había preguntado Nikko.

Pensé que Martita debía estar a punto de llorar, pero parecía muy contenta. Sonreía y soplaba su matasuegras. Iba de la mano de Rebe, que me miró y también sonrió, pero con las cejas.

–Es el mejor cumpleaños de mi vida –dijo Garzía.

REBE

Lo sé todo sobre Garzía. Digo que lo sé todo por contraste con Sara, de la que sólo sé algunas cosas, o con Nico, del que casi no sé nada. Pero sobre Garzía lo sé todo. Sé, por ejemplo, que fue a Inglaterra por primera vez cuando sólo tenía once años. Estuvo un mes en algún pueblo del sur, yendo a clases de inglés y viviendo con una familia local. Todas las tardes, cuando volvía a la casa, se quedaba mirando por la ventana de su cuarto, miraba una esquina y pensaba que a lo mejor el siguiente coche que apareciera sería el de sus padres. Sé también que conoció a Rebe cuando estrenó una película en Holanda. Las películas de Garzía funcionan mucho mejor en el extranjero: las ponen en Holanda, Alemania, Corea del Sur, Francia. Va a festivales, le hacen buenas críticas, se lo toman en serio, más o menos. En España no le hacen ni caso. Después del estreno, en Róterdam, tomaron unos tequilas y Rebe se desmayó y se fue con su amiga en una ambulancia que había venido a salvarla. Garzía las acompañó a la ambulancia y cuando la ambulancia se fue, se arrepintió de no haber ido con ellas.

–Eso no lo entiendo muy bien –le dije–. ¿Cómo que te arrepentiste? ¿Es que antes no te

–La amiga me dijo que Rebe se estaba quedando en su casa. Rebe vive en Ámsterdam, había ido a verla el fin de

–Pero ¿cómo que te arrepentiste?

–Bueno, pasaron muchas cosas. Se empezó a sentir mal y luego se quedó inconsciente. La amiga se lo dijo a los del bar, que llamaron a una ambulancia. Yo no sabía qué hacer, ¿entiendes? Pero en cuanto se fueron, me di cuenta de que tenía que volver a verla.

–Pues no lo entiendo.

Garzía consiguió enterarse de dónde vivía la amiga; alguien había mencionado el nombre de una plaza, alguien lo había oído y

se lo dijo a él. Tomó un taxi y cuando llegó a la plaza, vio que la ambulancia seguía allí. Se puso muy contento, aunque no sabía si Rebe se encontraba bien, y se acercó a la ambulancia, que ya estaba a punto de marcharse. Los camilleros no le quisieron dar la dirección donde habían dejado a Rebe. Garzía protestó, discutió, se lamentó. Ellos habían visto que él era amigo de Rebe, que estaba con ella y con la amiga, pero no podían darle la dirección donde habían dejado a la paciente, por las normas.

–Son las normas, me dijeron –me explicó Garzía–. En Holanda se

–Pero ¿qué pasó?

–Les dije que era una situación kafkiana.

Por la reacción de los camilleros, Garzía se dio cuenta de que no conocían a Kafka, cosa que le pareció indignante. Cuando al fin se fueron, se quedó en la plaza sin saber qué hacer. Nevaba, era de noche, no había nadie. Al final se puso a recorrer la plaza pasando por debajo de todas las ventanas y gritando el nombre de la amiga hasta que ésta bajó. Garzía le dejó su teléfono para que Rebe lo llamara al día siguiente y Rebe lo llamó dos días después.

Dos días después de que Rebe se instalara en Madrid era jueves y quedamos en el Pandora para que Garzía nos la presentara. Era muy guapa. Se parecía más a las amigas de Amundsen que a las anteriores novias de Garzía.

–¿De qué partido? –pregunté yo. Rebe estaba contando que en una época había sido concejal en Arhem.

–Del laborista.

–Eso es izquierda moderada, ¿no? –preguntó Amundsen.

–Izquierda realista –se defendió ella. O atacó.

–Me acabo de dar cuenta de una cosa –dijo Garzía.

–¿De qué cosa? –pregunté.

–Sí que tenemos una derecha civilizada. Es

–En España siempre se dice que no hay una derecha civilizada –le explicó Amundsen a Rebe–. Es un lugar común que todo el mundo conoce.

–Se supone que en Europa la derecha es civilizada y que en España es franquista –añadió Garzía.

–Es que son los hijos y nietos de

–Pero en realidad, en el resto

–Espera, deja que me cuente la historia –le pidió Rebe a Garzía.

–Y es un partido fundado por un ministro de Franco, aunque eso no figure en su currículum.

–¿Qué?

–Imagínate el currículum que debe tener para no poner que fue ministro, como si

–¿Cómo sabes lo del currículum? –pregunté.

–Porque lo leí en la página del PP –me dijo Amundsen–. Hace tiempo. Se hablaba de todo lo que

–Pero lo de Fraga es lo de menos –dijo Garzía–. Su concepto de lo que es la democracia quedó claro después del 11-M, cuando ocultaron

–El PSOE también ocultó la crisis –dije yo–. Es parte de lo

–No es que la ocultaran, es que no la llamaron así –dijo Garzía.

–Bien visto –dijo Amundsen, sonriente–. El nombre que

–Bueno, ¿qué ibas a decir? –le pregunté a Garzía.

–Nada, que me he dado cuenta de que sí que tenemos una derecha civilizada: el PSOE.

–¿El PSOE? –pregunté yo.

–¿Civilizada? –preguntó Amundsen–. No sé, si lo de la patada en la puerta te parece civilizado, yo no

–Lo de la patada no

–Hicieron una ley que permitía a la policía entrar en las casas sin orden judicial –le explicó Amundsen a Rebe. Amundsen era muy amable con Rebe en esa época.

–El PSOE sí que es realista –dijo Garzía–. Monárquico como el que más.

Rebe trabaja con libros en un gran grupo editorial francés que compró el gran grupo editorial español en el que Rebe trabajaba desde que llegó a España. Por eso el CEO mundial es francés. Según Garzía, a los holandeses los franceses les caen muy bien y llaman «paraplu» a los paraguas. A Rebe, desde luego, le caen muy bien los franceses, pero los alemanes le caen fatal. Una vez vino un autor alemán a presentar un libro y Rebe tenía que acompañarlo todo el día, creo que porque sabe alemán. Se suponía que tenía que ir a

buscarlo al aeropuerto, llevarlo al hotel, acompañarlo a comer y a hacer unas entrevistas y sacarlo a cenar después de la presentación, pero tuvo un bajón de tensión terrible y no pudo hacer nada en todo el día. Tuvieron que sustituirla unas cheerleaders. Rebe dijo que estaba cansada porque Martita le había dado muy mala noche, pero yo creo que le pasó porque el autor era alemán y los holandeses no tragan a los alemanes. Con el CEO francés, en cambio, se lleva muy bien.

–Cada vez que habla del CEO, pienso en Ceo –dijo Garzía.

–¿Qué? –pregunté.

–Ceo, un dios griego –dijo Amundsen.

–Es un titán, el titán de la inteligencia –explicó Garzía.

–Qué paradoja –dijo Amundsen, y apagó dos velas.

–«Idiota» viene de «idiotés», que en la Grecia antigua era el que iba a lo suyo, el que no participaba en asuntos de la polis, el que no se interesaba por la política –dijo Rebe el día en que nos la presentó Garzía, tratando de justificar su pasado de concejal.

–Es curioso cómo las palabras pueden cambiar hasta significar exactamente lo contrario –dijo entonces Amundsen–. Las etimologías también mienten.

–¿Qué paradoja? –pregunté yo.

–En realidad, seguro que es muy listo –dijo Garzía.

–Astuto –dijo Amundsen.

–Listo –dijo Garzía.

–Astuto –dijo Amundsen.

–Rebe es la más guapa que te has ligado en la vida –le dije a Garzía un martes.

–¿Qué dices?

–No hay duda.

–¿Qué dices? Me

–Pues dime quién es. Cuál es la más guapa.

–No sé, no es tan fácil

–Es que es la más guapa. Está claro. Eso no significa

–A ver, Andrea. Andrea era más guapa.

–Andrea no. ¿Andrea?

–No sé. ¿Bárbara?

Todas las novias de Garzía tienen nombres así. Amundsen dijo una vez que las elegía por el nombre, pero creo que lo decía de broma.

–¿Vas por orden alfabético? ¿A quién tienes con la ce?

–No voy por orden alfabético, idiota. A mí el orden alfabético me

–¿Camila? –pregunté–. ¿Carla?

–Camila, por ejemplo. Camila era guapísima.

–Sí, pero nunca te la ligaste, ¿no?

–Es verdad.

–Es que Rebe es la más

–Que no. Y a Carla tampoco me la ligué, por cierto.

–Ya, sólo estaba pensando en los nombres.

–No sé si Camila era tan guapa, en realidad.

–Bueno, ¿quién es la más guapa? Espejito, espejito.

No sé mucho sobre Rebe, pero sé que a veces pone música en el baño y baila delante del espejo. Me lo contó ella.

–Ya sé, es una que salía en un libro que leí de niño –concluyó Garzía.

–¿Cómo, en un libro?

–En un libro.

–Pero entonces a ésa te la imaginabas tú. Eso no vale –protesté.

–Es que me

–Y además, tenía que ser alguien con quien hubieras ligado.

–Ah, es verdad –admitió.

Rebe tiene la tensión muy baja, pero eso no es un defecto.

–Vamos, que te llevo –dijo Garzía un día en que ella se encontraba mal.

–¿Dónde? –preguntó Rebe.

–A la oficina esa donde trabajas. Vamos, tendrás que pasar el plumero o algo.

–¿Vituperio? ¿Qué

–Vas a llegar tarde.

Garzía siempre está haciendo bromas sobre el trabajo de Rebe. A sus compañeras –casi todas son chicas– las llama las cheerleaders, porque aunque sean filólogas o abogadas, en las presentaciones y en

los cócteles se ocupan de los escritores que venden muchos libros, los acompañan, les llaman un taxi y cosas así.

–Pues lo sigo leyendo, y es increíble –estaba diciendo Amundsen cuando llegué al Pandora–. No sé qué habría que

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Está indignadísimo –dijo Garzía.

Rebe le había regalado a Amundsen un libro de uno de sus escritores favoritos, un novelista francés muy experimental. Casi todos los libros que sacaban en la editorial de Rebe eran muy comerciales, pero habían decidido apostar, como dicen ellos, por ese novelista francés de los años sesenta, y habían hecho una campaña muy fuerte señalando los aspectos transgresores de su prosa y su visión del mundo.

–Pero en realidad está totalmente mutilado. Si lo lees en francés, te das cuenta de que no usa signos de puntuación, escribe unos párrafos larguísimos, pone la sintaxis patas arriba… Y aquí le ponen las comas, y algunas las ponen mal, claro, y separan los párrafos y modifican las frases, que parecen sacadas de cualquier periódico. Lo han estandarizado. Se quedan con el aura, venden el aura, pero lo han desactivado estética y políticamente, lo han domesticado, destruyen todo lo que pueda haber ahí de

–Pues no ha servido para nada. Dice Rebe que no está funcionando nada bien –contó Garzía–. Pero ella no ha tenido nada que ver con eso que dices, ¿eh?

–Eso seguro –dije yo.

–¿Qué es eso de que ocultaron la crisis? –preguntó Rebe.

–Le pusieron otro nombre, para controlarla mejor –dijo Amundsen.

–Eso se llama escoconder –dijo Garzía unos años más tarde, cuando me habían operado de la hernia.

–Para que no diera tanto miedo –dijo Garzía–, aunque en realidad

–Pero legalizaron el matrimonio homosexual –dije yo.

–Que hagan lo que quieran, pero que no lo llamen matrimonio –decía alguna gente.

Rebe se dedica sobre todo a la contratación. Se pasa el día investigando libros, sobre todo en otros idiomas, y después se los lee para ver si publicarlos o no. Lee en inglés, en francés y en alemán. En holandés lee muy pocos, no sé por qué.

–¿Cómo te puede gustar una holandesa? –dijo Amundsen–. Los holandeses son como niños.

A mí me gustan los niños, pensé yo.

–Hay muchos libros sin traducir –dijo Rebe.

Al principio publicaba novelas y ensayos y libros de poesía, pero como lo hacía muy bien, la quitaron de la división literaria y la pusieron al frente de un sello que edita sólo libros de autoayuda.

–Entonces han ascendido a Rebe, ¿no? –le pregunté a Garzía.

–La han ascendido hasta la más nauseabunda de las cloacas.

–Sí, pero gana mucho más que tú –le contesté.

Martita siempre recibe los regalos de Navidad antes que nadie, porque en la casa de Garzía y Rebe siguen la tradición holandesa según la cual San Nicolás trae los regalos a los niños el cinco de diciembre. San Nicolás es el patrono de Ámsterdam y se supone que vive en España y viaja a Holanda para llevar los regalos. Una vez, Rebe me dijo que Nicolás era su nombre favorito.

–Es mucho mejor Papá Noel –dijo Nico a los seis años, cuando se enteró de que Martita ya tenía sus regalos. Estábamos yendo a merendar a la casa de Garzía y Rebe y pensé que era mejor contarle que San Nicolás ya había pasado por allí.

–Bueno, es lo mismo pero con otro nombre –le dije. No quería que hiciera rabiar a Martita cuando la viese.

–¿Cómo va a ser lo mismo? –me preguntó.

A Garzía, en cambio, no le importa mucho la diferencia. Lo que le importa es tratar de educar a Martita en contra de los rituales. Por eso tiene un árbol de Navidad en el salón todo el año, pero lo quita a mediados de noviembre, cuando las calles se llenan de motivos navideños, cuando San Nicolás probablemente ya está preparando su viaje desde España hasta Holanda, donde llega al mismo tiempo que al domicilio madrileño de Rebe y Garzía, lo cual es bastante raro. En Alemania, en cambio, se lo espera el seis de diciembre, un día después que en Holanda, lo cual es bastante

lógico. En febrero, cuando se acerca el carnaval, el árbol de Navidad vuelve a su sitio, lo cual genera irritación en Martita, lo cual genera irritación en Garzía.

–No sé por qué me ha salido una niña tan convencional –dijo Garzía, decepcionado.

–Fortunatamente –dijo Rebe–. ¿No era que había que decepcionar a los padres?

–Sí, pero a los otros –dijo Garzía.

–Calla, maldito –dijo Rebe.

Después de pasar unos meses con los libros de autoayuda, Rebe le dijo a su jefa que quería volver a su puesto anterior. En la empresa nadie lo entendía bien, pero al final aceptaron, aunque le bajaron el sueldo a menos de lo que ganaba originalmente. A Rebe no le importó mucho. A mí me dio un poco de pena, pero no le dije nada. Había una reunión de la cúpula de la editorial de Rebe con el escritor estrella del grupo, uno que vende muchísimos libros, novelas de detectives o algo así, de los que después hacen películas. Ahora había escrito una novela romántica, dirigida al público femenino, contaba Garzía mirando a Amundsen.

–Las mujeres leen más, y la editorial no es insensible a este hecho –dijo.

El escritor estrella estaba con tres mujeres en la sala de juntas: Rebe, la jefa de Rebe y la jefa de la jefa de Rebe, que es la jefa máxima de la editorial en España.

–Tenemos que lograr llegar a las mujeres –dijo el escritor estrella–. Coños, quiero coños.

Aunque la jefa de Rebe y la jefa de su jefa son feministas, no dijeron nada.

–Me encanta tu empleo de la metonimia, pero podrías ser un poco más respetuoso, ¿no? –le dijo Rebe.

–Esa vez casi la echan –nos contó Garzía–. Le dijeron

–No es una metonimia, es una sinécdoque –dijo Amundsen.

–Es una metonimia –dijo Garzía.

–Una sinécdoque –dijo Amundsen.

–Una metonimia.

INGLATERRA

Garzía miró por la ventana de aquella casa esperando que apareciera el coche de sus padres durante todo el mes. Miraba la esquina todos los días, aunque sabía que ese coche no iba a aparecer. Un par de años después fuimos a Inglaterra juntos. Compramos muchísimos discos. En esa época, muchos de los discos que nos gustaban no llegaban a España. Los otros niños compraban cuadernos y les pedían a los demás que escribieran dedicatorias, recuerdos. También jugábamos al fútbol. Estamos locas, escribían las chicas. Para que te acuerdes siempre de mí. Te quiero.

A Garzía le gustaba una chica que se llamaba Inmaculada. Tenía dos años más que nosotros. Quince. Nos parecía que a ella le gustaba Garzía. Un día, en el parque donde jugábamos al fútbol, un sábado por la mañana, Inmaculada le pidió a Garzía que le escribiera una dedicatoria en su cuaderno. Para una tía buena que se corta demasiado, escribió Garzía.

A mí también me gustaba Inmaculada, pero además me gustaba una que se llamaba Ana. Todavía me gusta. Tenía el pelo corto, un poco rubio, y también era más mayor, y muy simpática, y tenía unos ojos muy bonitos y solía llevar los hombros al aire. Dos años después nos la encontramos patinando sobre hielo. Habíamos ido a patinar con una novia que tenía Garzía y una amiga de la novia, que también se llamaba Ana. Garzía sabía patinar muy bien, pero yo no había ido nunca y estaba muy torpe, y Ana, la de Inglaterra, me dijo que fuéramos de la mano y así me enseñaba. Dimos un par de vueltas por la pista y entonces vino la otra Ana y me cogió de la otra mano. Me pareció que estaban compitiendo. Yo me imaginaba que me caía y alguien pasaba patinando por al lado y la cuchilla de su patín me cortaba los dedos, el rastro rojo sobre el hielo blanco, lo frío y lo caliente, el corte y la quemadura.

–¿De verdad piensas eso? –preguntó Inmaculada.

–¿Pienso qué?

–Lo que me has escrito esta mañana.

Lo miraba fijamente a los ojos. Estábamos en un jardín, en la fiesta de despedida. Al día siguiente volvíamos a casa.

–Sí –dijo Garzía.

–¿Las dos cosas?

–Sí, bueno.

Inmaculada lo miraba. Garzía miró sus labios pintados, muy rojos. Miró la hierba inglesa, los árboles, sintió que ella no había dejado de mirarlo. Tenía los labios pintados.

–¿Y qué hacemos? –preguntó Inmaculada.

–Yo voy a por más bebida –dijo Garzía, y se quedó conmigo hasta el final de la fiesta.

Cuando Garzía estrenó una película en Londres, Amundsen y yo quisimos acompañarlo. Al día siguiente del estreno fuimos al Barbican a ver una cosa de danza contemporánea en la que participaba una amiga de Amundsen. En algún momento de la función, a una de las bailarinas se le salió un zapato. Como si nada, lo cogió y se lo puso, combinando su baile con los movimientos necesarios para calzarse.

–Yo creo que eso es parte de la obra –dijo Garzía cuando lo comenté a la salida–. Se quita el zapato y se lo pone. Es una estética que trata de plasmar lo que

–No –dijo Amundsen–. O sea, es parte de la obra, pero es involuntario. Ha sido un error, pero este lenguaje admite que el error se integre en el discurso artístico.

–¿De verdad? –pregunté–. ¿Cualquier error?

–Sí, eso es lo que tiene de malo –dijo Amundsen–. Ésa es una de sus debilidades. Es como si no hubiera riesgo, porque nada puede salir mal.

–Bueno, eso también es lo que tiene de bueno –dijo Garzía.

Estuvieron discutiendo un rato mientras tomábamos algo esperando a la amiga de Amundsen. Fue un poco aburrido. Lo que más me gustó fue cuando a la bailarina se le salió el zapato.

–¿Y los hooligans? –preguntó Amundsen.

–Los bobbies no llevan pistola –contestó Garzía.

–¿Y Margaret Thatcher? –preguntó Amundsen.

–¿Y los Beatles? –contestó Garzía.

–¿Y el imperio? ¿Las colonias? –preguntó Amundsen.

–Ningún país ha aportado tanto al resto del mundo –contestó Garzía–. Y las chicas inglesas

–Insisto, Inglaterra es un horror.

–Resisto, es lo mejor que hay.

En Corfú conocimos a unas inglesas. Estuvimos todo el día montando en una lancha y por la noche salimos a tomar algo y Amundsen se puso a hablar con unas inglesas. Primero habló con una que era guapísima, pero que se emborrachó demasiado, así que se la dejó a Garzía. A mí me tocó una muy alta y muy flaca, y Amundsen empezó a hablar con la más fea, una que era gorda y bajita. Cuando empezó a besarse con ella, le levantaba la camiseta y mostraba las enormes tetas de la inglesa a todos los que pasaban por ahí. Yo pensé que seguramente le daría vergüenza estar con esa chica y por eso actuaba así. Todo el mundo lo celebraba y la propia chica parecía encantada. Me acuerdo de que la mía besaba muy bien, sacando mucho la lengua. La de Garzía vomitó y se quedó dormida en el suelo muy pronto, pero a él no le importó. Pasó un buen rato acariciándole la cabeza y se lo veía feliz por estar con una chica tan guapa.

Al día siguiente, por la noche, volvimos a verlas. Estaban perfectamente sobrias y nos vieron perfectamente, pero fingieron que no nos veían.

–No sé cómo tuvieron la poca vergüenza de tratar de mostrarse dignas –dijo Amundsen más de veinte años más tarde en el Pandora.

–Las inglesas son así –dijo Garzía.

–Las mujeres son así –dijo Amundsen.

–Y los hombres también, ¿no? –pregunté.

–Claro –dijo Garzía.

–No –dijo Amundsen–. Los hombres sois peores.

PARÍS

No sé nada de Martita. Sé que le gusta que le acaricien las cejas, que le den besos en las cejas, que, como dice Rebe, no fueron hechas para ser besadas, como si hubiera partes del cuerpo hechas para ser besadas. Las mejillas y las nalgas fueron hechas para ser besadas, diría Rebe, la boca fue hecha para ser besada, los dientes no fueron hechos para ser besados, la lengua no sé. Hay algunas personas a las que les sabe la boca fatal aunque se laven los dientes o coman fruta, y hay otras que pueden estar horas bebiendo y fumando y tienen un sabor maravilloso a las cinco de la mañana, diría Amundsen. Los dientes no fueron hechos para ser besados, pero a mí me encantan los besos con dientes, dientes con dientes, muy despacio, la fricción del esmalte y el olor a dientes, diría Garzía. Rebe tiene unos dientes muy bonitos. La nariz fue hecha para ser besada, las narinas no fueron hechas para ser besadas, los orificios de entrada y salida son lo más problemático y lo más interesante, valga la redundancia, diría Amundsen.

No sé nada de Nico. Sé que es imprevisible. A Amundsen le encanta lo imprevisible. Un día, Nico se despertó y me contó lo que había soñado. Era una escena confusa, estaba con una amiga en un lugar extraño.

–Donde la risa va y no vuelve –me explicó.

Entonces la amiga se convirtió en su profesora y él le preguntó qué significaba eso de la risa. Y la profesora contestó:

–Un sol ajeno.

–La infancia es la mejor metáfora de la vida –le dije.

–¿Qué? –preguntó Nico.

Después pensé que yo casi no había viajado en la infancia y que quería que Nico viajara más y le propuse a Sara que lo lleváramos unos días a París. Siempre había querido llevarlo allí.

Garzía y Amundsen habían viajado mucho en la infancia. Cuando les conté que íbamos a ir a París, también les expliqué que no es que mi madre estuviera a favor de mimar demasiado a los niños, que yo pensaba que decir eso fue una reacción contra el lugar común, contra una ideología a la que en otras mil ocasiones se había enfrentado con serenidad y argumentos, que lo que nos parece idiota o nos irrita de un modo especial o nos agobia leve pero repetidamente puede hacernos reaccionar de una manera exagerada y llevarnos a adoptar posturas extremas.

–A mí me gusta la gente que incluso en esas situaciones de tensión puede conservar la calma y encontrar el punto medio, razonar bien. Eso me parece admirable –dijo Garzía.

–No, yo prefiero a los que ahí se vuelven radicales y recurren a la hipérbole, a la ironía, a la parodia –dijo Amundsen–. El humor es eso.

–El humor no es eso –dije–. Eso no tiene nombre. Es otra de las cosas que no tienen nombre.

–El nombre es un puesto avanzado, la vanguardia de la teoría –dijo Amundsen–. Y la teoría nos protege de las inclemencias de la praxis. Por eso necesitamos nombres para todo, pero en realidad

–La radicalización es una de las formas de la estupidez, de la ignorancia, de la pobreza espiritual –dijo Garzía–. Como cuando dicen que la realidad es un constructo discursivo. Si todo es un constructo discursivo, tu pie también lo es. Si tu pie es un constructo discursivo, ¿me dejas que te lo corte?

–Ahí estoy de acuerdo –dijo Amundsen–. Además, lo del constructo discursivo es muy conservador. ¿El hambre es un constructo discursivo? ¿La desigualdad social es un constructo discursivo? ¿Los refugiados?

–En París hay muchos más negros que aquí, ¿no? –pregunté.

–Sí –confirmó Garzía.

Nico vio algo por la calle y me preguntó:

–¿Esto es una república?

–Sí.

–Qué guay, yo nunca había estado en una república.

–Bueno, no es tan

–Entonces ¿aquí no hay políticos?

–Sí que hay políticos. En todos

–Yo pensaba que en las repúblicas

–En todos lados hay políticos.

–¿Por qué? ¿Para qué?

–Bueno, alguien tiene que hacer ese trabajo. Pasa como con los basureros.

–No, pero los políticos mandan. Nadie quiere ser basurero, pero mucha gente quiere

–Nunca he conocido a nadie que me gustara que quisiera ser político –le dije–. Es uno de los trabajos más aburridos del mundo.

Siempre he pensado que el trabajo más aburrido del mundo es taquillero de metro. Una vez me lo dijo Garzía y lo he pensado desde entonces. Pero esa vez, con Nico en París, descubrí que no. El trabajo más aburrido del mundo es ascensorista de la Torre Eiffel. El día anterior habíamos subido a la Torre Eiffel, Nico y yo. Sara se quedó en el hotel o fue a hacer unas compras. Uno de los ascensoristas que nos tocaron tenía la cara más aburrida del mundo. Además de manejar la palanca, tienen que decirle a la gente que salga del ascensor cuando se meten más personas de las que el ascensor puede llevar. La gente grita, empuja, quiere entrar a toda costa. Hay que hacer unas colas larguísimas, la gente está nerviosa. Seguro que muchos se ponen agresivos. Me imaginé el anuncio en las ofertas de empleo: se busca hombre con don de gentes, sociable, capaz de dominar la tecnología, con conocimiento de idiomas y de artes marciales.

–Se busca licenciada en Filosofía para cuidar a una niña de dos años –dijo Garzía cuando Martita tenía dos años. Nos estaba contando que no era fácil encontrar una niñera si uno tiene cierto nivel de exigencia.

–¡Yo! –dijo una amiga de Amundsen que andaba por ahí.

–Supongo que porque no tenía el doctorado –dijo Garzía cuando le pregunté por qué al final no le habían dado el puesto.

En el metro de París anuncian dos veces la llegada a cada estación. Dicen el nombre de la estación dos veces. Y cada vez lo pronuncian de un modo distinto. La primera, la entonación es medio

interrogativa. La segunda, es afirmativa. Es como si algo fuese probable y se confirmara, como si hubiera una pequeña duda, como si la estación pudiese cambiar en el último momento, o cambiar de nombre, o el locutor haberse equivocado, y se resuelve que no, que Villiers sigue ahí, que Réaumur-Sébastopol es, en efecto, la que viene. Esa pequeña duda abría un hueco por el que a Nico le encantaba entrar, y los dos imitábamos las entonaciones de los distintos locutores, cada uno en su línea, cada uno en su estilo.

–En realidad no sirve para nada, pero es guay –dijo Nico.

–Todos los nombres deben ser pronunciados dos veces –dijo Garzía–. Es la repetición lo que los pone a funcionar.

–Hay que ver las películas y leer los libros varias veces –dijo Amundsen.

Habíamos ido los tres, a pasar un fin de semana largo. El último día, yo quería aprovechar la mañana para ir al Luxembourg. Quería enseñarle a Nico los barquitos que hay en el lago del Luxembourg. Recordaba que de niño, en mi único viaje al extranjero, mi madre me había llevado ahí a jugar con unos barquitos de madera que se empujaban con un palo y navegaban por el lago. Sara tardó mucho en ducharse. Nico y yo la esperábamos, con los abrigos puestos, en la habitación del hotel.

–No importa, el Retiro es mucho mejor –dijo cuando al fin salió del baño.

Llegamos al lago del Luxembourg sin apenas tiempo. Ya casi teníamos que irnos al aeropuerto. Los barquitos estaban ahí, no sé si eran iguales, seguro que no eran los mismos, pero se podían alquilar por media hora y se los empujaba un poco con un palo de madera y el viento los llevaba de un lado a otro. Eran veleros. Yo no recordaba que tuvieran banderas de distintos países. Nico los miraba fascinado pero nos tuvimos que ir. No lloró, como Martita no lloró cuando yo esperaba que llorara. A mí me dio una pena terrible que Nico no pudiera jugar media hora con los barquitos. Como si hubiera traicionado a mi madre.

HOLANDA

Garzía y Rebe eran novios y ella todavía vivía en Holanda. Él fue a visitarla unas navidades, a conocer a sus suegros. Aprendió entonces que en los trenes holandeses hay un vagón para la gente que quiere estar en silencio.

–Se llama «stiltecoupé» –nos contó al volver.

–Aquí también tendría que haber –dije yo–. Es muy

–Algún día los habrá.

–Es muy molesto cuando la gente

–En esos vagones, el revisor debería ser mudo –dijo Garzía.

–¿Y te gustó Holanda? –le pregunté–. ¿Viste los molinos?

–No vi ni uno.

–¿Y qué viste? ¿Cómo es Holanda? Habrás

–Todo es homogéneo en Holanda. Una vez, en el metro, vi que un punk se levantó para cederle el sitio a una anciana.

–Es el estado del bienestar –dijo Amundsen–. Sus efectos colaterales. El punk ahí no tiene sentido. La gente

–Pero no te parecerá mal eso, ¿no? –pregunté.

–No está mal para la anciana, pero es un síntoma de

–Y la sal no sala –dijo Garzía–. Hay que echar muchísima siempre.

–Bueno, ¿y qué hiciste en Ámsterdam?

–Nada. Un día fui a dar una vuelta y me senté en un banco. Enfrente de un canal, delante de una casa. Y salió el dueño de la casa y me dijo que ese banco era propiedad privada.

–¿Ves? Es lo que

–No me gusta nada hacer turismo cuando viajo –continuó Garzía–. Prefiero hacer vida normal, quedarme en casa, ir todos los días al mismo café. Hacer como si viviera ahí. Salir de mi condición de extranjero, salir de mí mismo. Es un turismo más intenso, un turismo del espíritu.

–O cocinar comida local –dije yo.

–Cuando fui a Nueva York, sólo hice dos cosas. Un día fui a Central Park y estuve ahí dando vueltas dos horas. Otro día fui al World Trade Center y estuve ahí arriba dos horas.

–Cuando el arzobispo de Canterbury fue a Nueva York, en los años veinte o treinta, al llegar al muelle lo esperaba un montón de gente. Y periodistas. Y le preguntaron si estaba preocupado por el grave problema de la prostitución en la ciudad –contó Amundsen–. ¿Sabéis cuál fue el titular en primera plana al día siguiente? Primeras palabras del arzobispo de Canterbury al desembarcar: ¿Hay muchas prostitutas en Nueva York?

–Cuando Igor Stravinsky fue a Nueva York, lo invitaron a cenar los de la banca –contó Garzía–. Un periodista le preguntó qué hacía un artista como él en un ambiente como ése. Cuando ceno con banqueros, sólo hablamos de música; cuando ceno con músicos, sólo hablamos de dinero, dijo Stravinsky.

–¿Cómo? –pregunté–. ¿Por qué no

–Mi plan para las vacaciones es mirar por la ventana –dijo Garzía.

En realidad no eran novios. Él fue a verla y ya está. Pero unos días después de volver, recibió un poema por correo.

ik weet het niet, said she
cold feet?, said he
no expectation, said she
till your invitation, said he

En Ámsterdam, en una librería de segunda mano, Garzía le había enseñado a Rebe un libro de e. e. cummings con un poema medio porno que empezaba así:

may i feel said he
(i'll squeal said she
just once said he)
it's fun said she

Ahora ella le había enviado una carta imitando el poema y resumiendo su historia. No sé si resumiendo. Contándola desde su punto de vista, según Garzía. Distorsionándola con humor. Creo que Garzía se enamoró de ella por ese poema.

glad you came, said she
i feel the same, said he
you make me high, said she
¡ai! ¡ai!, said he

–Pero explícame un poco –le dije a Garzía en el Retiro. Estábamos tomando algo en una terraza. Yo tomaba café y él té, como siempre. Era enero, pero hacía sol–. ¿Qué significa eso?

–Ik weet het niet –dijo él–. No lo sé.

–¿Cómo que no lo sabes?

–No, que significa «no lo sé».

–Ah.

–Y tener cold feet es tener miedo, echarse atrás, rajarse. Porque al principio no estaba seguro de si quería ir o

–¿Y lo de ai, ai? ¿Eso qué es? –Pensé en esa palabra. Rajarse. Cortarse.

–Es ay, pero no sabe escribirlo bien. Nada, es que a veces cuando

–Ah, vale. Bueno, sigue.

besa mi boca, said she
you are loca, said he
ik wil je hebben, said she
oh, Rebe!, said he

–¿Sabe español?

–No.

–¿Y esto qué es? Ik

–«Quiero tenerte». En el sentido de te deseo.

–Ah.

come again?, said she
i'm off to Spain, said he

kom terug…, said she
kom vlug!, said he

–¡Qué bueno!
–¿Lo entiendes?
–No, digo lo de antes. Lo de oh, Rebe me ha
–Esto es vuelve. Y esto, vuelvo pronto.
–Pero tú has aprendido muchísimo holandés –dije.
–Sí. Me ha enseñado ella.

happy new year!, said she
don't come too near, said he
wish you were here, said she
that's what i feared, said he

Entonces me enteré de que él se había agobiado un poco por la insistencia de ella. Me lo contó Rebe con su poema, ahí, entonces, en el Retiro. Eso siempre le pasaba a Garzía.

will you stay?, said she
no way!, said he
buy why?, said she
don't cry, said he

but you'll call?, said she
for sure, said he
and that's all, said she
nothing more, said he

–Ahí le ha dado la vuelta a
–Bueno, sigue, que ya estás terminando.

el final, said she
¿qué tal?, said he
bien… muy, said she
okay, doei!, said he

–¿Y eso?

–«Dui», se dice. Significa «adiós». Es que todos se despiden diciendo eso: okey, dui, y yo me burlaba de que todos dijeran lo mismo, de esa homogeneidad que

–Pero sí que sabe español –dije yo.

–No. Habla fatal. Y qué pena que haya puesto las comas, ¿verdad?

LA MUERTE

Un día a Garzía se le presentó la muerte. Como es natural en tales circunstancias –es decir, como habría hecho yo–, entabló un diálogo con ella con el fin de satisfacer ciertas curiosidades milenarias y, por qué no, de sonsacarle alguna información particular.

–¿Viviré hasta los setenta años? –le preguntó.

–No puedo garantizarte eso –contestó ella con dulzura.

–Pero podemos negociar, ¿no? ¿Qué te parece si pactamos que me lleves a los sesenta? –propuso Garzía, seguro que pensando que para entonces Martita ya tendría veinticinco años y que tal vez se estuviera limitando mucho, que si hacía ese trato quizá perdiera algunos años, pero que también se aseguraba de poder acompañar a su hija hasta que fuera mayor, de poder verla crecer, de poder despejar algunas dudas.

–No puedo firmar eso –contestó la muerte.

Garzía pensó que cuando él tuviera cincuenta años, Martita tendría quince. Es poco, pero podría ser peor. Así me garantizo que no va a ser dramático, pensó antes de hacer esa nueva propuesta.

–No puedo firmar eso –contestó ella otra vez.

Al final, tras regatear un rato más, Garzía acordó que viviría hasta el día siguiente; así se aseguraba de que llegaría a casa esa noche y podría despedirse de Martita y de Rebe.

Sin embargo, como objetó con toda razón Amundsen, ya era jueves cuando nos lo estaba contando.

–A lo mejor fue un sueño –dije yo.

–Te aseguro que no –dijo Garzía–. Estáis seguros de que estoy vivo, ¿verdad?

–Yo sé cómo te vas a morir tú –dijo Amundsen–. Es que veo la escena perfectamente. Con una carta en la mano, cruzas la calle por donde no debes para ir al buzón de enfrente y te atropella una furgoneta de correos.

–Estoy seguro de que era un sueño –insistí–. Qué sueños tan raros tienes. ¿No sueñas nunca con Rebe?

–¿O con otras mujeres? –preguntó Amundsen.

–Muchas noches sueño con otras mujeres –dijo Garzía–. Pero en la siesta sueño con Rebe.

–El vaso está medio lleno –dijo Garzía.

–Está medio vacío –dijo Amundsen.

–Yo no sé si el vaso está medio lleno o medio vacío –dije yo–. Lo que sé es que yo me podría ahogar en él.

Entonces el vaso se convirtió en una pecera medio llena o medio vacía y me desperté.

En una época íbamos mucho a la pescadería, que es como Nico llamaba a una tienda de peces que hay cerca de casa. Cuando cumplió ocho años, fuimos y le compré una pecera y unos peces. Compramos cuatro, un macho y tres hembras, para que se reprodujeran como nos dijeron en la tienda que harían. Las hembras quedaron embarazadas y tuvieron pececitos. No me gustó nada lo de la pecera, la verdad. Siempre tengo miedo de que se mueran los peces y Nico sufra. No hacía mucho que se había muerto mi madre y me daba miedo que lo de los peces lo afectara. Sara nunca quiere darles de comer. Dice que le da asco. Una vez, cuando ya había una buena familia, se murieron dos. Fui a comprar unos sustitutos. Estuve mucho rato en la pescadería estudiando a todos los ejemplares de su especie para que fueran muy parecidos, pero no recordaba bien el aspecto de los que habían muerto.

–Es una cosa que él pidió y que yo tengo que cuidar –le expliqué a Rebe con ganas de llorar.

–Tener el acuario es disfrutar de los peces, responsabilizarse de su ecosistema, emocionarse al ver cómo procrean –dijo Rebe.

–Se dice pecera –corrigió Garzía.

–O acuario, ¿no? –dije–. Acuario también

–Pero también es aprender que no es tan importante, ¿no? –terminó ella–. Es aprender que qué le vamos a hacer, se ha muerto otro.

Rebe y yo somos muy distintos.

–Sólo se puede escribir sobre la muerte –dijo Amundsen–. No hay otro tema. Ya lo

–¿Cómo? –pregunté.

–Es lo único real.

–También están los sueños –dijo Garzía.

Un enfermero me rasuró las ingles y me bajaron en una camilla.

Prohibido el paso a toda persona ajena al quirófano, decía el cartel.

–No se preocupe tanto, que va a salir todo muy bien –me dijo la enfermera cuando me puse a llorar.

–Es que hace poco que murió mi madre –le expliqué.

–Hay un hueco entre los nombres y las cosas –dijo Garzía cuando terminó de llenarme la casa de post-it–, ahí se abre una grieta por la que uno puede entrar y ver que el mundo no es lo que parece, que la vida

–¿Me das otra cerveza? –me preguntó Amundsen–. Espera, mejor voy yo.

–Gracias –le dije–. Todavía estoy un poco

–Claro, claro.

–No sé por qué lo llamáis móvil –dijo Amundsen en el Pandora–. Es como aceptar toda la

–¿Cómo quieres que lo llamemos? –pregunté.

–Teléfono, por supuesto.

–Pero por eso precisamente hay que llamarlo móvil –explicó Garzía–. Yo entiendo lo que dices, pero hay que fluir con el enemigo, aceptar sus códigos para

–No entiendo –dije yo–. ¿Por qué el enemigo

–Entonces creo que lo mejor es llamarlo terminal –concluyó Amundsen, y aquí me acuerdo de que una vez me contó que Gertrude Stein había dicho que cuando amamos algo, no lo

llamamos por su nombre.

–De acuerdo –dijo Garzía.

–Se presentó en un sueño, pero no cumplió.

–No se puede uno fiar de las mujeres –dijo Amundsen–. Nunca hacen nada imprevisible.

–Bueno, algunas

–Es verdad –reconoció Amundsen rápidamente–. Pero son muy pocas.

Supongo que se acordó de Valeria, que es la única de todas las mujeres que ha conocido que considera imprevisible. A mí me parece que todas hacen cosas imprevisibles. Sara hace algunas cosas imprevisibles, y Rebe muchas. Pero no dije nada. En cualquier caso, a mí no me importa si algo es imprevisible o no; lo que me importa es dónde conduce. No me acuerdo de si Amundsen dijo que la muerte es el lugar donde todo conduce o donde todo confluye.

–También están los sueños –dijo Garzía entonces.

–Es lo mismo –dijo Amundsen.

–Nico, tengo que decirte una cosa.

–¿Qué cosa?

–Se ha muerto Paco de Lucía.

Tenía seis años y le gustaba Paco de Lucía. A veces tarareaba sus canciones, fragmentos sueltos, enlazaba fragmentos de diferentes canciones. Entonces se quedó callado, mirándome pero no a los ojos, a la boca, no sé dónde. Yo no sabía cuánto le estaría afectando lo que le había dicho, ni cómo.

–Se ha muerto Paco de Lucía –dijo en voz baja. Y luego, mirándome–: Pero sus canciones siguen, ¿no?

EL AMOR

–A veces, los sábados, iba con mis amigas al Vondelpark. Nos encantaban los

–Estas aceitunas están buenísimas.

–Tengo muy buenos recuerdos de ese parque. Ahí nos encontrábamos con los chicos de la clase.

–Yo me acuerdo de que en Ámsterdam una vez estaba en una terraza y pedí que me trajeran unas aceitunas con la cerveza.

–Veo que mi historia te da igual.

–No, no, cuenta.

–No, ya me

–Que yo mientras te cuento otra cosa.

–Es una bobada. Sólo que era gracioso porque

–Cuenta, maldita.

–Porque a nosotras nos daba bastante igual estar o no con ellos. Nos caían muy bien, pero también estábamos encantadas solas.

–La cuestión es que el camarero me trae las aceitunas. Era ahí, al lado de tu parque.

–Y ellos querían estar con nosotras, pero sin que se les notaran las ganas.

–Con unos palillos.

–Tenían un conflicto interno bastante serio, creo, porque había algunos que estaban totalmente

–Y me pregunta si está bien así.

–Y a otros no les apetecía nada, o les daría vergüenza, yo qué sé.

–¡O si quiero un tenedor y un cuchillo!

–¿Para las aceitunas?

–¡Sí!

–Tú nunca las comes así, ¿verdad? Tú

–Pues claro que no, yo

–Tú las comes con cuchara, ¿no?

–Primero les quito el hueso con un fórceps.
–¿Y eso te pasó en Ámsterdam?
–Sí.
–¿Cuándo?
–Una vez que estuve allí.
–¿Conmigo?
–No me acuerdo. Oye, pero no te disperses. ¿Qué pasó al final?

–Te quiero con todo mi corazón y con la uña del dedo gordo del pie –dije.
–Te quiero con toda mi alma y con una muela cariada –dijo Nico.
–Te quiero con todo el Retiro y con esa hojita de ahí.
–Te quiero con todo Madrid y con ese charco.
–Te quiero con todo París y con las migas del macaron que te comiste en lo alto de la Torre Eiffel y que se cayeron desde ahí arriba.
–El viaje a París es lo mejor que me ha pasado en la vida junto con la vez que Alina me comió las patatas del cocido –dijo Nico.
–Seguía jugando al juego sin darse cuenta –les conté entusiasmado en el Pandora.
–Claro que se daba cuenta –dijo Garzía.
–Claro que se daba –dijo Amundsen.

A Garzía le gusta hablar con Rebe, pero también le gusta cuando está callada, cuando vuelven al hotel después de una proyección con los oídos llenos de palabras vacías y se lavan los dientes en silencio y se quedan abrazados en silencio hasta que ella se duerme.

–Quería contarte lo del Vondelpark –dijo Rebe–. De verdad, esto es como dar perlas a los cerdos.
–Es margaritas –dijo Garzía.
–¿Cómo, margaritas?
–Dar margaritas a los cerdos.
–Yo siempre he oído perlas. Mi madre

–Pero sí, es como dar aceitunas a los cerdos.
–Qué raro lo de las margaritas. Mi madre
–Son margaritas, Rebe.

EL MATRIMONIO

Cuando nos conocimos, Sara no quería casarse. Yo tampoco. Al cabo de un tiempo nos fuimos a vivir juntos. Y cuando estaba embarazada, me pidió que nos casáramos. No queríamos invitar a nadie a la boda, sólo a nuestros padres y a la hermana de Sara y a algunos amigos cercanos, pero su padre dijo que también teníamos que invitar a todos sus hermanos. Yo no entendía por qué.

–Así nos hacen regalos –dijo Sara–. Suelen dar bastante pasta.

Yo le dije que mejor no. Ella me contestó que su padre lo exigía argumentando que él pagaba la boda.

–La pago yo –dijo Garzía.

–No te cases –dijo Amundsen.

Mi suegro tiene seis o siete hermanos. Nació durante la guerra y se crió con unas tías en otra ciudad.

–Eso explica muchas cosas –dijo Garzía.

Yo no me di cuenta de que me estaba casando con Sara y con mi suegro y también con esas tías. La poligamia está mucho más extendida de lo que parece, como dice siempre Amundsen. Sara no quiso que invitáramos a Amundsen. Sólo a Garzía y a Rebe. Yo miraba a Rebe todo el tiempo. También invitó a una amiga que no sé cómo se llamaba. No la conocía de nada, y creo que no llegó a presentármela.

Un tiempo después de la boda, cuando Nico ya había nacido, pensé que aunque me lo había pedido ella, ella tampoco quería casarse. Seguro que me lo pidió porque a su madre le parecía mal que tuviéramos un hijo sin casarnos. Seguro que incluso le parecía mal que viviéramos juntos. Pero en el momento no me di cuenta; creí que a Sara le hacía ilusión, y a mí no me molestaba casarme. Así que yo me casé por amor y ella por convencionalismo.

–¿Cómo que por amor? –preguntó Amundsen–. Por inercia.

–Bueno –dijo Garzía–. No son cosas tan

–¡Son lo contrario! –dijo Amundsen.

–Fue por amor –dije yo–. Me daba pena.

Amundsen apagó dos velas y empezó a hablar del matrimonio. Dijo que, como el tabú del incesto, era un mecanismo de control de la sexualidad.

–¿No te acuerdas de esa definición del matrimonio que vimos en la facultad? Era una cosa

–Me acuerdo de que a ti te encantó.

–Es que era una cosa delirante, pero tenía que ser así para abarcar el matrimonio en todas las sociedades.

–¿Cómo era? –preguntó Garzía, y encendió una vela.

–No sé, algo como unión socialmente validada entre uno o más hombres y una o más mujeres que garantiza la legitimidad de sus descendientes y organiza su herencia.

–Toma ya –dije yo, pensando en Sara y en que a veces me saluda cuando llega del trabajo.

–Control de la sexualidad y del dinero –dijo Garzía.

–Cuando ese mecanismo de control ya no se podía seguir sosteniendo por la fuerza, algún publicista recomendó asociarlo al amor, con los nefastos resultados que todos conocemos.

–Nefastos y exitosos –maticé yo.

–Y sin embargo, psicoanalistas y antropólogos, para quienes todo esto es básico, es el abc de su disciplina, siguen casándose por amor.

–Es como si un político mintiera –dijo Garzía.

–O como si un neumólogo fumara –dije yo.

Amundsen siempre dice que el matrimonio es peor, más triste, más cerrado, para las mujeres que para los hombres. Amundsen tiene muchas amigas. Siempre dice que le gusta lo imprevisible, o que detesta lo previsible, pero en realidad vive en un tedio terrible, mucho peor que el que él asocia con el matrimonio. Siempre aparece otra. Siempre tiene que estar acostumbrándose.

–Yo creo que estoy hecho para la pareja. Soy monógamo por naturaleza. Me iría bien con cualquiera menos con Rebe –me dijo

Garzía en el Retiro el martes siguiente.

–El problema en realidad no es el matrimonio, sino la pareja –había dicho Amundsen el jueves anterior–. Uno puede emparejarse con cualquiera de quien no esté enamorado. El enamoramiento es perder el centro, impide relacionarse, uno se vuelve loco y se pone a demandar desmesuradamente, para adentro y para afuera.

Garzía y yo pensamos en Valeria. Bueno, yo pensé en Valeria. Y seguro que Garzía también.

No pude terminar de ver la final del Mundial de Sudáfrica en la casa de Garzía y Rebe, y por eso el jueves siguiente me sorprendió bastante que Amundsen estuviera satisfecho con el resultado del partido.

–Qué raro –le dije–. Pensaba que tú ibas contra España.

–Alguna vez he ido contra España cuando jugaban fatal. O cuando inflaban las expectativas para vender periódicos, sabiendo que no tenían ninguna posibilidad. Pero esta vez iba con España. Yo voy con el mejor.

–Menudo chaquetero.

–Es lo que hacemos con los libros y los discos y las películas, ¿no? Nos gusta lo que nos parece mejor, y eso es lo que apoyamos. ¿Por qué con el fútbol va a ser diferente?

Amundsen tiene una letra muy bonita. Tiene muchas letras, en realidad, y usa una u otra dependiendo de lo que tenga que escribir. Son todas muy bonitas y no se parecen nada.

–Descansa en paz –le dice Rebe a Garzía todas las noches, antes de apagar la luz.

–El matrimonio es la mejor metáfora de la vida –dijo Garzía.

–La infancia es la mejor metáfora de la vida –dije yo.

–No –dijo Amundsen–. La mejor metáfora de la vida es la muerte.

–Le he preguntado a mi madre, ¿sabes? –dijo Rebe–. Lo de las margaritas.

–¿Qué margaritas?

–Las margaritas a los cerdos. Ella me aseguró que en holandés era perlas, y entonces me puse a investigar. Resulta que en griego, «perla» se decía «margaritis». Más adelante le pusieron ese nombre a la flor porque era blanca como una perla. Y en todos los idiomas se dice «perlas a los cerdos», que es lo que dice la Biblia, pero en español lo tradujeron mal, y dejaron «margarita». Los falsos amigos que

–¿De verdad? –preguntó Garzía–. Qué bonito.

–Sí. Por eso te

–Esa traducción seguro que la encargaste tú.

–Calla, maldito –dijo Rebe.

Al final le dijimos a mi suegro que pagábamos nosotros la boda y entonces cedió y la pagó él. Durante el banquete me metí en el baño y estuve llorando un rato. Luego salí y corté la tarta con una espada.

LA HERNIA

El autobús estaba llegando al ministerio. Era imposible que desde tan lejos oliera a ministerio, pero yo empecé a notar el olor. Estaba de pie, preparado para bajarme, y tenía un anciano delante. Después de lo de la hernia, los primeros días, caminaba muy despacio. El anciano bajó la escalera del autobús, una escalera de un único escalón, mucho más despacio incluso de lo que la bajé yo un rato después pensando en Neil Armstrong por culpa de Garzía. Como estaba con la hernia, no me molestó nada que él fuera tan lento. Lo adelanté de camino a la acera, pero igual me di cuenta de que se había caído al subir la escalera que lo llevaba a la acera.

El anciano quedó tendido en el suelo. No estaba exactamente inmóvil, pero tampoco se movía. Parecía patalear, pero sus extremidades estaban quietas. Pensé que debería levantarlo, pero me lo habían prohibido. Me habían dicho que no tenía que hacer ningún esfuerzo, y sólo caminar y subir y bajar esas escaleras de un único escalón ya hacía que me doliera. Tampoco podía irme sin hacerle caso, porque me acababan de operar y estaba muy sensible y porque me imaginaba que habría gente mirando. No quise mimirar. Me acerqué a él, dudando.

–Perdone que no lo ayude, pero me acaban de operar de una hernia –le dije.

Justo antes de marcharme, vi que en el suelo, cerca del anciano, había una moneda. Tampoco pude agacharme a recogerla.

Me daba mucho miedo que a Nico le diera impresión verme en ese estado. Lo peor de la hernia era tener que contárselo a Nico. No podía ir a buscarlo al cole, así que le pedí a Sara que ese día se ocupara ella.

Cuando Nico llegó a casa, yo estaba en el sillón y me levanté

para saludarlo.

–Papi, cómo caminas –dijo, pese a que yo estaba tratando de disimular.

–Sí, pero en unos días se me va a

–¡No puedes caminar!

–No te

–Eso se llama cacaminar –me dijo.

–¿Qué? –le pregunté.

–Que caminas fatal.

La hernia no era nada previsible. Me salió un bultito y me preocupé muchísimo. Pensaba que era cáncer, porque acababa de morir mi madre y estaba muy sensible, así que sentí un gran alivio cuando el médico me dijo que tenía una hernia. Realmente me puse contentísimo.

–El problema de lo previsible es lo que pensamos mientras sucede lo previsible –dijo Amundsen–: el aburrimiento, el desprecio, la lástima por uno mismo, todo lo

–Y el arrepentimiento –dije yo, pensando en Nico–. De lo imprevisible no se arrepiente nadie.

–Hay dos clases de arrepentimiento –dijo Garzía, encendiendo dos velas–. Uno se llama contrición, y es el arrepentimiento por amor a Dios. Otro se llama atrición, y es el arrepentimiento por temor al castigo divino. Es como

–Yo prefiero la contrición –dije.

–Yo la atrición –dijo Amundsen.

–Es su manera de decir: Sólo sé que no sé nada –dijo Amundsen–. El niño es listo.

–No, es su manera de decir: Pienso, luego existo –dijo Garzía–. Es mucho más listo de lo que tú crees.

–Yo no sé qué soy, pero sé que soy algo –había dicho Nico en el autobús.

La hernia me recuerda al autobús. Nadie sabe por qué he tenido una hernia. Puede haber sido por un estornudo. Puede haber sido por viajar demasiado en autobús. Puede haber sido por los regalos

de Sara, o por no tomar suficiente té. He oído toda clase de teorías. Garzía y Amundsen vinieron a buscarme al hospital. Sara dejó a Nico en la casa de sus padres y se fue a la peluquería.

–Nico se ha inventado otra palabra –les dije–. «Cacaminar».

–¿Qué significa? –preguntó Garzía–. ¿Caminar mientras

–Caminar mal. Se dio cuenta. Y eso que yo estaba disimulando para

–¿Cómo, disimulando? –preguntó Amundsen.

–Sí, para que no se preocupara por

–Eso que estabas haciendo se llama «escoconder» –dijo Garzía.

–¿Qué? –pregunté.

–Esconder el coco, ¿no? –dijo Amundsen.

–Sí.

–¿Qué?

–Ocultar lo malo –me explicó Garzía.

Un enfermero me rasuró las ingles y me puso una bata como las que llevaba mi madre cada vez que la operaban. Cuando me bajaron en la camilla, iba bastante animado hasta que vi un cartel que decía *Prohibido el paso a toda persona ajena al quirófano*. Entonces me puse a llorar, pensando que hasta entonces yo siempre había sido ajeno al quirófano, que mi madre no era ajena al quirófano, que esa pequeña operación era un primer paso para reunirme con ella.

–Vamos. Es un gran paso para un hombre, pero un pequeño paso para la humanidad –dijo Garzía, abriéndome la puerta del taxi.

–No me hagas reír, que me duele mucho –le dije.

LA SEDUCCIÓN

–Mira a esa chica –dijo Amundsen.

–No me digas que te gusta. Debe tener diecinueve

–No, mira la cara que pone.

–¿Qué cara?

–Esa cara es la de cuando le interesas y disimula. Pasa caminando a tu lado, mirando al frente, como si

–Pero entonces, cuando no le interesas, ¿qué cara pone? ¿Te mira a los ojos y se

–No sé, pero se nota –dijo Amundsen.

–¿Te mira como en la palabra esa de Tierra del Fuego? –le pregunté.

–Los nombres de las cosas no están quietos. Podemos hacerlos bailar –dijo Garzía cuando Amundsen nos contó lo de esa palabra.

–No sé de qué estás hablando –dije yo, y pensé que a Nico le gusta mucho bailar.

–Que entiendo muy bien el sexo sin amor –dijo Garzía–, pero el sexo sin seducción no me

–No hay nada más machista que la seducción –dijo Amundsen–. Es el precio que tienes que pagar, es convertir a la mujer en

–Es un precio que uno se paga a sí mismo –dijo Garzía.

–¿A sí mismo? –pregunté.

–Es lo más machista que hay –insistió Amundsen–. Me encanta cuando no hay seducción, cuando directamente

–Pero ¿por qué machista? –pregunté–. Si es igual para

–Es ponerle un precio a la chica, ¿no te das cuenta? Un peaje que

–Pero también podría verse como

–¿Cómo fueron vuestros besos más directos? –preguntó Amundsen.

–¿Los más directos? –pregunté.

–Sí. Sin seducción. Sin peajes.

–Yo creo que fue una vez que estaba en una fiesta, bastante tarde, y se sentó una chica a mi lado y me cogió la mano sin decirme nada –dije mientras pensaba con un poco de pena que nunca me ha gustado bailar, que siempre que iba a cualquier parte donde se bailaba me quedaba sentado, o de pie apoyado en la pared, y entonces me acordé de que una vez Rebe me contó que a veces se lleva la música al baño y baila delante del espejo–. No me gustaba mucho, pero al final me fui con ella.

–Está bien, hay que fomentar esa clase de actitudes, estimularlas para que se atrevan a tomar la iniciativa.

–Pero no lo hice por eso. Es que me corté.

–No me

–En serio. Me daba vergüenza rechazarla.

Así fue como conocí a Sara, pero me pareció mejor no decirles que se trataba de ella.

–¿Y tú? –preguntó Amundsen.

Garzía encendió una vela.

–Una vez estaba en un bar y había una chica preciosa al fondo del local. Nos miramos un poco, y cuando pasó cerca le pedí un chicle. Estaba comiendo chicle y

–¿Un chicle? –preguntó Amundsen.

–Sí. Vi que estaba comiendo chicle y le pedí uno. Y me lo dio. Me dio el que tenía en la boca. Y luego se fue y se

–¿Y qué pasó?

–Nada, que me comí el chicle.

–¡Pero no la besaste ni nada! –protestó Amundsen.

–No, pero me encantó la forma en que me miraba.

–Eso no cuenta –dije yo.

–Yo creo que sí –dijo Garzía.

Garzía tenía seis años y un reloj que le había regalado su abuela. Su mejor amigo todavía no era yo. Era otro de la clase que se llamaba Martín. A Garzía se le perdió el reloj y unos días después Martín apareció con un reloj igual, pero con la correa negra pintada de rojo. Garzía acabó recuperando el reloj, pero no quiso perdonar a Martín. Entonces yo pasé a ser su mejor amigo. Muchas veces, en

esa época, pensaba que no debía robarle nada a Garzía.

–Mi mejor primer beso fue con Valeria, pero eso ya os lo he contado muchas veces –dijo Amundsen, y apagó dos velas.

–Demasiadas –dijo Garzía.

Garzía tenía siete años y yo también. Yo ya era su mejor amigo y en el cole nos pidieron que escribiéramos una redacción sobre lo que queríamos ser de mayores. Garzía escribió que quería ser jefe de una estación de bomberos. Yo escribí que quería ser bombero en la estación donde fuera jefe Garzía.

–Piensa otra –dijo Amundsen.

–Tengo otra candidata que te va a encantar –dijo Garzía.

–¿Quién es? –pregunté yo.

–Es que era una chica casada –dijo Garzía–. Por eso estoy seguro de que no te

–¿Casada? –pregunté yo–. ¿Hace mucho?

–Bueno, casada no. Quiero decir que tenía pareja –dijo Garzía.

–¿Y qué pasó?

–Nada, quedábamos siempre a mediodía, en una plaza. Ella se escapaba un rato del trabajo. Se notaba que yo le gustaba y que no quería nada porque tenía marido.

–Novio –corrigió Amundsen.

–Podemos hacerlos bailar –había dicho Garzía.

–Es lo mismo, ¿no? –dije yo.

–No –dijo Amundsen.

–Y hubo un día en que intenté besarla y me dijo que no y me

–¡Ya estamos! –dijo Amundsen.

–Pero cuando nos despedimos, me dijo algo que fue mejor que un beso –terminó Garzía–: No te voy a dar un beso, pero me muero de ganas.

Garzía encendió tres velas y salimos a la calle. Al lado del Pandora

hay muchas casas con flores que asoman entre las rejas.

–Mira qué bonitos geranios.

–Son pelargonios –dijo Amundsen.

–¿Qué dices? Son geranios –contestó Garzía.

–Son pelargonios –insistió Amundsen.

Entonces me acordé de cuando fuimos al zoo con mi madre. Nico tenía cinco o seis años. Estábamos delante de la jaula de los gorilas. Al lado, un niño mayor comentó algo de los gorilas.

–Es un mono –corrigió Nico.

–Es un gorila –dijo el niño mayor.

–Es un mono.

–Es un gorila.

Mi madre le explicó que un gorila era una clase de mono, y oímos que Nico repetía, en voz baja:

–Es un mono.

–Entonces creo que lo mejor es llamarlo terminal –dijo Amundsen.

–De acuerdo –dijo Garzía.

–Pero ¿por qué dices que el móvil es el enemigo? –pregunté–. Si te encanta, siempre estás mirando cosas y

–Por eso.

–Hay quien prefiere jugar al ajedrez y hay quien prefiere jugar al escondite –dijo Garzía.

–Hay quien prefiere formar una pareja y hay quien prefiere vivir una pasión –dijo Amundsen.

Amundsen dice que sus libros gustan a la crítica por motivos equivocados. Cuando Amundsen quiere presentar un personaje lúcido, el crítico lo considera un delirante; cuando el personaje es sensible, al crítico le parece acomplejado; si el personaje se dedica a cuestionar el funcionamiento del mundo, el crítico habla de su frustración. O Amundsen trata de ofrecer una representación sincera de los aspectos ocultos de una personalidad que en realidad es la suya y el crítico ve una hipérbole satírica y desdeñosa de modos de vivir que no tienen nada que ver con el autor.

–Y lo peor es que eso ocurre en los mejores casos, cuando les

gusta el libro y al menos entienden algo.

–La seducción es así –dijo Garzía–. Por eso me gusta. Siempre funciona por motivos equivocados.

–¿Qué seducción? –preguntó Amundsen.

–Toda –dijo Garzía–. Con tus lectores y con tus amigas.

Garzía patinaba cuando era niño, y ahora, con Martita, ha recuperado esa afición. Muchas veces van al Retiro, pero un domingo se le ocurrió ir a un parque que hay cerca de su casa, delante de la Audiencia Nacional. Dejaron las bolsas y los zapatos en la puerta y se pusieron a patinar. Cuando llevaban media hora, apareció un policía que, tras preguntar innecesariamente si eran suyas, les pidió que quitaran esas cosas de ahí.

–Es que por esta puerta entran personas –explicó el policía.

Garzía y Martita se acercaron patinando.

–¿Entran personas? –preguntó él con su sonrisa de asombro.

–Sí.

–¿Personas? ¿Qué quiere decir con «personas»?

–Los magistrados –explicó el policía.

–¿Los magistrados son personas?

–Sí, son personas como usted y como yo.

Entonces Garzía dijo que de acuerdo, que retiraban las bolsas, pero que no entendía bien lo de que eran personas.

–Y él me miró con odio y me deseó que pasara muy buena tarde –me contó Garzía un martes por la mañana–. Pero no me fui. Quité las cosas de la puerta y nos quedamos patinando por ahí.

–¿Para qué?

–Tendría que haberle dicho que la comparación con los magistrados me parecía ofensiva y que un servidor público como él debería ser más respetuoso.

–Sí, estuviste un poco flojo.

–Un desastre. «Esto en el Tribunal de Estrasburgo no pasa», tendría que haber sentenciado. «Vaya país».

–Eso nunca

–«Yo he patinado ante las principales cortes europeas y nunca me han dicho nada parecido».

–¿Y Martita ahí escuchando?

–Claro. Tiene que aprender, ¿no? «Si no me cree, métase en mi Facebook para ver las fotos».

–Eso está bien. Sobre todo porque tú no tienes

–«¿Usted tiene Facebook, agente?». Joder, tendría que haberle pedido amistad en Facebook.

–Bueno, pero te has divertido, ¿no?

–Sí, pero no he aprovechado nada las posibilidades de la situación.

–A mí lo que más me preocupa es Martita, que

–¿Porque seguro que la he decepcionado? ¿Porque estuve un poco flojo? ¿Tú crees que ella esperaba que le sacara más punta a la

–¡No! Al revés, no sé si ponerse así delante de una niña con alguien que representa a la autoridad es muy

–Hace falta decepcionar a los padres, pero también a los hijos. Es fundamental.

–Tienes razón –dije.

EN LA COCINA

–Algún día deberíais probar mi famosa ensalada tricolor –dijo Amundsen–. Está buenísima.

–¿Qué tiene? –pregunté.

–Hojas de espinaca, patata, huevo y pimientos del piquillo.

–Pero entonces no es tricolor, es

–Claro. No va a ser tricolor si tiene ese nombre. Es

–¿Por? –pregunté.

–Bueno, porque si fuera tricolor, no necesitaría llamarse así. Los nombres de las cosas deberían aportar algo, ¿no? Es como los títulos de

–Me encantaría probarla –dijo Garzía.

Al final obligamos a Amundsen a que nos invitara a cenar la semana siguiente y nos preparó unos sándwiches de queso con aceitunas. Amundsen sabe que a Garzía le gustan mucho las aceitunas. Le encantan.

–Deberías cocinar de vez en cuando –le dije cuando llegamos–. Seguro que te sentaría bien. Cocinar es una forma de cuidar el espíritu –le expliqué.

–Yo ya cuido el espíritu, por eso no tengo tiempo para cocinar. Prefiero dedicar el tiempo a leer y comer cualquier cosa. Comer es del cuerpo, no del espíritu.

–No, comer es del espíritu –le dije.

–No, comer es de los sentidos –dijo Amundsen.

–Es que nadie sabe lo que es el espíritu –dijo Garzía–. ¿Cómo se llega ahí? Por los sentidos no está nada claro que se

–Es como los que quieren cuidar el espíritu haciendo yoga o aromaterapia. Son las nuevas religiones, todas esas cosas que aportan identidad personal y grupal a partir de una creencia dogmática que no

–Pero ¿en qué se parece cocinar a eso? –pregunté.

–Si les hablas de la inteligencia, les produce rechazo, porque todo tiene un valor a priori, porque ellos ya han asignado a priori valores positivos y negativos, y la inteligencia tiene un valor negativo: es algo que les parece frío, abstracto, desconectado de la vida real y de las emociones. Pero si les hablas de la imaginación, se derriten. Es una de las cosas que más les gustan, la imaginación, es un concepto positivo. Realmente no piensan. Son tan previsibles que se

–Pero cocinar no

–Bueno, comeos los sándwiches tranquilamente, que yo me tengo que ir –dijo Amundsen.

Había quedado con una amiga.

Garzía cortaba tomates, Rebe cortaba pepinos, Martita estaba sentada en la mesa de la cocina tratando de pintar una naturaleza muerta.

–No hace falta que hagas el tomate rojo –le dijo Garzía.

–Pero yo quiero hacerlo rojo.

–Bueno. Yo sólo

–¿Ya estás bien de la tripa? –preguntó Rebe. Garzía había estado unos cuantos días con un virus intestinal.

–Sí, de hecho me estoy pasando al otro lado. Mi producción ha decaído –explicó Garzía–. Por eso he pensado que era

–¿Tu producción? ¡Maldito! Pero es cierto, son tus mejores obras. Deberías ponerles títulos.

–¿Qué? –preguntó Martita.

–A tus deposiciones –explicó innecesariamente Rebe.

–¿Títulos? ¿Títulos

–Sí. La montaña mágica, por ejemplo.

–¿Las flores del mal? ¿Títulos que ya existen?

–Sí. La peste –dijo Rebe.

–Esplendor en la hierba.

–No, de películas no vale. Sólo de libros.

–¿Por qué? Tú siempre llevándolo todo a tu terreno.

–Sólo de libros.

–Hermosos y malditos –dijo Garzía.

–¿Qué? –preguntó Martita.

–Incienso y lágrimas –dijo Rebe.
–¿Qué es eso? Hemos dicho títulos
–Es un libro de un autor holandés que
–Holandeses no vale. ¿Ves cómo siempre estás
–Fenomenología del espíritu –continuó Rebe.
–Ése es muy bueno.
–Lo sé.
–El ruido y la furia.
–Leviatán.
–Mira, mamá. Ya lo he
–Ay, me estoy poniendo muy contento.
–¿Por?
–Es que se me ha ocurrido uno que me
–Mamá, mira.
–¿Cuál?
–El señor de las moscas.

Martita había terminado el bodegón. Rebe declaró que Garzía había ganado y, pese a que él insistió, no quiso seguir jugando, ni siquiera cuando Garzía, tras examinar con cierta decepción los colores que había empleado Martita, la tentó:

–Desayuno en Tiffany's.

–Ráspale la parte quemada –me dijo mi madre.

–¿Por? –pregunté, y me puse a darle vueltas a lo de la quemadura.

–El carbón es cancerígeno.

Un maestro budista quería elegir director para un nuevo monasterio. Convocó a todos sus discípulos y puso en el suelo un cuenco lleno de agua.

–¿Alguien puede decir lo que es esto sin llamarlo por su nombre? –preguntó.

Un monje muy sabio se levantó y dijo:

–No es una sandalia.

El monje cocinero se levantó y volcó el cuenco con el pie.

–El monje cocinero será el nuevo director –dijo el maestro.

–¿Qué nos enseña esto? –les pregunté cuando terminé de contarles la historia–. Que son más importantes los actos que las palabras.

–Pero si has contado la historia con palabras, ¿no te

–Y, sobre todo, que los cocineros no son como vosotros creéis.

–Quiero algo dulce –dijo Nico a los siete años–. ¿Qué hay de postre?

–Nada. Hoy ya has comido suficiente azúcar.

–Pero papi

–Bueno, si quieres, puedo darte una cucharadita de miel.

Nico se metió rápidamente en la cocina, abrió el cajón de los cubiertos y sacó un cucharón enorme. Sonreía muchísimo, incluso cuando le di sólo una cucharadita de miel.

–No tengo ganas de comer sándwiches –dije en cuanto se fue Amundsen–. Voy a cocinar algo yo. ¿Qué te apetece?

–No, déjame a mí –dijo Garzía.

–De verdad que no me importa nada.

–A mí, en cambio, me apetece mucho. A ver qué ingredientes tiene. Mira, hay garbanzos.

–¿Garbanzos para cenar?

–Son de bote, así que es como si no fueran

–Pero ¿qué vas a hacer?

–Una receta que me inventé el otro día. ¿Me ayudas?

–Bueno, pero

–A ver qué te parece. ¿Te la cuento y me dices?

–Vale –dije.

–Se coge un bote de garbanzos de estos precocidos. Se hierven con muy poca agua y un par de orejones cortaditos finos.

–¿Orejones? Pero ¿tú crees que Amundsen

–Un rato. Mientras, se trocea un tomate.

–Voy a mirar si

–Pequeños fragmentos, del tamaño de un diente pequeño.

–¿De un diente de ajo?

–No, de un diente humano.

–Ah.

–El tomate se establece a modo de lecho en un plato hondo. Se sala a gusto y se echa un chorrito de aceite. Del tamaño de un diente de gato también sirve, pero da más pereza.

–Lo comprendo.

–Luego, cuando los garbanzos están listos –continuó Garzía–, se vierte todo el contenido del cazo sobre el lecho rojo.

–¿Esto lo has hecho alguna vez?

–Claro. Es una delicia.

–Por suerte no hay orejones –dije yo, pero Garzía no se dio por aludido.

–Es importante que ese caldo espeso participe en el producto resultante.

–Y tomates tampoco hay.

–Para concluir, se añade algo más de aceite, si así se desea, y se remueve todo desbaratando el lecho.

–Pero entonces

–Para que se mezclen los dos aceites y todo lo demás.

–¿Los dos aceites? –pregunté–. ¿Arbequina y picual?

–Luego, a la hora de la ingesta, hay que coger poco tomate en cada cucharada para que no domine demasiado el sabor y no se termine muy pronto.

–A mí se me ha pasado el hambre.

–Aproximadamente un trozo de tomate por cada cinco garbanzos.

–No me

–Ah, se me olvidaba. Es fundamental degustar en la penumbra.

–¿Por?

–Para captar mejor su olor y para que el elemento orejón sea siempre imprevisto. El orejón aporta una dulzura como de otro mundo.

–Pero entonces ¿cómo haces para dosificar el elemento tomate?

–¡Buena pregunta! No he dicho en la oscuridad. En la penumbra se distinguen los tomates de los garbanzos, pero el orejón pasa inadvertido.

–Ah.

–Creo que ya está todo.

–Nunca había visto una receta que incluya la manera de comérsela.

–Es que ese género todavía está en pañales –dijo Garzía.

–Es rico para los dientes –dijo Nico a los tres años.

–A mí me importa que sea rico para el paladar –dije yo.

–Tiene razón –dijo mi madre, decepcionada–. La textura y la consistencia también son importantes.

–El niño es listo –dijo Amundsen–. Yo quiero escribir libros que sean ricos sólo para los dientes, pero no puedo.

–¿Por? –le pregunté.

–No sé. Parece que siempre tengo algo que decir.

Sara dice que cocinar en casa es ridículo. Ella nunca cocina. Dice que es caro, una pérdida de tiempo, que se desperdicia muchísima comida.

–Tendría que haber comedores únicos, como en el socialismo real –dijo una vez Sara, que es un producto de su padre, de las tías de su padre, de la educación franquista.

Yo pensé que entonces no podría hacerle a Nico los macarrones con bechamel y queso gratinado que tanto le gustan.

Amundsen detesta la moda de los cocineros. En la clase de Martita hay un cocinero bastante famoso, Nacho Marrero. Es el padre de una amiga de Martita. A mí me encantaría conocerlo, pero Garzía siempre está hablando mal de los padres de los niños de la clase de Martita, y sobre todo de ese padre. Nunca he conocido a ningún famoso. Amundsen siempre dice que Garzía podría ser famoso si no fuera tan astracán.

No había orejones ni tomate, pero encontramos unos cogollos de lechuga y unas anchoas para complementar los sándwiches. Lo ayudé a cocinar: Garzía abrió las anchoas y yo lavé los cogollos. Él echó un poco de aceite y yo no encontraba la sal.

–Esta casa no es un hogar –dije–. Es porque Amundsen vive solo.

Garzía dijo que no veía ninguna relación causal entre ambos

hechos y que las dos cosas eran consecuencia de una manera de ser.

–Si ésta fuera tu casa, ¿dónde guardarías la sal? –le pregunté.

Garzía apoyó la mano en la mesa.

–Aquí.

TEATRO

–La obra es tan mala que seguro que funciona –le dijo Garzía a Amundsen durante los ensayos.

Y así fue: la gente se reía y unos cuantos periódicos publicaron críticas muy elogiosas.

Los personajes eran dos parejas que durante una cena hablaban de la libertad, de que lo mejor era la bisexualidad, no cerrarse a nada, como si no cerrarse fuera lo mismo que abrirse, como si no hubiera tanta ideología en esa frase hecha, pensé yo, y luego decidían que no hacía falta ir tan lejos y que también estaba bien liarse cada uno con el cónyuge del otro, y justificaban su decisión empleando diversos argumentos, y al final no pasaba nada y cada pareja se iba a su casa. Garzía decía que era una metáfora del matrimonio. Amundsen decía que era una metáfora de la condición humana. A mí me pareció bastante divertida. Desde luego, mejor que lo que suele haber en la tele.

–Los humanos somos patéticos –le dijo a Amundsen el amigo de una de las actrices, al acabar la obra, el día del estreno.

–¿Por? ¿Porque nombrar el deseo a veces basta para satisfacerlo? ¿Porque la teoría sustituye al deseo y lo desactiva?

–Bueno, yo lo decía porque nunca nos conformamos con lo que tenemos, porque no sabemos disfrutar de lo que nos ofrece la vida.

–Tendríamos que ponerle *El banquete* –le dijo Garzía a Amundsen durante los ensayos.

–Para eso, mejor *Simposio* –contestó Amundsen.

No sé por qué proponían títulos tan sosos y poco comerciales. Al final la llamaron *La última cena.* No sé de quién fue la idea.

La única vez que he estado a solas con Rebe un rato largo le

propuse que fuéramos al Pandora. No se me ocurría ningún otro lugar.

–Bueno, ¿cómo está Nico? –me preguntó cuando nos pusieron las cervezas.

–Él está muy bien. El que está fatal soy yo.

–¿Por?

–Bueno, no sé si fatal, pero siempre tengo miedo de que le pase algo.

No sé por qué le dije eso. Creo que tenía ganas de tener ganas de llorar.

–¿Algo como qué? ¿Un accidente o

–No, algo relacionado con la autoestima. –Dudé un momento y encendí una vela–. Me da miedo que no

–Pero ¿por qué? Si Nico tiene una autoestima

–Por ejemplo, una vez me contó que en la cola del comedor algunos niños empujan. Y él, en vez de empujar también, hace como si no le importara y entonces dejan de molestarlo.

–No son muy listos –dijo Nico.

–Muy bien –dijo Rebe–. Ya sabe fingir.

–Mira, un palo selfie –dijo una niña.

Íbamos en el autobús y en los asientos de atrás había dos señoras con tres niños pequeños. Estábamos parados en un semáforo y un paquistaní, creo, se disponía a limpiarle el parabrisas a un coche con una de esas esponjas con mango extensible que tienen y que nadie sabe cómo se llaman.

–Sí –dijo una de las señoras.

Nico me miró sonriendo. Yo también sonreí.

–No estarás contento, ¿no? –preguntó Amundsen.

–Bueno, que haya tantas críticas no es lo

–Pero ¿las has leído? Parecen de broma.

–Ya sabes cómo son los periodistas –dijo Garzía.

–Pero eso no tiene nada que ver, es

–¿Cómo que no? Es lo mismo.

–Pero ¿qué dicen las críticas? –pregunté.

–Nada, estupideces –dijo Amundsen–. No entienden nada, se centran en lo menos

–Eso siempre es así –dijo Garzía–. Lo importante es que

–¿Lo importante para quién? ¿Para qué? En serio, ¿las has leído?

–Claro, y además no están tan mal. Hay algunas que tienen

–Y encima mal escritas, como si no se

–Pero ¿tú sabes lo que les pagan en los periódicos? Hay que entender que no puedan dedicar demasiado

–Y no sé, casi siempre me pasa lo mismo, tienes razón. Lo que es en serio les parece broma, y lo que es en broma les parece serio.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–Que no se enteran de nada, joder. Las cosas les gustan por motivos equivocados. Si fuera verdad lo que ellos elogian, a mí me parecería que la obra es una mierda.

–No hay que descartar esa posibilidad –dijo Garzía.

Estábamos en el Retiro jugando a la pelota. Era viernes. El día anterior había muerto mi madre. Yo le tiraba penaltis a Nico, como hacíamos siempre en esa época, pero ese día los tiraba con menos fuerza y más al centro. Cuando le metía algún gol, o la pelota se le escapaba, me daba la espalda y corría a buscarla, y entonces yo aprovechaba para llorar un poco.

–La verdad es que no entiendo muy bien lo que quiere decir Amundsen cuando

–Tienes que poner un poco de tu parte –me dijo Garzía–. Toda obra de arte es una colaboración entre el artista y el espectador. Siempre que

–Si yo pongo de mi parte, pero no sé qué quiere decir.

Por lo visto, Amundsen quería mostrar que la actitud de esos matrimonios era ridícula, que aparentaban ser libres y transgresores pero en realidad se sometían a la norma. Amundsen quería burlarse de esa supuesta transgresión y los críticos habían entendido que la defendía, y ellos la defendían también y parecían respetar lo que Amundsen detestaba y valoraban su pieza teatral dándoles la vuelta a los valores que postulaba el autor, apostaban por la ligereza,

enfatizaban la poca importancia de la infidelidad ocasional.

–Es siempre así –dijo Amundsen–. Ya me ha pasado otras veces. Los personajes que para mí son heroicos les parecen paródicos, y viceversa. Y luego, peor aún, se toman al pie de la letra la ironía. Es justo como si

–Es una maravilla que te pase eso –dijo Garzía–. Se confunden totalmente las causas con los efectos. Me encanta. Ahí sí que hay una buena lección, además de un estímulo muy fuerte para seguir trabajando, ¿no?

–¿Qué estímulo? A mí me dan ganas de

–¿No ves que todo está al revés? Es una farsa que

–Todo no –dije yo.

–Es verdad, todo no –admitió Garzía–. Muchas cosas, otras muchas no. No es una farsa, es pura arbitrariedad. Si todo estuviera al revés, acabaría estando al derecho. Esa arbitrariedad es lo que a mí me

–Una verdadera fiesta de la inteligencia –dijo Amundsen–. ¿Cómo pueden decir una cosa así?

–No es mala frase –dije yo. Realmente lo pensaba.

–Hubo una vez que me reseñaron un libro diciendo: huye del realismo.

–¿Huye? –dijo Garzía.

–¡Exacto! ¿Cómo que huyo? No huyo. No siento miedo, ni asco, ni desprecio por el realismo. Sólo una absoluta indiferencia.

–Como si

–El realismo no es sólo una estética, es también una ontología.

–Toda estética es una ontología –dijo Garzía.

–Pues sí.

–¿Qué? –dije yo.

–Que el realismo parte de una idea de lo que es la realidad que a mí me parece equivocada.

–Eso ya me lo has contado, ¿no te acuerdas?

Siempre he vivido con miedo. Primero tuve miedo de los otros niños, luego de mi madre, luego de mis jefes, luego de Sara y de que le pase algo a Nico. A veces pienso que Garzía y Amundsen me protegen. A veces me parece que no.

–Si la pareja está muy bien –dijo Amundsen–. Está muy bien que te conozcan y te quieran y te entiendan, pero a mí lo que me gusta es empezar de cero.

–¿Cómo? –le pregunté.

–Empiezas a relacionarte con alguien y llega un momento en que sabes que ya lo ha nombrado todo, que el otro te tiene sujeto con un montón de nombres. A mí me gusta ese momento en que las cosas todavía no tienen nombre. Bueno, en realidad es lo que les gusta a todos, aunque no se den cuenta. Todos creen que lo que les gusta de ligar es otra cosa, pero en realidad es empezar de cero.

–Para mí no es eso –dijo Garzía–. No es empezar de cero. Lo que me gusta, lo que me gustaba de esas situaciones es la irrealidad, la salida de lo que consideramos real, de lo controlado y lo

–El miedo –dije yo, dudando si eso que estaba describiendo Garzía era lo que él llama el entusiasmo opaco.

–No, lo irreal.

–No lo entiendo –dije–. ¿Qué tiene de irreal

–Ya, hay mucha gente que no lo entiende.

–Los actores no se saben los diálogos todavía. ¿Cuándo se los van a aprender? –dijo Amundsen.

–Bueno, estamos trabajando con

–Pero ya llevan cuatro funciones y todavía se saltan algunas partes, cambian el orden de las frases, se inventan cosas, no

–Si quieres captar la vida, tienes que dejar un espacio para lo imprevisible, ¿no crees? –dijo Garzía, sonriendo.

–Pero ¿quién te ha dicho que yo quiero captar la vida? La cuestión es crear un mundo, algo. Captar la vida, representar la vida, además de una utopía, me parece un programa muy conformista. Lo que

–Dales tiempo, tienen que rodarlo un poco.

Sara nunca me saluda cuando llega a casa del trabajo. Entra a toda prisa, deja su abrigo en la percha, el bolso en el suelo o en el sillón y se mete en el baño o va a la cocina a investigar qué voy a hacer de comer. Pero un día llegó muy nerviosa a casa y seguramente por

eso me saludó al entrar.

–Hola –le contesté–. ¿Estás bien?

Me miró fijamente y me dijo que en el andén del metro se le había puesto un señor al lado y le había preguntado la hora. Ella había dicho que eran las tres y diez. Entonces, cuando el tren había entrado a la estación, el señor había saltado a las vías y el tren le había pasado por encima. Sara había oído unos gritos espantosos y había huido despavorida y había vuelto a casa andando.

–No le digas nada a Nico –le pedí.

–Qué raro que primero quisiera saber la hora –dijo Garzía, y encendió una vela.

–A lo mejor se tiró porque se le había hecho tarde –conjeturó Amundsen.

–O porque era demasiado temprano –dijo Garzía.

Aunque reconocía que le había pasado otras veces, que los críticos solían entender sus libros al revés, Amundsen le echó la culpa a Garzía.

–Parece que te moleste que haya sido un éxito –se defendió Garzía. O atacó.

–No es por el éxito, es que los críticos tienen razón. Con lo que estás mostrando ahí, no hay manera de entender la obra como yo quiero que se entienda. Los actores lo han llevado a un terreno de comedia. Que haya una broma de vez en cuando no significa que toda la pieza sea en broma. Se están

–El escenario tiene unas energías muy particulares –dijo Garzía–. Nos hace querer gustar a los

–¿Quién era el que siempre salía al escenario a cuatro patas? –pregunté.

–Es, en esencia, la posición en la que queremos gustar a los demás. Hay un conflicto entre lo que queremos mostrar, lo que hemos ensayado, y lo que nos pasa en el momento de ponernos frente al público. Para los actores es muy difícil dominar esa

–Sí, pero son profesionales. Se supone que

–En ese momento empiezan a operar esas energías que exigen, no sé, lo que dices tú: más expresividad, una transformación demagógica que no

–Todo el mundo es un escenario –dijo Amundsen.
–Buena frase –dijo Garzía.
Creo que ya se la había oído antes.

LLORAR

Una mañana estaba nadando en la playa y me di cuenta de que me torcía. No podía ir en línea recta, mantenerme paralelo a la costa. Ya me lo había dicho Nico, pero ese día me di cuenta de que era verdad. Con lo bien que nadaba antes, pensé. Luego pensé que quizá antes no nadara mejor, sólo que no me daba cuenta de lo mal que nadaba.

–Antes pensaba que llorando seduciría a las mujeres, pero no es así; un hombre no es un bebé –dijo Garzía.

–Los hombres no lloran –dijo alguien, una vez, por primera vez.

Llorar tiene que ver con concentrarse en una única imagen, en una determinada calidad de imágenes de uno mismo. Es una capacidad que no todo el mundo conserva.

–Dicen que los hombres no lloran, y es verdad; tengo cuarenta y cuatro años y cada vez que lloro me convierto en un niño –dijo Garzía, que no llora casi nunca.

Luego me consolé pensando que nado como escribe Garzía. Garzía escribe muy torcido. Tiene una letra espantosa. Amundsen, en cambio, tiene muchas letras muy bonitas.

Amundsen quiere escribir un libro que describa un coito, cómo intervienen todos los sentidos, el viaje emocional que supone, el desequilibrio: dice que es el viaje más corto de un extremo a otro de la bipolaridad, un cambio casi instantáneo entre dos estados de ánimo opuestos, entre dos visiones del mundo radicalmente distintas.

Yo hablaría de todo eso describiendo un llanto.

Amundsen y yo estudiamos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Una vez, en esa época, Amundsen dijo que ni en los mayores delirios de los artistas y los poetas se habían logrado

visiones tan fantásticas del mundo como las que proporcionaban la Sociología Política o la Economía Evolutiva.

–Había muchos amigos y amigas –nos contó Amundsen tras una reunión de antiguos alumnos a la que yo no pude ir porque era viernes–. Pero al que no vi por ninguna parte fue a ese muchacho que era yo.

–Yo, en cambio, voy con ese muchacho a todas partes –le contesté, y aquí me acuerdo de Garzía, que me contó que Erich Kästner dijo que solamente el que se hace mayor sin dejar de ser niño es un hombre auténtico.

Pensé que en realidad es mentira que Amundsen haya olvidado o matado a ese niño. Sigue muy vivo en él, por ejemplo cuando dice que su libro sobre el coito también podría ser sobre el acto de cagar.

–Tienes razón –admitió Amundsen–. Yo también. Ése que está ahí deseando cuando quedo con alguien tiene trece años.

Yo ya no tengo infancia. Mi infancia está cruzada con la de Nico. Se ha sedimentado sobre la de Nico. Se ha precipitado. Pero al mismo tiempo, gracias a Nico, he recuperado mi infancia. Nico me hizo acercarme mucho a mi madre y entenderla un poco, saber algo sobre ella. Todo empezó a redefinirse entonces: mi infancia, las cosas que hacía mi madre, todo el pasado de la familia. Fue una redefinición sensible, en realidad, no de las ideas, aunque también de las ideas. Pero por eso, porque fue sensible, desde que murió mi madre todo el pasado de la familia me da ganas de llorar. Mi infancia ha cambiado muchísimo en los últimos años.

–El pasado nunca está quieto –dijo Garzía.

Lo que más me hace llorar del mundo es una canción. Es un romance muy antiguo. Se llama «Milagros de San Antonio» y cuenta la historia de un niño de ocho años. Un día, su padre se va a la iglesia y le pide que vigile para que los pájaros no entren en el huerto. Antonio habla con los pájaros y los pájaros lo obedecen. La canción dice «pajarcitos». Creo que eso es lo que me hace llorar, esa palabra. Luego vuelve el padre y se da cuenta del milagro y todos celebran la grandeza de Antonio y de Dios. Cada vez que la pongo,

lloro. Si alguna vez tuviera que llorar aposta, me bastaría con acordarme de esta canción, pero nunca tengo que llorar aposta.

–Estoy un poco preocupado. La profesora dice que Nico se despista mucho –le conté una vez a Garzía.

–No es que se despiste. Está concentrado pensando en otra cosa.

Como pasa con los de las cosas, algunos nombres de personas no bastan y requieren una especificación. En la universidad había una chica que se llamaba María la del sombrero y otra que se llamaba Cristina la de la pota. En la universidad, las chicas perseguían a Amundsen, se le tiraban encima, le pedían los apuntes, le ofrecían los apuntes, le pedían que les explicara conceptos que veíamos en clase. Cristina vomitó en el coche de Amundsen. María se olvidó el sombrero en el coche de Amundsen.

María murió de leucemia antes de terminar la carrera. Me pregunto dónde estará ahora ese sombrero, si es que todavía existe. Yo nunca he estado con una chica que se haya muerto.

Acordarme del coche de Amundsen me da ganas de llorar. Amundsen nos llevaba siempre a todas partes. Cuando nadie tenía coche, él tenía uno rojo, lleno de cosas, de música, de nombres.

Una vez, en Granada, nos detuvo la policía porque había una jeringuilla en el salpicadero y teníamos pinta de yonquis. Era de una amiga de Amundsen que era diabética. Nos llevaron al cuartelillo y nos estuvieron interrogando por separado. Me acuerdo de que ahí no me daba miedo que nos llevasen a la cárcel; lo que me daba miedo era que se enterara mi madre. Cuando se dieron cuenta de que éramos universitarios, de que Amundsen y Garzía eran de buena familia, nos soltaron. Estuve muy tranquilo durante todo el interrogatorio, que duró unos cinco minutos, y cuando salí, me puse a llorar.

Tengo que cuidar a los peces. Miro la pecera a ver si se ha muerto alguno y pienso en que Nico sufriría si les pasara algo. Cuando murió mi madre, empecé a limpiar la pecera todos los días, a

cambiar el filtro todas las semanas, a comprarles comida de mejor calidad. Me imaginaba que a Nico le sentaría fatal que le pasara algo a alguno de nuestros peces. Pensar en Nico me da ganas de llorar. Pensar en lo que debería ser su vida, en lo que me gustaría que fuera su vida, en todas las cosas que me gustaría contarle y mostrarle.

–La vida podría ser diferente –leyó Amundsen al terminar de presentar una película de Garzía.

No tengo ninguna imagen concreta de lo que debería ser la vida de Nico, pero sé que debería ser diferente.

LAS MANOS / LA EXTRAÑEZA

Nunca vienen a casa. A Sara no le hace gracia tener invitados, así que aprovecho para invitarlos cuando ella se va a algún congreso. A mí me gusta mucho que vengan, pero me resulta raro. No sé si me gusta porque me resulta raro o me resulta raro porque me gusta. Es como si fueran a ver cosas que no sé si quiero que vean, que quiero y no quiero que vean. Una vez tenía que llevar una taza de té para Garzía, un cenicero para Amundsen, un libro y un bolígrafo de una habitación a otra, abrir la puerta, cerrarla. Me metí el libro debajo del brazo y el bolígrafo en el bolsillo del pijama. Parecía que las manos no iban a bastar, pero no hay sólo dos manos. Las axilas también son manos: pueden sujetar los libros. Y los codos son manos porque pueden abrir las puertas apoyándose en los picaportes.

–¿Para qué sirven las manos? –pregunté.

No me contestaron. No les interesó el tema. A mí me interesa saber qué pasa cuando tengo que abrir una puerta con una taza en la mano o todas las veces que saco el llavero para entrar en el autobús.

Las manos sirven para ocultar la inercia y resaltar lo imprevisible.

Garzía toma mucho té. Siempre que va a una cafetería, pide que se lo pongan en el recipiente más grande que haya, y siempre se lo traen en una pequeña tetera metálica y se le derrama la mitad al servirlo.

–Se lo puedo traer en taza –le dijo una camarera en una terraza del Retiro.

–Bueno, lo que haya.

Al final se lo trajo en un vaso bastante grande, pero sólo se lo

había llenado hasta la mitad.

–Debe creer que lo pido así porque me importa el tamaño del recipiente.

–¿Está medio lleno o medio vacío? –le pregunté. Amundsen siempre dice que Garzía siempre ve el vaso medio lleno.

Después, de camino a casa, pasamos por una tienda de frutas atendida por unos extranjeros. Creo que eran paquistaníes o ecuatorianos.

–No tienen té, ¿verdad? –preguntó Garzía.

–Sí tenemos.

Nos mostraron unas enormes cajas de té. Estaban justo delante de nuestros ojos. Había té verde de China y té rojo. Eran unas cajas enormes.

–Ah, pero yo quería té negro.

–Éste es negro –dijo el señor, señalando una enorme caja donde decía «té rojo»–. Nosotros lo llamamos rojo.

–Al final yo tenía razón, no tienen té –dijo Garzía antes de salir.

Garzía siempre dice que el olor es lo más raro del mundo. Amundsen siempre dice que lo más raro del mundo son los nombres de las cosas. Yo creo que lo más raro del mundo es tener hijos, y aquí me acuerdo de Baudelaire, que dijo que lo extraño es uno de los ingredientes esenciales de la belleza, según me contó Amundsen.

–Tú no eres consciente de tus virtudes –le dijo Rebe a Garzía.

–Ni tú de tus defectos.

–Fortunatamente, maldito.

–Bien dicho.

Rebe habla muy bien español, pero dice «fortunatamente». Garzía siempre le está corrigiendo sus errores, pero ha decidido no corregirle esa palabra.

–Algo tiene que hacer mal –dice.

–De todas maneras, es lo mismo –dijo Rebe.

–¿Qué es lo mismo?

–Lo de no ver las virtudes o los defectos. Lo de los puntos ciegos.

–Y me explicó que eso tiene un nombre. Lo de no ser consciente

de las cosas en que uno destaca, para bien o para mal. Se llama

–O sea, es la tendencia general a considerarse normal, ¿no? –dijo Amundsen–. La necesidad de huir de la extrañeza.

–Sí.

–Como una especie de distorsión normalizadora, ¿no? Una tendencia a ver lo previsible, lo que esperamos ver, y a dejar fuera de campo lo extraño, lo que amenaza nuestra concepción del mundo, ¿no?

–Sí.

–¿Cómo se llama eso? ¿Esa tendencia? –pregunté.

–Se me ha olvidado –dijo Garzía–. Qué raro.

–Papi, he soñado que de repente desaparecías –me dijo Nico.

Cuando era pequeño, me llamaba en medio de la noche. Ahora no, pero me cuenta sus sueños a la mañana siguiente. Las manos sirven para acariciar a Nico cuando tiene miedo.

Le di la taza a Garzía sin que se me derramara nada. Garzía me dio las gracias y dijo que le encantaba esa taza roja.

–Es azul –le dije yo.

–Ya lo veo. Pero cuando digo «rojo» quiero decir «de algún color». No hace falta que diga el color concreto para que me entiendas, ¿no? Si tú también lo estás viendo.

–¿Vamos a la pescadería? –pidió Nico.

–Sí.

Estábamos cerca, dando un paseo o haciendo algo. Ya empezaba a conocer el barrio.

–Mira qué bonitos son esos.

–Sí.

–Son como triángulos.

–Sí, por eso se llaman escalares, porque

–¿Los compramos?

–No.

Volvíamos a casa y empezó a insistir con los peces.

–¿No has oído lo que ha explicado el chico? –le dije–. Los nuestros no pueden vivir con los escalenos.

–¡Escalares!

–Es verdad. Entonces no se llaman así porque tengan forma

–Bueno, pero tiramos los nuestros y compramos escalares –dijo Nico.

Esa noche, cuando Garzía llegó a casa, le preguntó a Rebe y me llamó por teléfono. Sara ya estaba durmiendo.

–Se llama efecto Dunning-Kruger.

–Ah.

–Está bien el nombre, ¿no te parece?

Cuando teníamos seis o siete años, Garzía y yo íbamos a unas clases de expresión corporal. Una vez hicimos una actividad que consistía en que nos vendaban los ojos a todos los niños y teníamos que tocar las manos de todos los padres –en realidad, eran todas madres, creo– que nos habían ido a buscar. Todos los niños reconocimos al tacto las manos de nuestras madres menos Garzía, que eligió las de otra señora.

–Es que eran muy suaves –se justificó.

Cuando los ojos de mi madre se cerraron por última vez, sus manos siguieron agarrando las mías unos instantes, quizá dos o tres segundos, hasta que la morfina empezó a hacer efecto.

–Hay unas partículas que están en varios lugares a la vez y van de un sitio a otro sin pasar por ningún punto intermedio –les conté–. Lo vi en un documental sobre el

–Siempre que me explican eso, pienso que hablan de la psique –dijo Amundsen.

–Decían también que no falta tanto para que los robots tengan emociones y sean indistinguibles de las personas.

–Ya –dijo Amundsen.

Garzía estaba callado.

Cuando vi ese documental, pensé que si llegan a ocurrir esas

cosas, yo ya no voy a querer estar en el mundo. Sólo por Nico, para acompañar a Nico y acariciarlo cuando tenga miedo. Pensé también que hay una sabiduría en la vejez, en el hecho de que tantos viejos sean unos cascarrabias.

–Claro –dijo Garzía–. Cuando ya no nos gusta el mundo, nos vamos.

–Cuando ya nos tenemos que ir, nos deja de gustar el mundo –dijo Amundsen.

O a lo mejor esa sabiduría no es de la vejez, sino de la muerte, y aquí me acuerdo de mi madre y su sedación terminal.

–Es una eutanasia, ¿no? –preguntó Garzía cuando les conté lo de la sedación terminal.

–Si lo llamas eutanasia, es ilegal –contesté.

–Para que luego digas que los nombres de las cosas no importan –dijo Amundsen.

–Si yo digo lo contrario –contestó Garzía.

–Y también me enteré de que la cromodinámica cuántica dice que una interacción fuerte conserva la extrañeza –expliqué.

–Yo nunca me acostumbro al sexo –dijo Amundsen.

Yo nunca a Nico. A que las manos sirvan para acariciar a Nico cuando tengo miedo. Y aquí me acuerdo de Amundsen, que me contó que Margaret Mead había dicho que la maternidad es una necesidad biológica y la paternidad un invento social y me explicó que hay un montón de imbéciles que no entienden la frase.

LA VIOLENCIA IMAGINARIA

–Horchata no hay –le dijo el camarero a Nico.

–¿Qué más no hay? –le preguntó Nico a los nueve años.

–Un día te van a dar una hostia –le dije cuando el camarero se hubo ido.

El autobusero sacó la cabeza por la ventanilla y empezó a decir algo bastante tranquilo. Un conductor le estaba recriminando una maniobra y le exigió que se bajara del autobús para liarse a puñetazos.

–Ahora no puedo, estoy trabajando. Pero los dos vivimos en Madrid, así que ya nos encontraremos –dijo el autobusero.

–No soy muy de pegarme, pero si quieres, podemos jugar un ajedrez, o un trivial –le contestó una vez Garzía a otro conductor que le dijo que se bajara del coche para partirle la cara.

Sueño que mi padre agarra a Nico por el brazo y lo pellizca y le hace una marca. Nico grita, le duele. Me levanto y agarro a mi padre. Noto sus michelines, su panza. Lo amenazo. No vuelvas a tocar a Nico. La próxima vez… pero no sé qué decirle. Ya despierto, pienso que tendría que haberle dicho que nunca volvería a vernos, ni a Nico ni a mí. Que nunca volvería a entrar en casa. Y me acuerdo de que mi abuelo me pellizcó así el brazo, una vez, hace cuarenta años. Pero no sé si es un recuerdo inventado.

–La propiedad privada empieza con los nombres de las cosas –dijo Amundsen–. El que le da un nombre a algo lo ata, el que usa un nombre se apodera de

–Yo creo que no son ni el que le da el nombre ni el que lo usa –dijo Garzía–: Es el nombre el que se apodera de la cosa.

–O la cosa del nombre –dije yo.

–Por eso me gustó tanto cuando inventaste lo de grupón.

A Nico, cuando tenía tres o cuatro años, le encantaban las grúas. Hablábamos de grúas, dibujábamos grúas, mirábamos las grúas por la calle, y en algún momento me preguntó cómo se llamaba eso que tienen las grúas para hacer contrapeso, unos paralelepípedos que parecen de hormigón. Yo le dije que eso se llamaba «grupón», y a Garzía le encantaba que Nico usara la palabra con total naturalidad cuando se ponía a hablar con un señor por la calle, por ejemplo. No sé muy bien por qué a Garzía le gustaba tanto eso, pero creo que nunca entendió bien la situación: yo inventé ese nombre porque no quería que Nico pensara que había algo que yo no sabía. No quería decepcionarlo. Ya bastante he decepcionado a mi madre.

Mi madre acababa de morir y yo estaba muy preocupado por que Nico no me viera demasiado triste. No quería negar la tristeza, pero tampoco quería transmitírsela. Quería que supiera que se podía estar triste, pero también que la vida sigue. Era un lío.

–Qué le vamos a hacer, se ha muerto otro –había dicho Rebe.

Una mañana, de camino hacia el autobús, nos cruzamos con una señora que iba con tres perros. No era una señora, era una empleada de hogar, y los perros eran muy pequeños, de esos minúsculos que parecen ratas. Pasamos junto a ellos y empezaron a ladrar con sus voces agudas. Yo me acerqué.

–Que te piso –le dije a uno que me ladraba cada vez más fuerte o más agudo.

–Vamos, papi.

–Que te piso –le repetí.

La empleada de hogar me miró sonriente, como si estuviera de broma. Nico la miró.

–Que te piso –dije por tercera vez. Y luego, antes de alejarnos, añadí en voz alta–: Mierda de perros.

Nico se quedó muy alterado y me preguntó por qué había hecho eso. Yo le dije que era una broma. Él no se lo creyó. Al final le confesé que me habían puesto nervioso esas voces agudas y le pedí

perdón.

–Lo peor fue que me sentí muy cobarde –le dije a Garzía.

–¿Cobarde? Hiciste frente al feroz enemigo y luego tuviste el valor de reconocer tu error.

–Era una señora. Bueno, una empleada de hogar. Si hubiera sido un hombre, estoy seguro de que no me habría atrevido a decir nada.

–¿Y si hubiera sido un repartidor?

Las cheerleaders siempre se están burlando de los autores. Sólo los respetan si venden mucho. En general les parecen egocéntricos, mediocres, caprichosos. Pero si venden muchos libros, tienen cierto derecho a mostrarse volubles y exigentes. Según Amundsen, todo el mundo construye su escala de valores de tal modo que consiga estar en lo más alto, o al menos en una posición bastante buena, y las cheerleaders no son una excepción. Los mecánicos se consideran superiores a los profesores universitarios, los futbolistas a los científicos, los científicos a las cheerleaders, las cheerleaders a los autores. Eso dice Amundsen, pero no es verdad. Yo, por ejemplo, siempre me he considerado inferior a Garzía. Ya de niño dije que quería trabajar a sus órdenes.

Cuando Nico cumplió tres años, Garzía le regaló un libro que se llama *Donde viven los monstruos.* Me contó que lo había leído cuando era pequeño y que había visto un póster con una ilustración de uno de los monstruos en el cuarto de baño de la casa de Rebe en Ámsterdam. Para Garzía, las redefiniciones empezaron al conocer a Rebe. Su madre había muerto cuando teníamos veintipocos años, pero entonces él estaba demasiado vivo y su infancia no se inflamó hasta que conoció a Rebe. Al volver de Ámsterdam se había comprado el libro de nuevo, y ahora se lo regalaba a Nico.

Unos días después quise leérselo a Nico en el autobús, pero le daba miedo.

–No quiero ver a los monstruos, papi.

Yo le dije que no era un cuento de miedo, pero Nico no quiso saber nada del asunto. Por la noche tenía ganas de llorar y llamé a Garzía para contárselo y para ver si a él se le ocurría alguna manera

de ayudar a Nico a entrar en el libro. Garzía me explicó que el título original era *Where the Wild Things Are*.

–El título está mal traducido –le dije a Nico en el autobús al día siguiente–. En este libro no aparecen monstruos. En realidad se llama *Donde viven los fieratones.* –Nico vio la simpática cara de un fieratón que aparecía en la cubierta y aceptó que le leyera el libro. Le encantó. Se convirtió en su libro favorito, aunque no por mucho tiempo.

Amundsen siempre está haciendo predicciones sobre la muerte de los demás. Siempre está diciendo cómo cree que vamos a morir. Lo dice en broma, pero a mí siempre me llama la atención. Sólo una vez hizo una predicción sobre su propia muerte:

–En Estocolmo, al terminar la ceremonia, el ganador del Nobel de la Paz me pega un tiro porque no le ha gustado nada mi discurso.

Otro día íbamos por la calle y un tipo venía de frente y chocó con Nico y casi lo tira al suelo. Tuve la certeza de que lo había hecho aposta.

–¿Qué haces? –le pregunté.

–No lo he visto.

–Pues hay que mirar. Casi lo tiras al suelo.

–Bueno, también tiene que mirar él, ¿no?

–Es un niño. Es pequeño. Sólo tiene ocho

–Entonces tendrás que cuidarlo tú, ¿no? –me dijo–. Llévalo de la mano o algo.

Nico se había apartado un par de metros.

–Vamos, papá.

–Ya es mayor para ir siempre de la mano.

–Bueno, eso es cosa tuya. Vais ocupando toda la calle.

Me estaba diciendo que lo había hecho aposta, pero yo estaba tan nervioso que no me di cuenta de lo que me estaba diciendo, aunque lo sentí. Tuve ganas de pegarle. De empujarlo contra la pared y que se golpeara la cabeza. Pensé que no podía pelearme delante de Nico. Nunca en mi vida me había pegado con nadie, pero

esa vez pensé que no podía hacerlo porque estaba Nico delante.

–Te voy a denunciar. Déjame tu DNI –le dije.

–¿Por?

–Tu actitud es ilegal.

–¿Cómo va a ser ilegal una actitud? –dijo el tipo.

–Ahí tiene razón –dijo Garzía.

Rebe contó que las cheerleaders le daban mucho trabajo a un repartidor nuevo. Lo trataban fatal. Le dejaban montañas de cosas para que las llevara a la mesa de al lado.

–Es muy moreno –dijo Rebe–. No sé si es ecuatoriano o argentino.

–Será ecuatoriano –dijo Garzía.

–Estoy embarazada –le dijo una cheerleader cuando les preguntó por qué lo llamaban sólo para llevar unas carpetas a la mesa de al lado. Después él la vio fumando con sus compañeras en la calle, al lado de la puerta.

–Para fumar no estás embarazada, ¿no?

Las cheerleaders hablaron con su jefa, que le echó la bronca al repartidor. Después él fue a hablar con ellas, a decirles que no le parecía correcto lo que habían hecho.

–Entonces será argentino –dijo Garzía.

Ellas lo amenazaron con volver a hablar con la jefa.

–¿Por qué son así? ¡Jueputa! –dijo el repartidor.

–No, es ecuatoriano –dijo Garzía.

Ellas lo acusaron de nuevo, diciendo que las había insultado, y la jefa al final lo despidió.

–Pero no era un insulto, sino una interjección –dijo Rebe.

–¿Una interjección? –preguntó Garzía–. ¿Cuándo has aprendido tú esa palabra?

–En un cursillo de edición que hice –dijo Rebe–. Fue lo que aprendí ahí.

¿COLONIAL?

–Quiero coños –dijo el escritor estrella.

–El machismo –dijo Amundsen– no consiste sólo en discriminar a las mujeres en la práctica, en los espacios reales que

–Claro –dijo Garzía–. Para la mayoría de los hombres también es un tormento. Estar toda la vida compitiendo y demostrando

–Sí, sí, pero lo que yo iba a decir es que el machismo, sobre todo, consiste en generar unas ideas, una jerarquía, una visión del mundo según la cual las mujeres son inferiores y deben estar en una posición pasiva con respecto a muchas cosas, incluyendo su propia sexualidad. Esto es lo que ha planteado el feminismo siempre, ¿no? Y los afectados por esas ideas y esa visión somos todos, incluidas las mujeres, claro.

–Esta noche llegaré tarde –le había dicho Rebe a Garzía unos días antes–. Tengo una cena.

–¿Sí? ¿Con quién vas? –preguntó él.

–Con las demás cheerleaders.

–Uno no elige si sufre los efectos de esa ideología o no, por mucho que en un plano racional pueda rechazarla –seguía diciendo Amundsen–. El primer objetivo del feminismo tendría que ser cambiar la mentalidad subalterna de las mujeres, y uno de los espacios de esa lucha, siempre ha estado claro para todos los que se han detenido a pensarlo

–Todos y todas –corregí yo.

–Bien dicho –dijo Garzía.

–Uno de los espacios de esa lucha, uno de los más importantes –continuó Amundsen–, es la recuperación del propio cuerpo y del propio deseo. Es como en los estudios postcoloniales, la mentalidad subalterna

–Eso viene de Gramsci, ¿no? –pregunté.

Amundsen siempre dice que no me acuerdo de nada de la

facultad, pero en realidad me acuerdo de bastantes cosas. De todo lo de estadística, porque lo uso casi a diario en el ministerio, pero también se me quedaron varios nombres.

–Sí, viene de Gramsci, pero se aplica especialmente bien a los estudios postcoloniales. Es un concepto que surge estudiando a los campesinos de la India. Es la internalización, por parte de la comunidad sometida, de los valores propuestos por la comunidad dominante. No importa que se rebelen y consigan la igualdad en el plano de la ley: esos valores se quedan ahí dentro, en conflicto con otros valores o lo que sea. Es un elemento ineludible en cualquier proceso de emancipación. Lo dice Gramsci, ¿vale? No yo. Son colectivos que, si se definen por oposición a un otro, siempre van a ir por detrás, a estar en deuda con ese otro. Y pasa lo mismo con los homosexuales.

–Amundsen es gay –había dicho Rebe.

–Los negros llevan una ropa especial, ¿no? –preguntó Nico.

En París hay muchos negros, y muchos van vestidos con pantalones amplios y coloridos y túnicas a juego.

–Sí, yo creo que es una manera de

–¿Nosotros podemos comprar esa ropa?

–Claro, vamos a una tienda y ya está. Si tienes dinero, puedes comprar cualquier

–¡Pues vamos! –dijo Nico, entusiasmado.

Entonces vi que pasaba a nuestro lado un negro bastante mayor y con cara de simpático y le pregunté dónde se compraba esa ropa que llevaba. Él me dijo que había una tienda cerca y que él iba en esa dirección, que lo acompañáramos. Hablaba muy bien español, pero a mí me dio un poco de miedo ir con él. Le dije que no teníamos tiempo en ese momento, que me diera la dirección y que iríamos más tarde. Él me dijo que estaban a punto de cerrar. Al final no fuimos. Me dio miedo, sobre todo por Nico.

Una de las novelas de Amundsen trata de un homosexual que critica las categorías con las que pensamos y analiza cómo se construyen y argumenta que distorsionan nuestra visión del mundo, sobre todo

cuando se usan mal, que es casi siempre. También habla de las distintas maneras en las que uno llega a definirse como homosexual. La novela empieza con una referencia al mundo colonial, a dónde se sitúan los límites, a cómo se ponen los nombres de las cosas.

Los cartógrafos dividen y reparten la región en un despacho de Londres o Berlín. Pero la pereza, el descuido, la suficiencia, la indiferencia, colaborando con paradójica precisión, liberan al delineante de tomarse la molestia de afilar el lápiz antes de inclinarse sobre el mapa; la frontera tiene cinco kilómetros de ancho, cinco kilómetros que dos tribus inundarán de sangre durante cien años.

–Eso del orgullo es una estupidez.

–Bueno, eso viene de la lucha por los derechos civiles –dijo Garzía–, de lo de I'm black and I'm proud y todo

–Sí, ahí también es una estupidez.

–¿Por qué te parece una estupidez? –pregunté.

Cada vez que escribe algo para defender alguna causa, Amundsen ofende a sus militantes. Cuando salió la novela, algunas críticas afirmaron que era un libro homófobo.

–Pues porque

–Dice que es una elección –me explicó Garzía.

–¿La homosexualidad?

–Sí.

–Lo están sugiriendo ellos, aunque no quieran, cuando insisten en lo del orgullo. Si no fuera una elección, no habría ningún motivo para sentir orgullo –dijo Amundsen–. Si fuera algo natural, no se sentirían orgullosos. El orgullo sólo tiene sentido cuando

–Así es como debería ser –dijo Garzía–. Pero el orgullo aparece también en situaciones en que para ti no tiene sentido. Hay gente que se siente orgullosa de ser española, o de que un futbolista famoso sea de su pueblo.

–El orgullo es el resultado de una identificación –dije yo.

–Los paquistaníes y los ecuatorianos no se parecen en nada –dijo Garzía.

–Bueno, son

–Unos fueron colonizados por los ingleses y otros por los españoles.

–Es lo del corte y la quemadura –intervino Amundsen.

–¿El corte y la quemadura son modelos de colonización? –pregunté.

–También son eso –dijo Garzía.

–Cuando yo me siento orgullosa de algo que hace Martita, es porque en cierto modo me considero responsable de su educación y de su destino –dijo Rebe–. Pero cuando me siento orgullosa de algo que hace mi sobrino, no tengo nada que ver. Y sin embargo, el sentimiento existe. Y es parecido al otro. ¿Le ponemos otro nombre?

–No, pero lo que dice Amundsen es que todo el mundo necesita sentirse orgulloso de algo –le explicó Garzía mientras se lavaban los dientes–. Y como la mayoría de la gente no ha hecho nada, se siente orgullosa de lo que es, porque sí: del lugar en el que ha nacido, de

–Lo que pasa es que este orgullo, el de los negros y los homosexuales, es algo reivindicativo: aparece para reemplazar a la vergüenza en un momento en que, debido a ciertos discursos, resultaba vergonzoso ser

–Sí, Rebe, pero lo que dice Amundsen es que es absurdo sustituir la vergüenza por el orgullo.

–La vergüenza es lo contrario del orgullo, ¿no? –dijo Rebe, y dejó el cepillo en el vaso.

–Pero al ser opuestos, son lo mismo –dijo Garzía–. Lo que él dice es que el color de la piel o la orientación sexual son cosas por las que no se debería sentir ni orgullo ni vergüenza. Que son neutras, en ese sentido. Que al manifestar orgullo por ellas, estás abriendo la puerta a que alguien las considere vergonzosas, ¿entiendes?

–Sí, pero no

–Lo que es capaz de producir orgullo también puede producir vergüenza. Por eso son equivalentes, como todos los contrarios. En cambio, si las consideráramos cosas neutras, sin ningún valor, podríamos tratar de desactivar la valoración que hacen de ellas los que las consideran vergonzosas.

–Si no, todos los negros y los homosexuales deberían reconocer que los negros homosexuales tienen doble motivo para sentirse orgullosos, ¿no? –había dicho Amundsen.

–Bueno, ése es un argumento blanco y heterosexual –dije

entonces yo.

–Si ves que tengo prejuicios y que mis prejuicios distorsionan mis argumentos, me parece muy bien que lo señales, pero no me digas que por ser blanco y heterosexual no puedo pensar –me contestó él entonces, un poco enfadado.

Garzía encendió tres velas.

Los hombres no lloran. Si te gustan las flores, eres homosexual. Los hombres no tienen miedo. Si no te gusta el fútbol, eres homosexual. Los hombres no piden perdón. Porque tal vez empecé a definirme al empezar a interiorizar estas ideas, que se fueron alojando en el mismo lugar donde se alojan los nombres de las cosas.

–Por eso me gustó tanto cuando inventaste lo de grupón –dijo Garzía.

–Pero tú no

–Hay un hueco entre los nombres y las cosas. Un hueco secreto. Y los nombres lo van recorriendo, son lentos, a veces son rápidos pero en general son lentos, y se van apoderando de las cosas, y

–¿Por qué dices que son lentos? –le pregunté.

–Porque avanzan muy despacio, sin moverse –dijo Amundsen.

–Podemos hacerlos bailar –había dicho Garzía.

–Se apoderan de las cosas, las secan semánticamente, las limitan y empobrecen –dijo Garzía–. Es como un robo que

–Les roban la autonomía –dijo Amundsen–. Las vuelven dependientes.

–Es una exacción –concluyó Garzía.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–Lo que hacen los nombres.

–Está claro que hay una historia de persecución terrible, pero

–¿En nuestra época, en occidente, en una ciudad? –pregunté–. ¡Pero si hasta está bien visto! Mejor que

–A mí me molesta un poco que toda su lucha sea para insertarse en este mundo de mierda –dijo Amundsen–. Me gustaría que

lucharan para cambiarlo, pero al final lo que hacen es reforzar el matrimonio, o sea la monogamia, la propiedad privada y la

–Es un espectáculo comercial –resumí.

En general el narcisismo está mal visto, pero entre los homosexuales el narcisismo no sólo se acepta, sino que se valora como un modo de verdad –de rechazo de la hipocresía del mundo convencional que nos condena o aprueba por nuestras preferencias sexuales–, pero también como un modo de placer: el narcisismo es el hedonismo en un nivel conceptual. La no aceptación del propio narcisismo, la falta de conciencia del hambre de autoestima, produce espectáculos grotescos y patéticos, porque el hambre existe, y si no se satisface conscientemente, domina al individuo, que aparece, ante los ojos lúcidos, como un monigote, como un títere que actúa movido por unos estímulos que no entiende ni conoce.

–En otro tiempo se daba sobre todo donde no había mujeres –dije–. En las cárceles, en los barcos, en

–Como los tatuajes –dijo Garzía.

–Los griegos no se tatuaban –dijo Amundsen.

–Eso habría que investigarlo –dijo Garzía.

–De todas maneras, lo importante es que no soy yo quien dice eso; es el personaje del libro. A mí no tendrían por qué

–Así son tus lectores –dijo Garzía.

–Pero ¿tú qué piensas en realidad? –le pregunté.

–Lo mismo que el personaje, ¿no? –dijo Garzía.

–Que nunca vamos a saber si en la orientación sexual lo que prevalece es el determinismo o el libre albedrío. Nunca van a encontrar el gen de la homosexualidad, por mucho que busquen –dijo Amundsen–. Pero es mucho más interesante, más bonito y más interesante ideológicamente, pensar que es una elección libre. No podemos basar el derecho a hacer algo en que sea natural. No es la naturaleza la que nos concede nuestros derechos, sino la cultura.

–Que lo bueno sería que se aceptara que el deseo es algo caprichoso, que es algo relacionado con la libertad, no con el destino –me explicó Garzía más tarde, cuando le pregunté qué había querido decir.

MUERTE DE MI MADRE

Ese jueves no tenía cita con Garzía y Amundsen. Creo que es la única vez que la he anulado yo. Sara estaba en un congreso. Recogí a Nico en el colegio y volvimos a casa. Tenía siete años y llevaba puesto un disfraz de árbol, aunque ya se había quitado la corona y las ramas de los brazos.

–Nico, tengo que decirte una cosa. Se ha muerto yaya.

–No puede ser –dijo él.

–Sí. Se murió anoche.

–¿A qué hora?

–No lo sé. Mientras dormía.

–No puede ser. ¿Por qué?

–Tenía una enfermedad que se llama cáncer y que

–¿Y no la voy a ver más?

Era carnaval, y hacía meses que me había dicho que quería ir disfrazado de árbol. Estuvimos toda la mañana del domingo recogiendo hojas en un parque que hay cerca de la casa de mi madre, hojas de distintas formas y tamaños. Luego las dibujamos repasando sus bordes sobre unas planchas de goma eva de tres tonos distintos de verde, les pintamos nervios con un rotulador negro y las recortamos lo mejor posible. También usamos algunas para hacerle una corona, grapándolas sobre una cinta de cartulina que le ceñiría la frente.

–¿Dónde está? –me preguntó un rato más tarde, desnudo, mientras se metía en la bañera.

–La han llevado al tanatorio. Pero siempre va a estar con nosotros. ¿Tú no notas que está contigo, dentro de ti?

–Sí, pero a mí me gustaba que estuviese también fuera.

Le habían detectado un cáncer de pulmón con metástasis por todas partes hacía un año y medio y ya estaba muy deteriorada y decidió que no quería seguir viviendo. Le daba miedo, sobre todo,

quedarse sin movilidad o sin poder hablar. Se caía por la noche, cuando iba al baño. Una tarde tuve que ir a comprar un andador para que pudiera recorrer el pasillo.

–Pensar que esta mañana estaba contento –dijo Nico.

Habíamos decidido que le hicieran la sedación terminal ese miércoles, que era mi cumpleaños. Me parecía bonito que coincidiera con mi cumpleaños, pero mi motivo para elegir ese día fue que el viernes sería festivo y así podría estar con Nico un fin de semana largo y no mandarlo al colegio demasiado alterado. Durante un año y medio, lo que más miedo me daba de la muerte de mi madre era la reacción de Nico.

–Te quiero, yaya –dijo, mirando la pared.

El miércoles por la tarde vino el médico de una asociación por la muerte digna. Mi madre se había apuntado hacía muchos meses. También vino mi tía, que vive fuera de Madrid. El médico nos explicó todo antes de ponerle la inyección. Dijo que tardaría unas horas en morir, que estaría unas horas respirando muy fuerte, que quizá la oyéramos desde fuera de su habitación. Mi tía estuvo cosiendo las hojas verdes de goma eva a un jersey marrón. Ya teníamos preparada la corona y unas ramas que le iba a atar a las muñecas. Era un disfraz buenísimo. Mi tía y yo fuimos a cenar a un restaurante cercano. Ya no pasaba nada por dejar a mi madre sola. Nico se quedó a dormir en la casa de mis suegros. Nunca se había quedado ahí, pero no mostró extrañeza.

–El jueves ya no es mi día favorito.

Siempre decía que el jueves era su día favorito porque, para compensar que iba a salir por la noche, yo solía llevarlo a correr aventuras: a recorrer algún barrio que no conociéramos, a dar una vuelta en metro o a visitar algún museo. Una vez incluso lo llevé al ministerio.

–Esta ocarina es sagrada –dijo Nico, cogiendo una ocarina que mi madre le había traído de algún viaje. Se la metió en la boca y sopló débilmente y vi que le cayeron unas lagrimitas.

–Si la muerte es lo que nos libera del miedo, ella murió unos días antes de morir –dijo Garzía.

Mi madre me había contado que la noche en que decidimos que

ya íbamos a llamar al médico fue la primera vez que durmió bien en muchos meses.

Garzía también lloró cuando murió mi madre. Creo que se acordó de la suya. Una vez, cuando teníamos ocho años, me enfadé muchísimo con mi madre porque a la hora de cenar puso en mi plato de salchichas con puré más salchichas o más puré que en el de Garzía, pero no se lo dije hasta el día siguiente, cuando Garzía ya se había ido.

A la mañana siguiente había quedado con mi suegro delante del colegio para ponerle el disfraz a Nico. Por suerte habíamos podido terminarlo. El médico llegó a las ocho de la mañana y mi madre seguía respirando. Me explicó que moriría en las próximas horas. Yo le dije que no podía quedarme, que tenía prisa. Entonces me preguntó si quería que le pusiera otra inyección. Le dije que sí. Me preguntó si no quería salir del cuarto. Lo esperé en el salón unos minutos hasta que apareció diciendo que ya estaba. Lo dejé rellenando el certificado de defunción y me fui al colegio con el disfraz. Me acuerdo de que dejé mi DNI sobre la mesa del salón, para que el médico anotara mis datos, y la puerta de la casa abierta.

Cuando llegué, a las nueve menos cinco, mi suegro no me dio el pésame ni me cogió del brazo. Había pensado que tal vez me cogería del brazo, no sé por qué. No es que quisiera ni necesitara que me cogiera del brazo, pero si me cogía del brazo era como saber que algo está metido en su cajón. No siempre me gusta que las cosas estén en su cajón; por supuesto, hay otro placer, que es el de saber que algo no está metido en su cajón, y creo que éste es el tipo de placer que prefiere Amundsen; y aun otro, el de no saber dónde está algo, y creo que éste es el tipo de placer que prefiere Garzía. Pero en este caso creo que me hubiera gustado que eso estuviera en su cajón, y que me apretara el brazo y entonces ponerle a Nico su disfraz de árbol.

Sara, en cambio, me cuidó mucho. Me llamó todos los días desde su congreso y me contaba un montón de cosas para distraerme.

Hoy he soñado que era miércoles por la mañana. Tenemos que ir al

colegio. Nico todavía tarda mucho en vestirse. Sara todavía se está preparando su café. Ya casi es la hora de salir. Miro por la puerta del cuarto de Nico y veo que sólo se ha quitado el pantalón del pijama.

–¿Qué haces? Lo haces aposta, ¿no? –le grito. Es la primera vez que le grito. Tiene siete años.

Muy enfadado, entro en su cuarto, que está medio oscuro. Detrás de la puerta está mi madre mirándome, muy seria. Entonces me despierto.

Se ha muerto mi madre. Pero sus canciones siguen.

HAY DOS CIELOS

Nico subió por primera vez a un avión cuando todavía no había cumplido tres años. Estaba nublado. El avión, como siempre, se elevó con gran emoción y atravesó la capa de nubes.

–¡Hay dos cielos! –exclamó Nico, muy excitado, cuando vio un techo azul intenso.

–Qué bonito, ¿no? –le dije a Sara, que estaba a mi lado limándose las uñas.

–Para que luego digas que los nombres no tienen tanta importancia. ¿Has visto lo que ha pasado en Tesalónica?

–Pero si yo digo siempre lo contrario. Y se dice Salónica.

–¡Tesalónica!

–Que no, que en castellano es Salónica.

Amundsen y yo nos conocimos en la universidad. El primer día nos sentamos juntos y nos hicimos amigos. No tardé mucho en presentárselo a Garzía. Yo estaba muy contento. Siempre había tenido un mejor amigo y ahora tenía dos. Por suerte, Amundsen y Garzía se llevaron muy bien desde el principio, tanto que en verano decidimos irnos los tres de interraíl. Salimos a mediados de agosto y fue un viaje bastante raro. Podíamos viajar gratis en todos los trenes de Europa, pero ellos quisieron ir a Grecia y recorrer las islas, con lo que tuvimos que pagar un montón de billetes de barco, y el interior, donde apenas había trenes, con lo que tuvimos que pagar un montón de billetes de autobús. Era todo absurdo, pero estábamos contentos. Un día, en Corfú, nos hicimos amigos de un señor griego que nos llevó a navegar en una lancha y nos contó un montón de cosas. Dos días antes se había declarado la independencia de Macedonia, y los griegos estaban indignadísimos porque decían que Macedonia era una región de Grecia y que no se

podía permitir que les quitaran el nombre.

–¿Para qué vivimos si nos vamos a morir? –me preguntó Nico unos días después de que se muriera mi madre.

–A ver, Nico. Hay muchos motivos para

–Dime alguno.

–Hace 4500 millones de años empezó a existir el universo. ¿Te acuerdas?

–Sí, pero ¿qué

–Luego, hace 4000 millones… ¿cómo era?

–Se enfría la Tierra y se forma la corteza terrestre.

–Eso. Y así poco a poco, ¿te acuerdas? Van apareciendo las plantas y los animales, y todo eso lleva siglos, milenios y

–Ya lo sé.

–Y luego aparece el ser humano, y entre los miles de millones de seres humanos que ha habido, y entre los millones de trillones que podría haber habido, estás tú. Es un azar, es un regalo increíble. La vida te hace un regalo de setenta y ocho años, o los que sean, y vale la pena aprovecharlo, ¿no?

–Sí. ¿Cuántos tenía yaya?

–Setenta y uno.

–Pues no

–Pero tengo otro motivo. A ti te gusta ver las películas de los hermanos Marx, ¿no? Te gustan mucho. Y ellos ya están muertos, pero han hecho algo por los demás. Han dejado unas películas para que

–Y Beethoven –dijo Nico.

–Sí, es lo mismo. –Entonces pensé que no quería que se sintiera presionado. La vida vale la pena aunque uno no sea Beethoven–. Pero el bisabuelo de Beethoven no sabía que estaba haciendo nada especial, y gracias a él, gracias a que vivió, tenemos esa música que

–Sí, papi, ya lo pillo.

–Y se me ocurren más motivos, ¿eh? Por ejemplo, cuando vamos en avión. Hace cien años, o ciento cincuenta años, nadie había visto las nubes desde arriba. Vivimos para ver cosas nuevas, cosas que nadie ha visto o que nosotros todavía no hemos visto.

–Yo no he visto casi nada –dijo Nico.

–Bueno, has visto las nubes desde arriba. Eso no es ninguna tontería. Es muy especial.

–Es verdad.

–Y escucha: cuando te comes una piruleta, no estás triste cuando se acaba, ¿no? Estás contento porque te la has comido. Ésa es la actitud que yo creo que hay que tener ante la muerte –le dije–. Toma, una piruleta.

Mientras se la comía, tuve bastantes ganas de llorar.

–El escenario tiene unas energías muy particulares –dijo Garzía.

–Sí, pero los buenos, cuando salen al escenario, no están en el escenario –dijo Amundsen.

–Pero ¿cómo que

–Están en otra parte, lejos, dentro de su

–Es verdad –dijo Garzía–. Ensimismados.

–Hay una violencia tremenda en el ambiente. No es ninguna tontería. En Tesalónica llevan años manifestándose –explicó Amundsen, que parecía muy interesado por el tema–. Y llevan como veinticinco años vetando la entrada de Macedonia en la Unión Europea y en la OTAN, y es sólo por la disputa sobre el nombre.

–¿Quiénes? –pregunté.

–Los griegos. Y el país no se llama Macedonia. Bueno, no está claro cómo se llama. La ONU lo reconoció con el nombre de Antigua República Yugoslava de Macedonia, pero

–Es como lo de

–¡Exacto! –dijo Amundsen.

–Pero eso es una maravilla –intervino Garzía–. Es como si el país no tuviera nombre, porque su nombre sólo indica cómo se llamaba antes.

–El país se llama a sí mismo República de Macedonia, y algunos países lo llaman así y otros no. O sea que tiene dos nombres, según el contexto en que esté.

–Como un deíctico –dije.

Garzía consultó su terminal.

–Pues aquí estoy viendo que ocurre algo parecido con Tesalónica

y Salónica. Es la capital de la Macedonia griega –me explicó Garzía–. Los dos nombres son válidos.

–¿Qué le pasa a esa gente? –pregunté.

–Nada –dijo Garzía–. Son perspicaces.

–Tienen una aguda conciencia lingüística –dijo Amundsen.

–Por la noche todo tiene otra gravedad –dijo Amundsen–. Hay cosas que por el día aceptamos y por la noche nos generan angustia. Hay una distorsión en la vida nocturna.

–A lo mejor la distorsión se produce por el día, cuando uno está más o menos tranquilo y despreocupado, y la visión nocturna y angustiada es la lúcida –dijo Garzía.

–Quiero que me ayudes a redactar mi libro. Las

–¿A redactar? –me preguntó Garzía.

–Sí. Las partes en prosa me están costando un poco. Creo que no se entiende

–Deberías pedírselo a Rebe –me dijo Garzía.

–¿Querés ser mi amigo? –le dijo Valeria a Amundsen.

–Pero lo que estoy leyendo aquí es increíble –dijo Garzía–. También tienen dos banderas. Resulta que en los años noventa, los griegos les hicieron cambiar la bandera, porque en la original aparecía un sol que era un símbolo de la Macedonia griega. Pero aquí dice que a veces las hacen ondear juntas.

–La bandera de Macedonia sigue siendo un sol, es un gran sol amarillo sobre fondo rojo –precisé.

–Sí, pero ésa es la nueva. La que se pusieron cuando se rompió Yugoslavia tenía un sol distinto, ese sol que los griegos no les dejaron

–Hay dos soles –dije–. Qué bonito, ¿no?

LA PUBLICIDAD

Pasaban los aviones en formación, primero tres medianos, luego uno grande y dos pequeños, al final dos enormes. Cruzaban el cielo por encima de nosotros y justo cuando desaparecían, surgían otros en el límite del cielo, el único trozo de cielo que vale la pena defender. Unos paquistaníes o ecuatorianos vendían banderas, las pequeñas por un euro y las grandes por dos. Cuando acababa de empezar y yo ya tenía los ojos húmedos por la emoción, pasaron los últimos aviones, quizá más ruidosos que los demás, y firmaron el cielo con dos rayas rojas, cuatro amarillas y dos rojas.

–Mira, Nico, esos son bombarderos.

No quise transmitirle mi decepción por los pocos aviones que habían pasado. Él estaba conforme.

Conduce como piensas, decía el anuncio de un coche, y me acordé de Rebe, que me había llevado a casa dos días antes.

Había mucha gente y bajo los aviones nos quedamos quietos, pero bajo la bandera nos pusimos a buscar un sitio. Nico no iba a ver nada. Nos instalamos en un lugar cualquiera, desde el que tal vez se vieran las botas o las rodillas de los soldados.

–Ahí vienen los regulares –dijo un señor con dos niños.

Supuse que se llamarían así por estar regularmente en África. Tenían un uniforme muy africano. A Nico también le llamó la atención el nombre.

–¿Qué pasa, que no son muy buenos? –preguntó.

–No, es que

–Pasa por aquí, chaval –dijo el señor que estaba con dos niños. Pensé que querría adoctrinar a Nico, o ajusticiarlo, pero sólo le ofreció un lugar desde el que se veía mejor, junto a la valla. Fue muy amable.

Cuando pasó la Guardia Civil, se desató la pasión. Era la época de la independencia de Cataluña, y pensé que la gente la

ovacionaba especialmente por su brillante actuación allí.

–¡Viva la Guardia Civil! –gritaba uno, el que peor voz tenía.

–¡Viva! –replicaba el coro.

–Ahí viene la Legión –dijo el señor de los dos niños.

–Mi nombre es legión –le dijo Nico–. Lo dice siempre mi padre.

–¡Viva la Legión! –gritó el solista.

–¡Viva! –replicó el coro, atronador.

La Legión no había intervenido en la crisis catalana, de momento. Me di cuenta de que la gente ovacionaba más los cuerpos más conocidos.

–Muera la inteligencia –dije en voz baja.

No quise gritarlo. No tenía ninguna posibilidad de victoria frente a ese ejército. Contra el perrito sí, pero aquí no. Y si derrotara a la infantería y a la caballería y a los que pasaron con unos esquíes al hombro, aparecerían de nuevo los bombarderos para destruirme. Si es que tenían combustible; en la aviación se notaban los recortes. En publicidad es en lo primero que se recorta. Lo dicen siempre los publicistas.

Me imaginé que en vez de con un desfile militar, la fiesta nacional se celebraba proyectando una película de Garzía en una pantalla gigante en la plaza de Colón u organizando una lectura colectiva de una novela de Amundsen en el Camp Nou.

Va a poner la pelota en juego la selección española. Saca Xavi para Busquets, Busquets retrasa para Piqué, Piqué se la cede a Puyol, que se interna en el área con el balón controlado y bate a Casillas por bajo. Estábamos en la casa de Garzía, sentados delante de la tele apagada, y Amundsen nos estaba leyendo un cuento de verano que había escrito para un periódico de provincias. El día anterior había tenido lugar en Barcelona la mayor manifestación de la historia del catalanismo y ahora la selección española –cuyo esqueleto era el Barcelona y cuya ideología procedía de un holandés– se iba a enfrentar a la selección de Rebe.

–Podías haber hecho algo de comida holandesa, ¿no? –la reprendió Garzía–. Nosotros hemos hecho

–Es Holanda contra Holanda –le dije a Rebe, pensando en el partido–. Gane quien gane, Cruyff estará contento.

–Y juegan en Sudáfrica –señaló Rebe.

–Es España contra España –dijo Garzía, pensando en el cuento.

–Cataluña contra Cataluña –dijo Amundsen, pensando en la manifestación del día anterior.

Martita jugaba en su corralito. Nico se había quedado en casa con el chupete puesto. Martita dibujaba en su cuarto, siete años más tarde, cuando volvimos a la casa de Garzía y nos sentamos frente a la tele para ver la declaración de la independencia catalana.

–Hay pan tumaca y butifarra –dijo Rebe.

–Qué bien –dijo Amundsen.

–España es un Estado de derecho –dijo Rebe.

–También lo era Sudáfrica durante el apartheid –dijo Amundsen.

–Ésa es la palabra más famosa que Holanda ha dado al mundo –dijo Rebe–. Qué triste.

–No te preocupes, mi amor –dijo Garzía.

–Calla, maldito.

No se puede dejar de ver la dimensión simbólica del hecho de que este equipo sea tan catalán, ni de que los catalanistas que forman parte de él renuncien a sus nobles ideales a cambio de la gloria y el dinero, como no se puede soslayar el hecho de que, por poner un ejemplo cualquiera, el general Arsenio Martínez Campos, que restauró la monarquía borbónica por medio de un pronunciamiento que terminó de enterrar la Primera República, disfrute de una calle de Madrid, lo cual implica que los alzamientos militares son simbólicamente tolerados y conmemorados si sirven a nuestra causa.

–¿Disfrute de una calle? –preguntó Garzía.

No pude ver la final entera. Al término del tiempo reglamentario, Sara me llamó y me dijo que Nico no se podía dormir y que volviera a casa. Volví a toda prisa y por la calle me enteré de que España había metido un gol en la prórroga: éramos campeones del mundo gracias a un charnego. Al día siguiente, iba con Nico en el metro a las ocho de la mañana y entró un borracho envuelto en la bandera española. Evidentemente seguía celebrando el triunfo, pero no parecía muy contento.

–¡Alegrad esa cara, joder! –nos gritó a los madrugadores que se dirigían al trabajo, a Nico y a mí–. ¡Esto parece Albania!

–El problema de todo esto de Cataluña es que fomenta un discurso españolista –dije yo, cogiendo un trozo de butifarra.

En el metro, con Nico sentado en una de mis rodillas, pensé que nunca había sabido nada sobre Albania. Cuando fuimos al interraíl, acababan de abrir las fronteras de los países comunistas y los albaneses estaban empezando a llegar a Italia y a extenderse por Europa. En un barco, conocimos a unas chicas que nos dijeron que parecíamos albaneses, por la ropa que llevábamos o por el pelo o por la mochila de Amundsen, que no era una mochila, sino un petate verde oliva, como los de los soldados. Garzía y Amundsen eran de buena familia y me pareció que estaban muy orgullosos de que los confundieran con albaneses. Pensé que el borracho que protestaba porque no estábamos lo bastante contentos y esas chicas rubias y de ojos azules tenían mucho en común.

–Hay un concepto fundamental, que es el de legitimidad. Es tan importante como la ley, según la ciencia política –dijo Amundsen–. Por mucho que España sea un Estado de derecho más o menos tan malo como cualquier otro, no se

–¿Por qué tan malo? –preguntó Rebe–. Aquí las cosas nunca han estado mejor.

–Eso es verdad –dije yo.

–Eso es verdad, pero también es verdad que eso se podría haber dicho en muchos otros momentos de la historia –dijo Amundsen. Garzía lo miraba y parecía divertirse–. Hace cien años, por ejemplo, cuando no podían votar las mujeres y había una pobreza y una desigualdad y un analfabetismo que

–Pero hay que valorar lo que se ha conseguido –dijo Rebe.

–Si yo lo valoro, pero con ese conformismo no se va a ninguna parte. Con la idea de que nunca hemos estado mejor seguiríamos en la Edad Media –repitió Amundsen–. La sociedad feudal es mucho mejor que la esclavista.

–Estás hablando de la Transición, ¿no? –le preguntó Garzía.

–Claro. Es que ése es el

–La transición española fue modélica –dijo Rebe–. Lo dicen en todo el

–Bueno, dicen que fue una proeza de cesión y consenso, pero eso sería así si todos los que negociaron ahí hubieran partido de posiciones similares –dijo Amundsen.

–¿Qué? –preguntó Rebe.

–No fue una cosa tan admirable –dijo Garzía–. Sí, se hizo lo que

se pudo, no se podía hacer más, la dictadura seguía presente y tenía demasiada fuerza, pero de ahí a considerarlo admirable, me

–Es que no fue una negociación de igual a igual –interrumpió Amundsen–. Fue más bien algo como nosotros dejamos de mataros y vosotros os olvidáis de

–Todos hicieron un esfuerzo para olvidar, ¿no? –dijo Rebe mirándome, buscando mi apoyo, aunque quizá no estuviera buscando mi apoyo, ni mirándome.

–Ése es el problema –dijo Amundsen–. Pasa algo así, como esto de Cataluña, y es casi inevitable cuestionar la legitimidad del Estado al que se oponen. La separación de poderes es

–Es que por muy grotescos o mezquinos que nos parezcan los argumentos para atacar el statu quo, a los que no nos gusta el statu quo nos resulta muy difícil defenderlo –dijo Garzía.

–¿No se dice «status quo»? –le pregunté.

–¿Te resulta difícil defender el Estado de derecho? –le preguntó Rebe–. ¿El imperio de la ley?

–La ley es muy imperfecta, y su aplicación también –dijo Amundsen–. Es una farsa, no se puede ver de otra manera. Es como un matrimonio

–Mi matrimonio no es ninguna farsa –dijo Garzía–. Es una tragedia.

–Calla, maldito –dijo Rebe.

En realidad no están casados, pero a Garzía le encanta decir que lo suyo es un matrimonio.

–Si te gusta tanto llamarlo así, ¿por qué no te casas? –le pregunté una vez. No me contestó, pero creo que lo que le gusta es llamarlo matrimonio sin que lo sea.

–La ley electoral es una de las más importantes que puede haber en una democracia, y la que tenemos es una mierda. Ése es el verdadero problema, en el fondo. Es lo que ha posibilitado todo esto. Los partidos catalanistas han tenido una representación desmesurada en el parlamento nacional, y eso ha permitido que pudieran conseguir de todo –le explicó Amundsen a Rebe–. Felipe y Aznar les dieron todo lo que quisieron a cambio de los votos que necesitaban para poder gobernar y ellos se dedicaron a adoctrinar a

–Y Zapatero –dijo Garzía.

–Y luego, no sé, los asesinos del GAL están en su casa. Sí, los

juzgaron y condenaron, eso es mejor que cuando mataban impunemente. Pero luego los indultaron. Y los banqueros que estuvieron despilfarrando todo lo que quisieron mientras el Estado rescataba sus entidades con dinero público también están en la calle. Y además está la corona. Cuando Franco estaba en las últimas

–No saques ahora a Franco –dijo Rebe–. No tiene nada que ver.

–Cuando Franco estaba en las últimas, se contaba un chiste que es muy interesante. Un tipo iba todos los días al kiosco y se quedaba un momento mirando los periódicos. Un día, el kiosquero le pregunta qué hace. Quiero ver si ha salido una necrológica, dice el tipo. Pero las necrológicas están en las páginas interiores, le dice el kiosquero. No, la que quiero ver yo sale en portada. ¿Entiendes? Es

–No, no entiendo –dijo Rebe–. ¿Qué tiene

–El referéndum que quiero ver yo es el del rey Felipe –explicó Amundsen–. Lo tendría que haber convocado él mismo. Le habría venido muy bien. No sé cómo tienen tan poca visión. Felipe y Aznar y Zapatero, todos han pactado con los catalanistas, han permitido que eduquen y manipulen a toda una generación de una manera repugnante, no han hecho nada. ¿Por qué no han hecho nada? Un poco de contrapropaganda, joder. Se trata de seducir y manipular al electorado, ¿no? En eso consiste la democracia. No han hecho nada y ahora ponen el grito en el cielo. En el bando contrario hay gente que dedica su vida a la causa, y ellos no hacen nada, dejan que el discurso rival se vaya haciendo más fuerte, creyendo que tienen la razón y la ley de su parte y que con eso basta.

–Pues claro que

–No, no basta. Hace falta legitimidad, que es una cosa simbólica que te da la gente. Y a veces hay que ganársela. No basta con la ley. Eso es la política. El rey consolidó su legitimidad gracias al 23-F, gracias a la publicidad, al relato que se hizo de su actuación ese día. Luego la fue perdiendo. Y llega éste y podría haber hecho una jugada maestra. Podría haber puesto su cargo a disposición del pueblo. Un referéndum sobre la monarquía convocado por Felipe.

–¿Felipe González? –pregunté.

–No, Felipe II –dijo Garzía.

–El rey. El rey actual –dijo Amundsen–. Imagínate lo bien que habría quedado. Dándose unos meses para hacer una buena campaña, con una publicidad sutil y elegante. Habría ganado con

un 95 % de los votos y ya tendría legitimidad para toda la vida. ¿Por qué no hacen cosas así? Son

–Eso sí que sería decepcionar a los padres –dijo Garzía–. Pero es que no se les ocurre. No se les puede ocurrir.

Al final, el cuento no se publicó. A Amundsen le dieron cualquier excusa y se lo rechazaron. Él dijo que los periódicos dependen mucho de la publicidad.

–Rolls-Royce no hace publicidad –me dijo Garzía una vez, hablando de Amundsen y su rechazo de la seducción–. No la necesita.

Yo creo que no entendieron bien el cuento.

Atada y bien atada la independencia catalana, apagamos la tele.

–El otro día me encontré con Arancha –dijo Amundsen, mirándome, buscando mi apoyo. Yo no sabía de quién estaba hablando–. Arancha, una amiga nuestra que

–Ah, ¿la de la facultad?

–Sí. Me hizo muchísima ilusión y me dio un poco de pena. –Eso significaba que se había vuelto a liar con ella–. Está casada y tiene dos hijos.

–¿Por eso te da pena? –preguntó Rebe.

Arancha era una pelirroja guapísima, simpática, lista, que cantaba en un grupo de rock cuando teníamos veinte años.

–No, por eso no. Me transmitió muchísima tristeza. Su manera de hablar de su vida era tristísima. No decía que no estuviera satisfecha, pero eso era justo lo que más pena daba, ese conformismo, esa adaptación a

–Yo lo entiendo –dije cuando me di cuenta de que Garzía y Rebe lo miraban con escepticismo–. Era una chica tan

–Era una buscadora. Eso es lo que me dio pena. Ha dejado de buscar.

–¿Qué buscaba Arancha? –pregunté.

–No sé, no era placer, aunque tenía que ver con el placer. Y ha dejado de buscar y dice que está bien como está, pero lo dice con tristeza, y se nota que si tuviera algún estímulo podría ponerse a

buscar de nuevo, y que hace un gran esfuerzo para destruir esos estímulos.

–No te

–¿Sabes lo que me contó? Que recordaba una cosa que yo le había dicho cuando íbamos a celebrar mi cumpleaños de dieciocho: Tener dieciocho años sólo sirve para decir que tienes dieciocho años.

–Siempre pegado a la dimensión simbólica –le dijo Garzía.

–Es el conflicto entre libertad y seguridad –dijo Amundsen–. Una de las claves de la ciencia política.

Amundsen se fue a ver a una amiga y Rebe y Garzía decidieron llevarme a casa.

–¿Y Martita, se queda sola? –pregunté.

–No se va a despertar ahora –dijo Garzía.

–No tardamos nada –dijo Rebe.

Salimos a la calle. No hacía nada de frío. *Exprésate de una forma única,* decía el anuncio de un teléfono.

–Amundsen podría ser más constructivo –dijo Rebe, ya en el coche–. No digo que no

–El Estado no necesita que lo defiendan –dijo Garzía–. Necesita que lo critiquen. Sólo así va a poder mejorar. Todos necesitamos que nos critiquen, el Estado, los niños y los artistas. Si te dicen que todo lo que haces está bien, al final te

–Conduce como piensas –le dije a Rebe desde el asiento de atrás.

–¡No, por favor! –aulló teatralmente Garzía, apoyando las manos en el salpicadero.

–A los niños sí que hay que defenderlos –dije yo, y miré a Rebe por el retrovisor, buscando su apoyo, pero Rebe miraba todo el tiempo hacia adelante.

Pasaron los reyes en su Rolls-Royce. *Por no hablar del himno inmortal «Yo soy español, español, español», con música de Iván Lariónov, que quedará asociado para siempre a nuestra gesta,* había escrito Amundsen. Claro, no van a ir en un Seat, pensé. La reina me saludó con la mano, mirándome con su nariz operada, buscando mi apoyo.

Yo no la saludé. El Rolls-Royce iba muy despacio. Miré al chófer. Éste seguro que conduce como piensa, pensé.

Nosotros también íbamos despacio en el camino de vuelta. No porque estuviéramos tristes, sino porque había mucha gente. Todos iban con sus banderas, y Nico y yo solos.

ELOGIOS

–¿Cómo titula sus textos? –preguntó el periodista.

–El título viene al final, y puede cambiar el sentido de toda la obra –explicó Amundsen–. Me gustan los títulos que son parte de la obra, no los que funcionan como una etiqueta o un nombre.

–¿Cómo, parte de la obra? –preguntó el periodista.

–Que sirvan para interpretar la obra, que le den un empujoncito en alguna dirección. O que le alteren completamente el sentido. La obra es lo que es, pero el título puede servir para presentarla bajo una u otra luz.

–¿Me puede poner algún ejemplo? –preguntó el periodista.

–Sí. Imaginemos que la obra es un poema de amor. El texto se escribe antes de la cita, y después de la cita se le pone el título, dependiendo de cómo haya ido la cosa.

–¿Cómo? No me

–Así se fomenta la interacción de lo imaginario y lo real.

–¿Así se

–Claro. El texto es como la ilusión con que uno va a la cita, y el título surge de la experiencia.

–Lo mejor de una noche de amor siempre ha sido recordarla al día siguiente, o unos días después –dijo Garzía en el Pandora, y encendió tres velas.

–¡No! Lo mejor es mientras ocurre, no vas a

–Para mí lo mejor es imaginarlo antes de que ocurra –dijo Amundsen.

–Yo no quiero elegir –dijo Martita cuando le preguntaron si quería más a su papá o a su mamá, y Garzía pensó que desde esa pregunta se trata de imponer una lógica, la de la elección obligatoria, la de la renuncia, la de la monogamia, dijo Amundsen, y Garzía añadió que no nos quieren dejar tenerlo todo, ni siquiera desearlo todo, dijo Amundsen.

–¿Tú con quién vas, con España o con Holanda? –le pregunté a Rebe cuando iba a empezar la final del Mundial.

–Con los dos.

Amundsen, en cambio, sí que acepta la lógica de la renuncia, y por eso desde hace unos años sólo se lía con casadas.

–¿Usted vive como escribe? –preguntó el periodista.

–Si viviera como escribo, al ir a desayunar me comería la tostadora.

–Estás bueno –le dijo a Garzía una chica de la clase cuando Garzía salió del baño.

En esa época no recibíamos muchos elogios, Garzía y yo. Después más, sobre todo él. Por sus películas, sobre todo. Yo casi nunca. A veces hago algo más o menos bien en el ministerio y alguien lo comenta, pero eso no es un elogio. Ahora sólo recuerdo elogios en el autobús, de señoras mayores que me decían qué guapo era Nico, qué simpático, qué bien lo cuidaba yo, qué buena relación teníamos. Los demás padres iban en el autobús leyendo el periódico o mirando el terminal y nosotros íbamos hablando o jugando y haciendo listas. Pero ya hace mucho de eso.

Amundsen, en cambio, siempre ha recibido muchos elogios. Desde niño. Supongo. En la universidad, al menos, las chicas se le tiraban encima.

–La admiración de la gente que despreciamos nos ensucia. Llega un momento en que el único elogio que interesa, que acaricia, es la crítica –dijo Amundsen una vez. Nadie lee sus novelas, pero recibe muchos elogios por ellas. Y sus amigas también lo elogian y él no nos lo cuenta casi nunca.

–El otro día me di cuenta de lo que quería decir Lucía –dijo Garzía en el Retiro–. Llevo toda la vida pensando que me estaba piropeando, que intentó ligar conmigo el día

–¿Lucía? ¿La del cole?

–Sí. Pero en realidad

–Pero ¿cuándo?

–Una vez, en una fiesta, yo salía de vomitar en el baño y ella me dijo que estaba bueno.

–Ah, me suena que me lo contaste varias

–Sí. Pero en realidad se refería a que estaba borracho. He tardado veinticinco años en darme cuenta.

–Estarás muy decepcionado –le dije en broma, pero parecía decepcionado de verdad.

Amundsen siempre dice que Garzía sería famoso si no fuera tan astracán, pero creo que lo dice como un elogio.

Mi madre a veces me elogiaba, pero también elogiaba a mi padre. Mi padre no elogiaba a nadie. Garzía a veces me elogia, pero Amundsen no me elogia nunca, aunque a veces elogia a Nico. Sara no me elogia, pero recibe elogios en forma de regalos: los padres de sus alumnos a veces le regalan algo al acabar el curso. Esos regalos que son como elogios también son como los títulos de Amundsen.

–El otro día leí una crítica muy elogiosa de tu libro –dijo Garzía.

–¿Has sacado un libro nuevo? –pregunté.

Amundsen acarició una vela.

–Era increíble –continuó Garzía–. Una de las mejores que he leído. ¿Cómo era? ¿Dominado ya lo bello, se interna en lo sublime? Decía algo así.

–Sí, como si

–Y también decía cosas sobre el ritmo –me explicó Garzía–, innovaciones rítmicas, ¿no?

–Sí, pero

–Y que el libro mostraba una aguda conciencia lingüística.

–¿Y eso? –pregunté.

–Y terminaba diciendo que no era para todos los públicos, que no gustaría a todo el mundo. Que era un libro demasiado raro.

–Yo también me fijé en eso –dijo Amundsen.

–Es que es impresionante.

–¿Por? –pregunté–. A mí no me

–Claro –dijo Amundsen–. ¿Quién quiere leer un libro normal?

–El mejor tornillo del mundo –dijo Nico en el autobús.

–El mejor gusano del mundo –contesté.

–El mejor meñique del mundo.

–La mejor uva del mundo.

–El mejor político del mundo –dijo Nico.

–El niño es listo –dijo Amundsen en el Pandora cuando se lo conté–. Es el mejor niño del mundo.

–Y tú el mejor novelista del mundo –le dijo Garzía.

Amundsen tiene muchas amigas. Él siempre insiste en que no las llamemos novias, sino amigas. Todos estamos siempre opinando sobre por qué necesita tantas.

–Es porque tiene angustia –dijo Rebe–. Necesita constantemente eso, que él vive como un elogio, para no hundirse. Su autoestima exige un alimento constante para

–No sé si es angustia –dije yo–, pero está claro que le gusta gustar.

–Nos pasamos la vida queriendo entrar en el lugar del que fuimos excluidos alguna vez –dijo Rebe–. Mi hermano, por ejemplo, ha empezado a tocar la guitarra ahora, a los cuarenta años, y está claro que es porque cuando tenía veinte, todos los de su pandilla sabían tocar menos él, y se le ha

–Pero Amundsen nunca fue excluido de ese lugar. Ni de ningún otro. No es eso –dijo Garzía–. Amundsen liga porque puede. Se le tiran encima. Todos ligarían así, si pudieran.

–Yo no –dije. Miré a Rebe, que no me estaba mirando.

–Puede que tú no, es cierto –dijo Garzía.

–¿Y tú? –le preguntó Rebe–. ¿Tú ligarías así si pudieras?

–Claro. Pero sólo con solteras.

–Yo soy soltera –dijo Rebe, y lo miró con picardía.

–Tú no –le dijo Garzía–. Un soltero es alguien que no sabe con quién está casado. Lo leí hace poco, pero no recuerdo dónde.

–¿Qué? –pregunté–. ¿Cómo va a

–Que el verdadero matrimonio no es con una persona, sino con un fantasma o con un deseo.

En el colegio tampoco me elogiaban, aunque se me daban bastante bien las matemáticas. Y en la universidad, en primero, tuvimos una

asignatura que se llamaba Estadística Social. Era muy fácil. Una de las partes del temario era Probabilidad, y bastaba con averiguar qué probabilidad hay de sacar un dos cuando uno tira un dado, ese nivel.

–Pero aquí somos de letras –protestaron algunos alumnos pese a todo.

Cuando salí del primer examen del curso, tuve la sensación de que había contestado todo bien. Luego salieron las notas y vi que tenía un ocho setenta y cinco. Fui a la revisión. La profesora era muy joven. No era mucho mayor que nosotros. Me dijo que tenía mal una cosa. Miré un poco el examen y le contesté que no, que esa cosa estaba bien. Me dio la razón. Luego me dijo que me había equivocado en otro ejercicio. Lo revisé y tampoco era verdad. Eso pasó dos o tres veces, y siempre reconocía que se había equivocado al corregir.

–Entonces ¿por qué no tengo un diez? –le pregunté cuando terminamos de revisar el examen.

–Por los errores que te he dicho y también porque el primer parcial lo corrijo con más dureza que el segundo.

–Pero son números. No entiendo cómo

–Mira, si quieres te subo a nueve, pero el segundo te lo voy a corregir con más dureza.

–Bueno, pero la verdad es que no me parece bien.

–Y yo no sé de qué te quejas. Un nueve es muy buena nota.

Si Amundsen sólo se lía con casadas, no es por casualidad ni por capricho, ni fue algo que surgiera de un día para otro. En algún momento, cuando teníamos como treinta años, se dio cuenta de que estaba harto de la seducción. Harto, aburrido o en contra por cuestiones ideológicas. La verdad es que no está claro, porque no siempre argumenta lo mismo. Algunas veces ha dicho que la seducción es machista, que implica relacionarse con las mujeres a través de la manipulación, la impostura, la promesa; otras veces dice que le resulta aburrido seguir siempre el mismo protocolo. Con la intención de aderezar un poco esa experiencia, pensó que lo mejor era introducir algún elemento externo, como algunos artistas permiten la incorporación del azar en sus obras. Quizá buscara lo

imprevisible. Su primer método aleatorio consistió en estipular una estrategia de abordaje para cada barrio, y la utilizaba con independencia de la compañía o las circunstancias. En cierto barrio decía, por ejemplo: Lo que más me apetece del mundo es darte un beso. En otra zona, su técnica consistía en abalanzarse sin más. En otra, en coger a la chica de la mano y esperar a ver cómo reaccionaba ella. En otra, sólo se permitía mirarla intensamente a los ojos, pero no podía sugerir nada ni con las palabras ni con los actos, así que tenía que ser ella la que tomara la iniciativa. Creo que este último sistema sólo le funcionó con Valeria. Aunque según Garzía, funcionaba siempre, porque el funcionamiento del método era independiente del resultado; el método era un fin en sí mismo. No sé si es verdad. Lo que sé es que a Amundsen le gustaba ponerse trabas.

–Esas dificultades sirven para que el elogio que supone la aceptación sea mayor –interpretó Rebe.

–Yo no lo veo así –dijo Garzía, de mal humor.

–Sara dice que cosificas a las mujeres –le conté un día a Amundsen. Lo había dicho Rebe, pero preferí atribuirle la idea a Sara.

–¡Pero si es todo lo contrario! –protestó–. Las cosifica el putero. Yo sólo tengo interés por una mujer en tanto sujeto deseante. Lo que me interesa es su deseo.

Garzía dice que Amundsen, en el fondo, trabaja para que las mujeres puedan hacerse cargo de su deseo.

–El machismo no es opcional –dijo Amundsen–. Es algo que está dentro de todos y que hay que vigilar y estar corrigiendo siempre.

–De todos y de

–Sí, de todos y de todas –me interrumpió–, y aquí sí que vale la pena decirlo así, porque las mujeres no se dan cuenta de que son machistas. Casi todas son muy machistas en el amor.

A Amundsen le gustan las chicas que se rigen por el deseo, que son capaces de ser infieles, que son libres, que están en una posición masculina, como dice él.

–Amundsen es gay –dijo Rebe.

–Podrías especializarte un poco más –le dijo una vez Garzía–. En casadas con hijos, por ejemplo. Pero con hijos varones, ¿eh?

–No, con hijas –dije yo. Miré las velas. Lo pensé mejor–. Bueno,

con hijos varones.

Garzía y yo teníamos nueve años y nos gustaba una chica de la clase que se llamaba Laura. A los dos nos gustaba la misma y a todos los demás chicos de la clase les gustaba otra.

Un día, en el recreo, llegó una noticia que me impresionó mucho. Laura había bebido agua del mismo grifo del que justo antes había bebido Marcos. Era una manera de expresar su amor, su deseo. Lo que más me impresionó, creo, fue entender al mismo tiempo el mensaje y el código. Cada vez que Amundsen habla de sujetos deseantes, de lo importante que es que cada uno se haga cargo de su deseo, me acuerdo de Laura. Creo que a Garzía y a mí nos gustaba desde antes de eso, pero estoy seguro de que nos gustaba por eso.

–Son muchos elementos que confluyen. Amundsen no tiene hijos. No tener hijos es como ser hijo único multiplicado por diez –dijo Garzía.

–Los autores es como si fueran todos argentinos –dijo Rebe que dicen las cheerleaders.

–¿Y los autores argentinos? –le preguntó Garzía.

–Los argentinos no tienen más ego que los demás –dijo Amundsen, hablando de Valeria–. Lo que pasa es que ahí hay un rasgo cultural que consiste en que la manifestación del ego se valora.

–Como en la cultura gay –dijo Garzía.

–Amundsen es gay –dijo una vez Rebe, al acabar de cenar.

Amundsen salió del armario cuando conoció a Valeria. Es la única vez que ha estado enamorado.

–Es gay, pero en otro sentido –contestó Garzía–. En realidad, los hombres nos liamos con mujeres para gustarles a los otros hombres, para sentirnos aceptados y respetados por ellos. Amundsen tiene muchas ganas de gustarles a esos hombres.

–¿Tú a qué hombres quieres gustarles? –dijo Rebe.

–A ti –dijo Garzía.

–Maldito –dijo Rebe, y me miró como si se acabara de dar

cuenta de que yo también estaba ahí.

Siempre me están diciendo que Nico es listo, sobre todo Garzía y Amundsen, pero la verdad es que yo no lo considero tan listo. O, mejor dicho, no lo considero listo por los mismos motivos. Recuerdo una vez que sí me pareció listo. Sara no estaba en casa, así que lo dejé bajar solo a comprar algo a la tienda de la esquina. Cuando volvió, llamó al telefonillo.

–¿Contraseña? –le pregunté.

Y entonces, sin dudar ni un segundo, sin pararse a analizar la situación, sin necesidad de asimilar el hecho de que le estaba haciendo una broma, contestó:

–¡Chan!

Martita dibuja cada vez mejor y recibe cada vez más elogios. Amundsen, desde hace un tiempo, tiene tres amigas casadas.

–Pero ¿por qué sólo con casadas? –le pregunté a Garzía mientras Martita dibujaba un cocodrilo–. ¿No podría haber elegido abogadas o camareras?

–No –me explicó Garzía–. La familia es la base de la sociedad, dicen los conservadores, y es cierto. Lo político empieza en casa. Deberías colorearlo de azul, ¿no? –le dijo a Martita.

–No, tiene que ser verde.

–Y verde será –dijo Rebe.

–Bueno, pues los que pensamos que la sociedad está enferma no podemos evitar concluir que esa enfermedad empieza en los hogares. Las relaciones de poder, el conformismo, la frustración, la renuncia a los sueños y a la libertad. La renuncia al deseo.

Alguna vez Amundsen ha contado que sus amigas parecen acompasarse. Una semana, las tres le recriminan algo. En otro momento, las tres se ponen muy cariñosas. Incluso a veces ocurre que las tres menstrúan a la vez. Es como un elogio de lo más extraño.

–Es asqueroso –dijo Rebe.

–Pero también es bonito –dijo Garzía.

Garzía dice que Amundsen sólo se lía con casadas para socavar

la base de la sociedad. Rebe dice que tiene miedo del compromiso. Sara dice que tiene algo que ver con su madre, con su padre, que le resulta estimulante la competencia con los maridos. Y Amundsen dice irónicamente –pero lo dice muchas veces, y no dice otra cosa– que trata de ayudar a esas mujeres. Y cuenta las historias de sus amigas, mujeres aburridas, esposas tristes, cuya vida consiste en cuidar a sus hijos, a los que adoran, y en estar con sus maridos, a los que quieren como a hermanos, pero que echan de menos más emoción, que quieren escapar de la monotonía, que sueñan con otra vida, con una conciliación más satisfactoria. Dice que, sobre todo, son sus amigas. Cada una de ellas sabe que no es la única, como él sabe que no es el único. Aunque en cierto nivel, como señaló una vez Rebe, sí lo es. Y ellas no. Ésa es, según Rebe, la trampa. Pero lo cierto es que ellas, pasado el tiempo, no lo odian, lo cual es un dato muy significativo. Amundsen siempre dice que sólo se lía con casadas para hacer una labor social. Sólo una vez dijo otra cosa:

–Las casadas son ideales. Tienen el listón bajísimo y no te dan el coñazo.

Garzía no tardó en contárselo a Rebe.

–Dar el coñazo –señaló Rebe.

–Dar la tabarra –dijo Garzía.

–Dar la lata –dijo Rebe.

–Hay muchas, ¿no? ¿No sabes más?

–Yo creo que

–Dar la murga. Dar el tostón. Dar la brasa.

–La murga sí que no la

–Dar la chapa. Pero hay una que es la mejor. La más expresiva, ¿sabes? –preguntó Garzía.

–¿Cómo es?

–Dar la rebeca.

–¿Vituperio?

–No me des la rebeca, que tengo que trabajar. Me encanta.

–Es una relación completamente amoral –dijo Rebe.

–¿Llena de amor? –le preguntó Garzía.

–¿Qué?

–No eres muy lista, pero eres la que mejor mira a los ojos del

mundo.

–Y tus películas son insufribles, pero eres el que mejor mira por la ventana del mundo –contestó Rebe.

CANCIONES

Llegó y apagó todas las velas y nos contó que últimamente estaba pensando mucho en Valeria. Garzía encendió una. Amundsen nos dijo que no podía dejar de darle vueltas a una cosa que decía Valeria de vez en cuando, una frase que no sabía de dónde había sacado y que últimamente le venía a la cabeza una y otra vez.

–Unos no se qué, otros no se cuántos, y yo siempre poligrillo.

–¿Qué? –preguntó Garzía.

Amundsen apagó la vela.

–A ver, era algo que rimaba. Algo así: Unos casa, otros castillo, y yo siempre poligrillo.

–¿Qué es «poligrillo»? –pregunté yo.

–Un muerto de hambre. Un astracán –explicó Amundsen.

–«Sujeto desastrado y poco afecto al trabajo» –explicó Garzía tras consultar su terminal.

–Unos diente, otros colmillo, y yo siempre poligrillo –le dije a Nico en el autobús.

–No, es mejor unos muela, otros colmillo –dijo Nico.

–Bueno, depende de si

–Unos trompa, otros colmillo, y yo siempre poligrillo –añadió él.

–Unos hoz, otros martillo, y yo siempre poligrillo –dije.

–¿Qué tienen que ver una hoz y un martillo?

–Bueno, resulta que

–Unos yunque, otros martillo –dijo.

–Vale.

–Unos tuerca, otros tornillo, y yo siempre poligrillo.

–Muy bien.

–Unos llave, otros pestillo, y yo siempre poligrillo.

–Ése me encanta.

Amundsen volvió a apagar las velas al llegar a la mesa una semana más tarde.

–Unos pala, otros rastrillo, y yo siempre poligrillo –le dije–. Se lo inventó Nico el otro día.

–¿Ah, sí?

–Sí, hemos estado

–El niño es listo –dijo Amundsen–. Tendrías que darle una educación mejor.

–¿Cómo voy a darle una educación mejor?

–No lo sé –dijo él–. ¿Yo qué sé?

–Unos Führer, otros Caudillo –dijo Garzía.

–Unos Fraga, otros Carrillo –dijo Amundsen, que está obsesionado con la Transición.

–Ése no se le ocurrió.

–Porque es listo –vituperó Garzía.

–Desde luego –dijo Amundsen.

–Unos estrofa, otros estribillo, y yo siempre poligrillo –dijo Garzía.

–Las mejores canciones son ésas en las que la estrofa es mejor que el estribillo –dijo Amundsen.

–¿Qué nos dice eso de la vida? –le pregunté yo.

–Nada.

–A mí las que más me gustan son las que no tienen estribillo –dijo Garzía–. Las que no marcan la diferencia entre la estrofa y el estribillo.

–Todas tienen estribillo. Las que tú dices suelen tener un par de versos al final de la estrofa, unos versos que se repiten siempre. Eso se llama estribillo –explicó Amundsen.

–No todas.

–O una estructura sintáctica que se repite.

–Y luego hay otra parte de las canciones, ¿no? –pregunté–. Una especie de estrofa que no sé cómo se llama, que es totalmente distinta de todo lo demás, que sólo aparece una vez, tirando al final, o hacia la segunda parte.

–Yo tampoco sé cómo se llama. ¿Cómo se llama eso?

–A lo mejor eso no tiene nombre –dije.

–Yo detesto esa parte –dijo Amundsen–. Suele ser muy sentimental.

–Emotiva –dijo Garzía.

–La detesto.

–Expresiva.

–A mí me encanta –dije yo–. Es imprevisible.

Cuando Garzía y Amundsen vinieron a visitarme después de la operación, me acordé de la canción de San Antonio y se la puse, a ver si ellos también lloraban. No lloraron nada, pero yo sí.

–Es por Nico –les expliqué–. Pero no sé por qué

–Es una celebración de la infancia –me explicó Garzía–. Y tú lloras porque todos los niños son como ese niño de la canción. Parece que hacen magia, ¿no?

–Ése sí que es el milagro de la vida –dijo Amundsen, que no tiene hijos.

–Escucha: Múilik. Gemákelik múilik. Gemákelik múilik gemákelik. Múilik gemákelik. Múilik.

–¿Qué dices? Hoy hablas de una manera

–Es un poema que me he inventado para Rebe –dijo Garzía–. Mi primer poema en holandés.

–¿Eso es un poema? –le pregunté.

–Sí, mira.

Garzía se sacó del bolsillo un trozo de papel doblado y me lo enseñó. Estaba escrito a lápiz, con los renglones un poco torcidos.

Moeilijk.
Gemakkelijk moeilijk.
Gemakkelijk moeilijk gemakkelijk.
Moeilijk gemakkelijk.
Moeilijk.

–Lo escribí anoche, antes del segundo sueño.

Hace un tiempo, Garzía nos contó que estaba leyendo un libro que hablaba del segundo sueño. Por lo visto, en la Edad Media tenían una manera de dormir muy distinta de la nuestra; dormían en dos tramos, lo cual daba lugar a un intervalo durante el que hacían muchas actividades. Nos contó cosas sobre la vida nocturna, los encuentros con los vecinos en medio de la noche, los demonios

específicos, un demonio que habita en un puente y actúa al amanecer, la caza de brujas. Si las brujas existieran, habría que quemarlas, dijo. Y ahora, por lo visto, Garzía había empezado a dormir así. Se despertaba como a las tres y no volvía a dormirse hasta las cinco o las seis. Pero no lo hacía aposta. Creo que es porque tomaba demasiado té.

–Son sólo dos

–Sí. Significan «difícil» y «fácil», ¿entiendes? «Múilik» es «difícil» y «gemákelik» es «fácil».

–Pero

–El problema es que es muy negativo. Confirma la visión de Amundsen de

–¿Negativo?

–Claro, acaba con múilik.

–Pero mira, puedes hacerlo así –propuse–: Múilik. Gemákelik múilik. Gemákelik.

–Es verdad –dijo Garzía, muy contento–. Si simplificas, todo es más fácil, ¿no? Ése es el mensaje de

–No, no tiene que ver con eso. Si lo estiras un poco más hasta que el verso más largo tiene cuatro palabras, el poema también acaba con gemákelik.

–El mensaje del poema, entonces, es que cualquier cosa puede ser fácil o difícil. Lo fácil y lo difícil se van alternando, pero si uno adopta el punto de vista adecuado, al final resulta fácil.

–Ese poema lleva el germen de muchos poemas –dije–. Infinitos. La versión más sencilla sólo tiene una palabra: «múilik». La más compleja consiste en ir hasta el infinito y vuelta a «múilik».

–O a «gemákelik» –dijo Garzía–. Depende de si el infinito que elijas cada vez es par o impar. Es como lo del gato de

–¡Es verdad! Se lo tengo que contar a Amundsen. Le va a encantar.

Amundsen siempre defiende la visión trágica de la vida. Garzía defiende la visión cómica, y una vez intentó hacer trampas.

–A ver, la realidad es lo que es y simplemente tenemos visiones de ella, cada uno la suya. Pero no me negarás que el hecho de que algunos tengan una visión tan trágica y otros la tengan tan cómica resulta objetivamente cómico, ¿no?

–Eso te parece a ti –contestó Amundsen–. A mí eso es lo que me

parece más trágico de todo.

Lo que no se me ocurrió decirle a Garzía es que en realidad hay dos poemas infinitos: también se puede empezar con gemákelik.

–Cantando tomé amores, cantando los olvidé –dijo Valeria–. Eso dice mi canción favorita.

–La letra de las canciones no sirve para nada –le dije a Amundsen–. Puedes escuchar una canción sin entender la letra y te emociona igual.

Esa parte que no tiene nombre, la parte expresiva o emotiva o sentimental, me encanta pero me parece lo de menos. Lo que en realidad me gusta de las canciones es cómo se fijan en la memoria y generan asociaciones y arrastran recuerdos. Eso no pasa con otras formas musicales. No creo que una sinfonía de Beethoven o una sonata de Mozart le traigan a nadie tantos recuerdos, pero no se lo digo porque se van a burlar como se burlan siempre de Nacho Marrero.

–A mí me gusta mucho la música– le dijo una vez Nacho Marrero a Garzía–. Sobre todo, la música de películas.

–De treinta niños que hay en la clase, se tiene que hacer amiga de la que tiene el padre más imbécil –nos dijo Garzía.

–De sesenta padres que hay en la clase, el más imbécil es el cocinero –dijo Amundsen.

Según Garzía, Nacho Marrero y su mujer son gordos, estúpidos, autocomplacientes y antipáticos. Los dos. Según Garzía, nadie más querría estar con ninguno de ellos, por lo que ambos han encontrado la mejor pareja del mundo y deberían estar muy satisfechos.

–Así es como hay que plantearse las relaciones –dijo Amundsen.

–Las canciones que me ponen más triste son las canciones alegres –le dije un día a Nico.

–No te entiendo, papi.

Yo tampoco me entiendo. No sé por qué me quedé tan pegado al

pasado. Es como si en algún momento, en la época de las redefiniciones, el tiempo hubiera dejado de pasar. Yo fui. Amundsen es. Garzía será. Eso diría el poema que escribiría yo si me atreviera a escribir poemas como Garzía.

LA RESPONSABILIDAD

En París fuimos al Pompidou. Nico pidió entrar cuando pasamos por delante y vio todos los tubos y un montón de gente haciendo cola frente a la puerta. Sara no quiso venir; prefirió volver al hotel porque tenía que lavarse el pelo.

Nos metimos en la colección de arte contemporáneo. Cada uno iba por su cuenta, Nico siempre unos pasos más adelantado, pero hubo un momento en que lo llamé.

–Mira este cuadro.

–¿Qué le pasa? –dijo.

–Es una obra abierta. ¿No ves cómo está? El artista ha dejado aquí el lienzo y cada uno puede escribir lo que quiera.

–¿De verdad? –dijo Nico con menos entusiasmo del que yo había previsto.

–Claro. Es una colaboración entre el artista y el espectador. En realidad, en cualquier obra hay una

–¿Y puedo poner algo yo?

–Sí. –Busqué un bolígrafo naranja en el bolsillo interior de mi chaqueta–. Toma.

Nico escribió su nombre entre el resto de inscripciones y breves textos que había en el lienzo, y algo de París que no entendí, mientras yo leía una pequeña explicación que había junto al cuadro. Entonces me di cuenta de que el cuadro estaba terminado desde 1977. Mimiré a mi alrededor. Me pareció que no me había visto nadie. Dudé un instante y entonces me acordé del fontanero.

–¡Nico, ven! –le dije.

–Hosti, es verdad –dijo el fontanero. Lo habíamos estado esperando una hora y pico–. Es que llevo dos días en el tanatorio, porque se ha muerto mi suegra, y se me ha pasado.

Al final llamó a un sustituto que vino a casa, vio la gotera y dijo que tenía que venir un albañil a poner silicona o a cambiar un

azulejo. Llamé al albañil y le expliqué la situación.

–¿Le viene bien el martes?

–Sí –me dijo–, pero llámeme antes por si se me olvida.

Fui a la sala de al lado y le conté al vigilante lo que había pasado, pensando que me llevaría a la cárcel. No sé si no entendía el castellano, porque no mostró ningún interés, contestó algo en francés y siguió concentrado en sus cosas. Miré por última vez el lienzo modificado por Nico, parte de cuya obra se expone en el Pompidou desde que tiene diez años.

–Ahora vale más –dijo Garzía.

–Cuando fui a Nueva York por primera vez, me contaron que el oso polar del zoológico llevaba una temporada muy mala –dijo Rebe–. Por lo visto, comía poco, se pasaba el día tumbado, no sé, no hacía nada.

–¿Quién te contó eso? –preguntó Garzía.

–Y entonces contrataron a un equipo de expertos en psicología animal que estuvieron un mes analizando la conducta del oso y al final pasaron una factura de dos millones de dólares y diagnosticaron que estaba deprimido.

–A ver, siéntate, que os lo voy a leer –dijo Amundsen en el Pandora cuando volví del baño.

–¿Qué nos vas a leer?

–Su discurso de aceptación del Nobel –dijo Garzía.

–Pero ¿estás loco? ¿Tú crees que te van

–Hay que ser responsables –dijo Amundsen, y miró el papel–. Una de las señales inconfundibles

–Pero ¿de verdad lo has escrito? –le pregunté.

–Claro. Por si acaso. Escucha y dime lo que opinas. Una de las señales inconfundibles de la idiocia es el deseo de tomar decisiones. En mi caso, la decisión que estoy tratando de tomar desde hace décadas es cuál es el tema principal de mi obra. Hoy diría que es éste: la contradicción.

–Buen arranque –dijo Garzía.

–Y nada puede ser más contradictorio que la sensación que

tengo en este momento. Por un lado, me siento halagado y deseo agradecer a los ilustres miembros de la Academia que me han distinguido con este reconocimiento. Por otro, siento una profunda repugnancia. Detesto la propiedad privada y detesto los premios, como cualquier otra forma de jerarquía y publicidad. Uno se pone a escribir para no tener que competir, como una manera de rechazar la competición, y el mundo siempre logra ponernos una u otra medalla o, sin medallas, colocarnos en alguna posición de alguna lista jerárquica. Además, y esto es muy importante, los académicos suecos no parecen tener más mérito que los albaneses o cualquier otro grupo de eruditos escogido al azar.

–Como nosotros –dijo Garzía.

–Desde luego, si los juzgamos por el criterio demostrado a la hora de conceder este premio que hoy recojo lleno de oprobio, no hay

–O por el que han demostrado en anteriores ocasiones –dijo Garzía.

–Eso viene ahora –dijo Amundsen–. Deja de interrumpirme, ¿no? Joder, ni en el Premio Nobel vas a dejar de

–Es que estoy muy emocionado –dijo Garzía.

Empecé a trabajar en el ministerio cuando iba a nacer Nico.

–Tener un hijo es una gran responsabilidad –le dije a Garzía cuando iba a nacer Martita.

Un martes, Garzía me contó que Rebe había empezado a ir al psicólogo.

–Yo creo que también debería ir –dijo.

–¿Por? ¿Qué te pasa?

Entonces me contó que una vez, cuando teníamos diez años, le había puesto la zancadilla a un chico de nuestra clase.

–Me acuerdo perfectamente –dije–. Se rompió un diente.

–Sí. ¿Te acuerdas? –me preguntó Garzía–. Todavía me siento culpable. Le pedí perdón y fingí que había sido un accidente, pero en realidad lo hice aposta. Pasó corriendo por delante de donde estaba yo y estiré la pata para que se cayera. No sé por qué.

–¿Estiraste la pata? –pregunté, sonriendo.

–Sí, a partir de ahora significa esto.

–¿Qué significa?

–Hacer el mal y pagarlo con culpa durante años.

–El ello nunca se enamora –dijo Amundsen en otra ocasión.

–¿Tú empezaste a escribir como una manera de rechazar la competición? –le pregunté a Amundsen pensando en mi libro, en que muchas veces me he dado cuenta de que va a ser peor que los libros de Amundsen y las películas de Garzía y de lo incómodo que me hace sentir eso.

–No, yo en realidad decidí hacerme escritor el día del estreno de su primera película –dijo, mirando a Garzía.

Entonces nos contó que al acabar la fiesta del estreno, se fue con una de las actrices a la casa de ella. Tenía veintidós o veintitrés años y no quiso tener relaciones sexuales, como dice Amundsen, porque estaba con la regla.

–A mí no me importa –dijo él.

–Pero a mí sí –dijo ella.

Entonces la chica le dijo que tampoco se la podía chupar, aunque le apetecía mucho, porque le había prometido a su último novio que nunca se la iba a chupar a nadie más. Amundsen estaba fascinado. Le estaba empezando a encantar esa chica.

–¿No tenía nombre? –pregunté.

–Sí, se llamaba Pilar –dijo Amundsen, que tiene muy buena memoria. Ya habían pasado casi veinte años.

Entonces se le ocurrió una idea.

–¿Por qué no me la besas? No me la puedes chupar, pero sobre besos no prometiste nada, ¿no?

Ella vaciló un instante.

–No –dijo, todavía pensativa pero sonriente.

–Y también me la puedes lamer, si te apetece.

Al final todo salió bien, nos contó Amundsen. Pilar le pareció maravillosa y él decidió hacerse escritor.

Nunca pensé que los peces fueran un regalo para estimular a Nico a

ser responsable, a cuidarlos, a asumir las consecuencias que tendría olvidarse de ellos o cuidarlos mal. Era sólo para que estuviera contento. Siempre supe que iba a ser responsabilidad mía mantenerlos con vida, y que debía también responsabilizarme del sufrimiento de Nico si algún pez moría.

–Pero no es por lo que tú crees –le dijo a Garzía–. Es porque me pareció que ésa era mi misión: ayudar a la gente a responsabilizarse de su deseo. Esa chica no podía hacerse cargo de lo que en realidad

–Es una idea interesante, la de la responsabilidad –dije–. Sobre todo

–Lo digo en serio –dijo Amundsen–. Justo lo puse en lo del Nobel, pero como no me dejáis que os lo lea, no

–Vamos, léelo –dijo Garzía, y encendió una vela mientras Amundsen volvía a abrir su cuaderno y se aclaraba la garganta.

–Ya es un lugar común relacionar la escritura con la sexualidad, y por eso considero que éste es un lugar apropiado para hacerlo –continuó leyendo Amundsen–. Son dos tableros distintos en los que se juega al mismo juego. A estas alturas de la historia, todas las artes, incluso la literatura, han obtenido cierta legitimidad para la abstracción. Atrás quedó la mímesis con su cola iridiscente. Pero ahora, conseguida la autonomía del arte, lo que nos falta es la autonomía de la sexualidad. Sin referente, sin mímesis, sin subordinación a algo externo: el arte por el arte, el sexo por el sexo. Responsabilizarse, hombres y mujeres, del propio deseo, no hacerlo depender de realidades ajenas o que están más allá de lo

–Claro, pero igual que el

–Espera, que ya estoy terminando.

–Espera un momento tú –dijo Garzía.

–¿Qué pasa?

–Bueno, pasa que el arte, por mucho que se libere de la figuración, siempre tiene una dimensión referencial, porque no podemos no asignarle un referente, un contenido, aunque sea débil. Y del mismo modo, el sexo siempre va a generar algún tipo de emoción, si es que no parte siempre de una emoción previa, de la que depende aunque no nos demos cuenta. Somos humanos. Conectamos las cosas. Hacemos asociaciones.

–El hombre es un animal simbólico –recordé.

–Eso –dijo Garzía, y encendió una vela mirándome con orgullo.

–Es una pena, ¿no? –le pregunté a Amundsen.

–Pero yo no propongo desligarlo de la emoción, sino del comercio. Nos parece fatal que se intercambie sexo por dinero, pero también se intercambia por una relación, por el nombre de una relación, por una promesa. Eso es lo que

–Todo se intercambia –le dije–. El comercio está en la esencia del ser humano.

–Ya veremos –contestó.

EL FUTURO

A las nueve empieza el cole y en el autobús vamos viajando lentamente hacia el futuro. Mejor lentamente que en un tren de alta velocidad, como dijo a los cuatro años que quería ir al cole Nico. A Nico nunca le ha interesado nada el autobús, tal vez porque le parece demasiado previsible, pero no se priva de alardear delante de sus amigos:

–Yo viajo en autobús todos los días de mi vida.

Más adelante descubrirá que conviene tener un motivo especial para alardear, y todavía después se dará cuenta de que en realidad se alardea de lo que hay, haya lo que haya, con o sin motivo. Pero por ahora lo importante es llegar al cole a tiempo.

Al principio era fácil. Yo iba a despertarlo con alguna canción o algún juego. En esa época le poníamos nombres a todo y también le habíamos puesto nombres a sus pies. Se llamaban Tung y Tong. Yo se los agarraba y los hacía percutir contra sus nalgas sucesiva o, llegando al clímax, simultáneamente. O, si llovía, entonaba una estrofa que consistía en describir lo que se veía por la ventana, o lo que se vería si se cumpliera lo que prometía la estrofa: las palomas se refugian bajo los aleros, brotan los paraguas en el pavimento, los coches salpican a la gente y la arenita se convierte en barro. Después lo vestía, le preparaba el desayuno, le dábamos un beso a Sara, si se había levantado, y caminábamos contentos hasta la parada del autobús. Cuando ya estábamos llegando al cole, el autobús solía detenerse en el semáforo de los abrazos, donde comenzaba la ceremonia de despedida.

Unos años después ya no era tan fácil. Nico se levantaba solo y se ponía a leer, o los calcetines en las manos y los zapatos en las orejas, o se metía en el baño y se quedaba demasiado rato mirándose al espejo, y entonces perdíamos el autobús y llegábamos tarde. Cuando se constataba que íbamos a llegar tarde, él empezaba

a protestar, sobre todo si era miércoles, porque tenía inglés a primera hora.

–Jane echa unas broncas terribles –decía.

En esa época, la ceremonia de despedida comenzaba en el semáforo de las cosquillas, que había cambiado de nombre para adaptarse a los nuevos tiempos.

El día que murió mi madre, fumé. Cuando ya me faltaba poco para terminar de hacer el disfraz de árbol, bajé a comprar un paquete de cigarrillos y me fumé cuatro o cinco seguidos en el parque de delante de su casa. Ahí habíamos recogido las hojas secas que Nico llevaría en la corona al día siguiente. Ahí había jugado Nico muchas veces, se había cortado con una hoja, se había hecho raspones en las rodillas, se había embarrado los zapatos. Yo no había fumado en mi vida. Notaba el humo que bajaba por la tráquea y se instalaba en los pulmones. Se depositaba. Se precipitaba. Ella seguía respirando en su cama. Notaría la morfina avanzando por sus venas, distribuyéndose, depositándose. Me imaginaba yendo a las sesiones de quimioterapia, a Nico dándose cuenta de que llevo una peluca, todo empieza con un dolor en una vértebra, será por una mala postura, a Sara no dándose cuenta, un mes después las pruebas, los TAC, los PET, las anatomías patológicas, las noches en el hospital, *Prohibido el paso a toda persona ajena al quirófano*, esperar los resultados como si la vida siguiera, tratar de explicarle a Nico que mis canciones van a seguir, ¿qué canciones?, diría Nico, o Sara, contárselo a Amundsen y a Garzía, constatar que Amundsen llama cada vez menos y que Garzía llama cada vez más, despedirme de Rebe, pedirle a Rebe que cuide a Nico, que le hable de mí.

–El otro día vi un documental sobre el futuro. Decían que en el año 2050 puede haber ya el primer humano amortal –les conté.

–¿Inmortal? –preguntó Garzía.

–No, amortal –dije.

–¿Amoral? –preguntó Amundsen.

–Amortal. Es el que no muere por enfermedad o degeneración, aunque puede morir si sufre un accidente –les expliqué.

–¿Y te lo creíste? –me preguntó Garzía.

–Bueno, me

–Cuando el primer humano amortal salga del laboratorio, le va a caer una maceta en la cabeza –dijo Amundsen.

–Se la vas a tirar tú –dijo Garzía.

–Tendrás casi ochenta años –calculé.

Los miércoles también son un día especial para mí. Un miércoles me encontré con Rebe casi en la puerta de casa. Yo había bajado a comprar algo que faltaba para la cena. Me contó que su psicólogo tenía la consulta a dos manzanas de casa y que iba todos los miércoles.

–¿Por qué vas al psicólogo? ¿No estás bien?

–Estoy bien, pero quiero estar mejor –me dijo–. Un día te llamo cuando salga y vamos a tomar algo.

Los miércoles, una sensación extraña me acompaña durante todo el día, pero a las ocho y cuarto, cuando Rebe entra en la consulta, empieza a concretarse y, aunque puedo pensar en otra cosa y preparar la cena o ayudar a Nico a hacer los deberes, noto una especie de electricidad, un entusiasmo opaco. A las nueve menos cinco ya me quedo mirando casi fijamente la hora en el reloj de la cocina, mirando el segundero que da unas cuantas vueltas, el minutero que alcanza y rebasa el doce, el horario que alcanza y rebasa el nueve, pero si me llamara no me llamaría a las nueve, sino a y cinco, así que me quedo mirando el reloj mientras saco algo del horno o revuelvo el contenido de una olla. A las nueve y diez –a veces a y cuartotengo que asumir que no me va a llamar y pienso que seguro que me llama la semana siguiente.

También decían que a nuestro planeta le quedan cien años. Si Nico tiene un hijo, tendrá que irse a otro planeta. Era un documental muy bueno. Hablaba de ciencia y de arte y de muchas cosas más. Y de cómo se ha desplazado el límite entre lo público y lo privado. En internet saben nuestros gustos y nos proponen que compremos cosas relacionadas con compras anteriores. Saben que somos previsibles. Y Garzía dijo que ya se hacen películas preguntando a

una muestra del público potencial qué final prefiere.

–La estadística es una cosa muy útil –dije yo.

–Bueno, en realidad eso siempre se ha hecho más o menos así –dijo Amundsen–. Las novelas por entregas del siglo

–No es lo mismo –dijo Garzía.

Rebe me contó que pronto los libros tendrán varios finales y cada uno podrá elegir el que le guste más. A mí justo eso no me parece mal; es como elegir la comida en un restaurante.

Un miércoles llegamos a las nueve y diez y vimos a Jane bajando de su coche.

–Mira, ella también llega tarde.

Otro miércoles llegamos a las nueve y cuarto porque el autobús se estropeó y tuvimos que bajarnos y esperar al siguiente. En realidad el autobús es imprevisible.

Ahora llegamos siempre pronto. Nico se despierta antes que yo, se viste rápido y desayuna rápido. El semáforo ya no tiene nombre y la despedida es muy poco ceremoniosa. Lo dejo en el cole muy contento a las nueve menos cuarto y me voy. A veces, en el autobús hacia el trabajo, me quedo mirando el móvil hasta que son las nueve y pienso que Nico está entrando en clase. El año que viene empieza el instituto y va a ir solo y caminando. Se acabó el autobús. Se acabaron los juegos y el miedo a las broncas. A veces me imagino que el año que viene a las nueve ya estaré sentado en mi mesa y miraré el reloj y me acordaré de todo lo que hemos perdido.

Mientras dure el planeta, Amundsen seguirá buscando nuevas formas de placer. Desde hace un tiempo, desde que pasó lo de Valeria, dice que de jóvenes nos interesa que nos guste una persona, pero que cuando nos hacemos adultos, lo importante es que nos guste una relación. Creo que por eso sólo se lía con casadas. A Garzía le da un poco de pena; dice que tiene el corazón roto para siempre, que nunca se va a recuperar.

Garzía también dice que Amundsen escribe como si no entendiera del todo lo que está contando. Eso me pasa a mí, que no entiendo del todo lo que estoy viviendo, cómo he llegado hasta

aquí, cómo nadie se da cuenta de lo frágil que es todo. Se ha terminado todo y estamos aquí haciendo como si durara, como si fuera a durar, como si no nos importara que se haya terminado. Las casas no se caen, las canciones siguen sonando como siempre. Se acabaron los años sesenta, los años setenta, se acabaron la hoz y el martillo y las redefiniciones y ya sólo nos queda el futuro.

–El otro día escuché en la tele que los cocineros son artistas de los fogones. Me imagino que te parecerá una atrocidad, ¿no? –le dije a Amundsen.

–Mientras no digan que los pintores son chefs de los pinceles, todo va bien.

Mi madre tampoco había fumado en su vida y había muerto de cáncer de pulmón.

–Unos cáncer, otros cigarrillo, y yo siempre poligrillo –pensé en el parque donde fumaba pensando que por suerte el cáncer era lento y que me daría tiempo a terminar el disfraz de árbol. A Nico nunca le había gustado disfrazarse, pero esa vez le gustó.

–No quiero ir disfrazado al carnaval –dijo a los tres o cuatro años–. Me da vergüenza.

–Lo que debería darte vergüenza es no ir disfrazado cuando todo el colegio va disfrazado –le dije entonces.

Ese argumento lo convenció. No quise pensar en lo que habrían dicho mi madre o Garzía si se hubieran enterado. El último carnaval fue disfrazado de mafioso. Llevaba un traje de raya diplomática y una flor de plástico en la solapa. No quiso llevar sombrero ni pistola, así que no estaba claro de qué iba disfrazado, aunque en el envoltorio que quedó tirado en el suelo de su cuarto dijera que iba de mafioso. Estaba un poco preocupado porque le parecía que el disfraz era pobre, que no se sabía de qué iba disfrazado, que los demás niños llevarían disfraces mejores.

–Voy a decir que voy de vago –dijo en el autobús. Pensé que hablaba de mí, que era el que le había comprado el disfraz, y que seguramente se sentiría decepcionado.

–O de mafioso –dije yo.

–Yo voy de María Antonieta –dijo una niña de su clase que nos encontramos al bajar del autobús.

Llevaba infinitas capas de ropa y complementos, la cara empolvada y una peluca parecida a la de mi madre y a la que yo pensé, en el parque de delante de su casa, que iba a tener que usar gracias a los cigarrillos que me fumé entonces, pero más canosa.

–¿Y tú? –le preguntó la madre de María Antonieta a Nico.

–No sé –dijo Nico.

–Puedes decir que vas disfrazado de taquillero de metro –le propuse.

–Claro –dijo la madre–, y la gente se va a quedar

–Pero de un metro muy lujoso –dije, observando las rayas del traje y la flor roja–. Del metro en el que viaja María Antonieta. Cuando la llevan al cadalso.

–No, voy disfrazado de ascensorista de la Torre Eiffel.

–Me encanta –dijo Garzía el martes siguiente–. Es el mejor disfraz del colegio.

–Lástima que él no lo sepa –dije yo.

–Lo sabe –dijo Garzía–. Algún día lo sabrá.

LOS EQUILIBRADOS

–Yo soy el que no sabe quién habla cuando habla –dijo Amundsen.

–¿Qué? –le pregunté.

–Que no sé de dónde viene esa necesidad de soñar. El sueño de la estabilidad con ella –dijo Amundsen–. Si fuera un poco más equilibrado, no me

–Son muchos sueños distintos los que hay ahí. Eso del equilibrio también es un sueño. Ése que es más equilibrado en realidad no existe –dijo Garzía.

–Me estás dando la razón –dijo Amundsen–. Yo sueño que soy ése. No sólo sueño con la que me acompaña, sino con el que sería yo.

Eso fue cuando Amundsen estaba enamorado de Valeria. Se quedó muy triste.

–¿Qué es eso de los equilibrados? –pregunté–. Siempre estáis con esas categorías, con esos dualismos. ¿Quién es equilibrado?

–Tú –dijeron los dos al mismo tiempo.

–¿Yo? Pero si

–Está clarísimo, ¿no?

–Pero ¿qué es el equilibrio? –pregunté de nuevo.

–Tiene que ver con lo práctico –dijo Amundsen–. Y también con la ausencia de locura, con cierto orden que se tiene en la cabeza y que

–Tiene que ver con la falta de imaginación –dijo Garzía.

–Gracias –le dije.

–Y con instalarse cómodamente en lo previsible –dijo Amundsen.

–Tú piensas que es lo mismo, ¿no? –le pregunté.

–Los equilibrados son los que ya tienen todo lo que desean –continuó Garzía–. O al menos algo.

–Más bien son los que desean lo que tienen –dijo Amundsen–. Su deseo no es suyo, nunca se dan cuenta de lo que desean en realidad.

–Nunca ven las cosas desde los extremos –dijo Garzía.

–Son los que creen estar en un solo lugar en cada momento –añadió Amundsen, y aquí me acuerdo de cuando dijo que Hugo Ball había afirmado que sus piezas eran al mismo tiempo una bufonada y una misa de réquiem.

–Yo en realidad creo que los equilibrados no existen –dijo de nuevo Garzía–. Son un mito que a la vez nos desequilibra y nos equilibra a los demás. Un mito que recoge y anuda lo que deseamos y lo que rechazamos.

–Acabas de definir la muerte –dijo Amundsen.

–¿Yo existo? –les pregunté. Ya no sabía muy bien de qué estaban hablando.

–Tú más o menos, pero los equilibrados no –dijo Garzía.

–Sí que existen –dijo Amundsen–. Vaya si existen.

–Mira, voy a dibujar un círculo –dijo Nico.

–Yo ahí veo una elipse.

–Es un círculo, aunque no sea perfecto.

–Yo no discuto sobre su perfección, sino sobre su nombre –le expliqué.

–¿Sobre su nombre? Qué soso.

Amundsen apagó dos velas y dijo:

–Hoy os he traído un documento impresionante. Lo encontré ayer en la consulta del dentista.

Sacó de su bolsa una revista roja con unas letras negras y blancas en la portada.

–¿La robaste? –pregunté.

–No. Me limité a llevármela.

–¿Qué es? –pregunté.

–Tiene cosas maravillosas. Mira cómo se presenta este artículo: Son tiempos extraños. El crecimiento es débil. Los tipos de interés son negativos. ¿Hay alguna salida?

–¿Qué tiene eso de maravilloso? A mí me parece

–Es una ventana que da a otro mundo –dijo Garzía.

–Exacto –dijo Amundsen, entusiasmado–. Mira esto otro. –Y le

enseñó a Garzía una página en la que se veía un gran reloj de pulsera y la frase WELCOME TO OUR WORLD.

–Ah, ¿está en inglés? –pregunté.

–Sí –dijo Amundsen y nos enseñó de nuevo la portada. La revista se llamaba *Bloomberg Businessweek*.

–Pero no entiendo –dije–. ¿Eso es una noticia?

–No, es un anuncio. Los anuncios también son increíbles. No me

–¿A ver? –dijo Garzía, quitándole la revista de la mano–. Por qué los bancos están recortando en obras de caridad.

–Porque en cultura es en lo primero que se recorta –dijo Amundsen.

Garzía sonrió.

–Sí, aunque los publicistas dicen que es en publicidad –dijo–. Y en este caso parece que tienen

–Pues aquí en publicidad no han recortado mucho. Hay anuncios por todas partes, y muchos son de seguros de salud. Se ve que están muy preocupados por su salud –dijo Amundsen.

–Yo también estoy preocupado por mi salud –dije, pensando en que últimamente había fumado poquísimo.

–Esos anuncios no tienen que ver con la salud, sino con el dinero –dijo Garzía.

–Hay uno que me encanta –dijo Amundsen, apagando la última vela–. Está un poco más, ah, ése es.

Garzía miró la página y me enseñó la foto. Había una mujer en un bote de remos, en un paisaje idílico, consultando el terminal.

–Entiendes lo que dice, ¿no? –me preguntó Garzía–. Las mejores cosas de la vida no ocurren en la oficina –tradujo–. Cuando llame el mercado, cógelo.

–Pero es que es todo así. Mira esto otro: Puede que pronto sea más sencillo demandar a tu banco.

–¿Eso es un anuncio? –pregunté.

–No, una noticia –me dijo Amundsen.

–No sé por qué ahora quieres ir al psicólogo –dijo el señor.

–Bueno, hay mucha gente, casada o no, que necesita ir al psicólogo –dijo la señora.

–Papá, ¿podemos ir un rato a la pescadería? –me preguntó Nico.

Yo quería seguir escuchando la conversación y le dije que sí. Siempre me pongo triste en la pescadería.

–Al principio, los peces le parecieron un regalo maravilloso. Estaba encantado con ellos. Pero ya nunca los mira, no les hace ni caso –les conté.

–La infancia es la mejor metáfora de la vida –dijo Amundsen, y apagó una vela.

–Eso es lo que digo yo siempre –dije yo, contento.

–Pero tú lo dices por otra cosa –me explicó Garzía.

–Tiene que ser muy listo, si es notario –oí que decía la señora cuando nos bajábamos.

–También hay muchos anuncios de relojes –les dije.

–Es un símbolo del trabajo, de la jornada laboral –dijo Garzía.

–Del control del trabajo, propio y ajeno –añadió Amundsen.

–Es un símbolo del dinero –dijo Garzía.

–En todos los relojes son las dos y diez –dije yo.

–Sí, por lo visto es la disposición de las manecillas que más equilibrio transmite –dijo Amundsen–. El horario en el dos y el minutero

–¿El horario? –pregunté–. ¿No se llama «horero»? Debería

–Se llama «horario» –insistió Amundsen.

–Es lo que hay –dijo Garzía.

–A mí me gusta pensar, pero no pepensar –dijo Nico.

–¿Qué es «pepensar»? –le pregunté.

–Pensar como piensan los de derechas –me contestó.

–Vaya si existen –dijo Amundsen.

–No existen –dijo Garzía– ni han existido

–Son los que fingen como todos los demás, pero sin darse cuenta –dijo Amundsen.

–Y han estado más de un siglo promoviendo la difusión de la cultura y de la ciencia, sin olvidarse de celebrar la entrada de la mujer en la política, lo cual conlleva su incorporación al mercado

como consumidora de primer orden, del mismo modo en que unas décadas más tarde surge la figura del adolescente rebelde que reivindica su derecho a consumir –seguía leyendo Amundsen.

No sé qué tienen contra el dinero. A mí me gusta tener dinero para poder comprarle a Nico todo lo que necesita, para poder llevarlo a París, para poder mantenerlo mientras vaya a la universidad y que no tenga que empezar a trabajar siendo un niño, y aquí me acuerdo de Garzía, que me contó que el presidente Calvin Coolidge afirmó, poco antes de la crisis del 29, que the business of America is business.

–Ése es otro ejemplo de cita parcial e interesada –le dijo Rebe cuando se lo contó también a ella, unos días después–. Esto lo he estudiado yo. Espera. –Tecleó algo en su teléfono–. Lo que dijo Coolidge en realidad es lo siguiente: Al fin y al cabo, la principal ocupación del pueblo americano es

–Estadounidense –dijo Garzía.

–«American» es «americano», ¿no?

–Sí, pero si traduces así, estás aceptando la doctrina del

–Bueno, del pueblo estadounidense, decía que su principal ocupación es

–Pero si traduces business por «ocupación», te vas a perder el juego de palabras, que es el núcleo del pensamiento económico de

–Calla, maldito. ¿No quieres que te lo lea?

–Sí.

–Entonces no me interrumpas. Bueno, eso: la principal ocupación son los negocios. Los estadounidenses

–Muy bien.

–Los estadounidenses están profundamente interesados por producir, comprar, vender, invertir y prosperar en el mundo. Tengo la firme opinión de que la gran mayoría de la gente siempre considerará que éstos son los principales impulsos vitales.

–Pero Rebe.

–¿Qué?

–Que la cita completa es mucho peor.

–Es lo que hay –dijo ella.

Paseábamos por el Retiro hablando sobre cómo vive Amundsen el

amor.

–Es una manera de vivirlo como si no lo viviera. Necesita protegerse, poner una distancia, quedarse fuera –dijo Garzía–. Lo que él quiere es compartir su tristeza, pero no la va a compartir toda con la misma persona, es demasiado noble para eso.

–Todo tiene un precio –dije.

–Sí, y lo que quiere Amundsen es muy caro. Amundsen paga con sufrimiento.

–Todo el mundo paga con

–No, la mayoría de la gente paga con aburrimiento.

–Tiene que haber un equilibrio entre lo que se recibe y lo que se da –le dijo Sara a Nico para que ayudara a recoger la mesa cuando tenía siete años.

–Ya veremos –dijo Amundsen, mirando una vela, el día que nos leyó el discurso del Nobel.

–¿Cómo que ya

–No todo es comercio –me interrumpió.

–El comercio es una posibilidad, no una ley –dijo Garzía.

–Exacto –dijo Amundsen–. Y a mí me gusta lo que es gratis. No tener que pagar emparejándome o formando una familia, pero tampoco con promesas o declaraciones de amor. Eso es el feminismo –añadió, con una vehemencia poco habitual en él–. Que no haya un intercambio económico, que no haya ningún tipo de intercambio y, por tanto, tampoco posibilidad de estafa. Igual que en el arte: un arte que esté fuera del mercado.

–¿Te gusta vender pocos libros? –le pregunté–. ¿Te gusta que sólo te llamen

–No me parece lo más relevante. Y tampoco es muy relevante si me gusta o no, porque

–¿Y lo de la mímesis? –volví a preguntar–. ¿Eso qué tiene

–Significa «imitación» –dijo Garzía.

–Ya me imagino –le dije–. Por el mimetismo de los animales.

–Tienes unos ojos rarísimos –le dijo Garzía a Rebe cuando acababan de conocerse–. Me encantan.

–Mis ojos cambian de color –dijo ella.

–Como los del camaleón –le contestó Garzía.

–Bueno, es un intento de pensarlo de otro modo, aunque en realidad es lo mismo –dijo Amundsen–. Es un intento de ponerle otro nombre, de encontrar otra metáfora: igual que el arte se emancipa, se libera de la mímesis, de la obligación de representar algo que ya existe fuera de la obra, el sexo puede no representar nada, no depender de nada que esté fuera del encuentro. El artista tradicionalmente tenía que pagar el precio de la mímesis para poder hacer lo que le interesaba, ¿no? Para poder experimentar con las formas y los colores, con la distribución de pesos sobre el lienzo, con la luz y la perspectiva y las tres dimensiones en una superficie que sólo tiene dos, ¿no? Pero desde hace mucho, desde hace más de un siglo, ya no tiene que pagar ese peaje. La mímesis como peaje se acabó con la idea del arte por el arte. Pues es lo mismo.

–El sexo por el sexo –deduje yo.

–Sí, es lo que acaba de decir –me dijo Garzía.

–¿Sí? –pregunté–. Debo haberme distraído.

–Pero tu tema no es la contradicción –dijo Garzía–. Es cómo la vida castiga a los soñadores, ¿no? Cómo el mundo aplasta a los que quieren vivir de otra manera.

–Y las contradicciones que eso genera en ellos –añadió Amundsen.

–Sí. En realidad se aplastan ellos mismos. El mundo los lleva a desintegrarse por las contradicciones y la culpa.

Eso le pasa a Amundsen algunas veces. Se desintegra.

–Bueno, yo no sé si me desintegro. Es más bien como un deterioro. Caigo en la otra posición y me

–Es el vértigo de la identidad –dijo Garzía.

–De la falta de identidad, ¿no? –pregunté.

–Sí.

–Sí, me deterioro, todo pierde solidez.

–Se diluye el yo –dijo Garzía.

–Me deterioro y creo que lo que me gustaría es flotar, obedecer. Anhelo el placer de obedecer, de formar parte de la masa –dijo Amundsen, y aquí me acuerdo de que una vez me contó que Nietzsche se había referido a ese placer llamándolo «calor de establo».

–Ese placer no existe –dije yo–. En realidad, nadie se siente parte de la masa.

–Existe, pero es inconsciente –dijo Garzía.

–¿El placer de los equilibrados es más grande que su sufrimiento? –pregunté.

–Eso depende de la capacidad de sufrir que tenga cada uno –dijo Amundsen.

–Y de gozar –dijo Garzía.

–Y lo de la revista es robar, te pongas como te pongas –dije.

–Bueno, pero es un

–Bueno, en realidad eso se llama hurto –precisé.

–Bien visto –dijo Garzía–. El nombre

–La diferencia está en

–En el valor de lo robado, ¿no? –dijo Amundsen–. Cuando vale menos de no sé qué cantidad

–No –quise corregirlo–. Es por

–En realidad, la diferencia no tiene que ver con el delito en sí, sino con quién lo comete.

–No –insistí–. Tiene que

–El que comete hurto, cometería robo si pudiera. Hurta porque no puede robar. Pasa como con la fidelidad.

–¿Con la fidelidad? –pregunté–. Pero no es

–Claro. El hurto es la clase de robo que está al alcance de un astracán, igual que la fidelidad es la

–¡Que no! –dije–. La diferencia entre el hurto y el robo no es ésa. Tiene

–¿No es ésa? –preguntó Amundsen–. ¿Cuál

–Es que en el hurto no hay violencia ni intimidación ni fuerzas la puerta ni nada. Y en el robo

–¿De verdad? –preguntó Amundsen de nuevo.

Garzía lo miraba, sonriente.

–Sí –le expliqué.

–Qué pena –dijo él.

–El hurto no es la forma de robo de los astracanes, sino la de los equilibrados –dijo Garzía.

–No quieren amor, quieren muestras de amor –dijo Amundsen.

–No quiero la realidad –dijo Garzía–. Quiero los discursos sobre la realidad.

–No quieres las cosas –dije yo–. Quieres los nombres de las cosas.

–Claro, tenéis razón. No son sólo muestras de amor lo que quieren.

–Pero espera –dijo Garzía–. Yo lo decía de

–No basta con que sean muestras de amor –continuó Amundsen–. Tienen que ser muestras de amor que se ofrezcan en un lenguaje codificado, que signifiquen amor según el diccionario de símbolos colectivos que todo el mundo maneja. Eso es lo que quieren.

–¿Quiénes? –pregunté.

–Los equilibrados.

VALERIA

–Nunca se ha enamorado –dije–. O quizá se haya enamorado una vez.

–Se ha enamorado mil veces –me contestó Garzía–, pero sólo ha estado enamorado una vez.

–Pero ¿qué diferencia

–Que su entusiasmo siempre ha sido transparente, y con Valeria era opaco.

Amundsen siempre dice que todo se empezó a estropear cuando él empezó a decir que eran novios.

–¿Cómo que a decir? –pregunté–. ¿La palabra?

–Claro.

–Pero una palabra no puede

–Claro que puede –dijo Amundsen–. El mundo está lleno de casos así. Es lo que se llama

–¿Tú crees? –pregunté.

–No es que lo crea, es lo que le ha pasado. Mientras no pensaba que era mi novia, estaba muy entusiasmada. Pero al identificarse de otra manera, me

–¿En serio?

–Sí.

Me pareció una situación totalmente imprevisible.

–Pero ¿cómo puede ser?

–Bueno, a mí también me ha pasado otras veces: estoy muy contento al principio, pero en cuanto aparece la palabra «novia», aparece también la sensación de derechos, de merecimiento, como si

–Ya.

–Como si el amor ya no fuera un regalo, algo que te hace sentir que tienes suerte. Yo siempre pienso que tengo mucha suerte en esas situaciones, ¿sabes? Pero llegan esas palabras y entonces lo que

era un regalo pasa a ser un derecho, y por lo tanto empiezan los deberes, las obligaciones, como

–Ya –dije, y me acordé de Sara, y luego de Nico, y me dieron ganas de llorar–. Pero no sé si es por el nombre que le pongas a la relación o por el concepto de

–El concepto viaja dentro del nombre –dijo Amundsen.

–¿Querés ser mi amigo? –le había dicho Valeria.

–Ni yo misma lo entiendo, pero es un camino –dijo Valeria–. Un camino blanco.

–Las montañas, en cierto sentido, son más misteriosas que las nubes –dijo Valeria.

–La palabra «ilusión» muestra que lo que nos hace volar es lo que nos engaña –dijo Valeria.

–Es una apertura infinita –dijo Amundsen.

–Eso no lo entiendo –dijo Valeria.

–¿Usted para qué escribe? –preguntó el periodista.

–Hay muchas cosas que no caben en mi interacción con los demás, que no caben en la conversación ni en las relaciones. Escribo porque necesito ponerlas en algún lado o, si prefieres, para tratar de compartirlas –dijo Amundsen, que siempre trata de tú a los periodistas.

Garzía dice que Amundsen creyó que iba a poder compartirlas con Valeria. Que eso era Valeria para él: escritura. No sé a qué se refiere exactamente. Valeria era argentina, judía, bastante fea, un poco gordita, muy alegre. No se parecía nada a las amigas de Amundsen.

–Qué bien que ya se te haya pasado esa obsesión por la belleza –le dijo Garzía en el Pandora una semana después de que nos la presentara.

Garzía nunca pone actrices guapas en sus películas.

–¡No se me ha pasado! –dijo Amundsen–. Lo que me gusta de Valeria es la belleza infinita que despliega cuando habla. No he conocido mayor belleza que escuchar hablar a Valeria. Es verdad que no es muy guapa, pero los que encontramos sexy la inteligencia

–Tus amigas nunca han sido tontas –dijo Garzía.

–¿Qué amigas? –preguntó Amundsen.

–Antes no creía en la esperanza –dijo Valeria–. Me parecía un sucedáneo de la confianza.

–¿Y por qué cambiaste de opinión?

–Supongo que hay que abrir algún camino para los amores imposibles. Una luminosidad entre la niebla. Pero ya no sé qué pensar. No sé si me engañaba antes o me engaño ahora. ¿Vos qué creés?

–Creo que algunos engaños contienen una verdad.

–Ésa es una idea

–Una verdad más profunda, o una energía que lleva a la verdad o a una relación más verdadera con la realidad. Los mitos, por ejemplo.

–Ya te entiendo.

–O los rituales –continuó Amundsen–. La danza del cocodrilo, que se supone que busca la simpatía del cocodrilo y nos parece totalmente irracional, al final permite no tenerle miedo al cocodrilo y meterse en el río a pescar peces reales.

–Últimamente pienso mucho en Valeria. Creo que ya sé por qué me gustó tanto.

–¿De verdad? –preguntó Garzía–. ¿No era por la

–Creo que es la única mujer que he conocido que era lo bastante feminista para mí.

–¿De verdad? –pregunté yo.

–Estás de

–No, lo digo en serio. Siempre quieren colocarme en el rol masculino y ocupar ellas el rol femenino. Incluso si están casadas. No soportan salirse de ese orden, no pueden ni imaginárselo. Con Valeria no pasaba eso –dijo Amundsen, y encendió una vela para poder apagarla.

–Lo que hay que oír –dijo Rebe cuando Garzía se lo contó, esa misma noche.

–Puede que tenga razón –dijo Garzía.

–Lo que menos me gusta es elegir –dijo Valeria.

–Los dolores no pueden compararse –dijo Valeria–. Simplemente intentarlo es un error.

–Nadie me había abierto así –dijo Amundsen.

–Eso está o no está. No puede buscarse –dijo Valeria.

–Sí, pero era una despedida –dijo Valeria.

–¡Ya sé lo que dijo Spinoza! –dijo Garzía muy contento, acercándose a la mesa.

–¿Qué? –preguntó Amundsen.

–¿Qué? –había preguntado yo primero.

–En la historia de los cinco judíos. Toda determinación es una negación –dijo Garzía, haciendo primero el gesto de avanzar hacia adelante con la mano y después el de decir que no con el índice–. Ahora es la historia de los seis judíos.

–Pero ¿quién

–Estás fatal –dijo Amundsen.

–¿Y qué significa eso de la determinación? –pregunté.

–No lo sé –dijo Garzía–. Pero lo dijo Spinoza.

–Parece que habla de Valeria –dijo Amundsen.

–Es como lo del castellano y el español –dijo Valeria–. En Argentina, si decís «español», la gente se ofende, porque Argentina compite con España. Pero en España, mucha gente se ofende si lo llamás «castellano». Los regionalistas, porque compiten con Castilla y no quieren que Castilla se quede con el nombre del idioma, y los nacionalistas, porque quieren tener la palabra «España» ahí en primer

–La relación entre España y Argentina es como la que hay entre Inglaterra y Estados Unidos –dije yo, mirando a Garzía.

–Después de la Segunda Guerra Mundial, unos sociólogos hicieron unas investigaciones sobre eso –empezó a contar Amundsen–. La relación entre Inglaterra y Estados Unidos siempre les ha parecido fascinante, y

–Ya lo dijo Oscar Wilde –interrumpí–: Todo nos une

–Sí, ya lo sabemos –me interrumpió Amundsen un poco

bruscamente–. Bueno, la cuestión es que era un ambiente ideal para ponerse a investigar, porque con tantos soldados americanos en Londres, era

–Estadounidenses, ¿no? –dije, mirando a Valeria.

–O norteamericanos –dijo ella.

–Sí, eso –aceptó Amundsen–. Se habían relacionado mucho con chicas inglesas, claro, y los sociólogos querían saber cómo había percibido cada parte a la otra. El resultado de la encuesta fue muy sorprendente: las inglesas decían que los americanos eran muy lanzados, y los americanos decían que las inglesas eran muy lanzadas.

–¿Lanzados? –preguntó Valeria.

–Fogosos –dijo Amundsen.

–¿Atrevidos? –preguntó Valeria.

–Sí. Que entraban en materia demasiado rápido.

–Qué raro –dije yo–, porque si

–Qué interesante –dijo Valeria.

Garzía no dijo nada. Ese día casi no abrió la boca. Tampoco encendió ni una vela. Amundsen había llevado a Valeria al Pandora para presentárnosla. Rebe no pudo ir, o no quiso.

–Y luego se pusieron a investigar más y descubrieron la explicación a esa aparente paradoja –dijo Amundsen con el tono irónico que pone siempre que usa un lenguaje poco coloquial–. Resulta que, para los americanos, besar a las chicas no implicaba nada más, y no tenía nada de raro que ocurriera tras una primera cita. En cambio, para las inglesas, el primer beso no se daba con tanta facilidad, pero una vez se daba, conducía fácilmente a la cama. Entonces no

–¿No era que las inglesas

–Fue en los años cuarenta –me dijo Amundsen.

–No hay nada gratis. A veces tenés que pagar antes, con la seducción. Otras veces tenés que pagar después, con el matrimonio –dijo Valeria.

–Cantando tomé amores, cantando los olvidé. Eso dice mi canción favorita. Hay una alegría en el desencuentro, en la separación. No derivada de la separación, sino del hecho de que

nada sea doloroso, de que nada importe –dijo Valeria.

–También es mi símbolo favorito –dijo Valeria.

–Estas coincidencias son tan frecuentes que ya casi no me impresionan –dijo Amundsen.

–Sólo ligo cuando estoy en pareja –dijo Valeria.

–Bueno, eso es muy típico –le dije a Amundsen cuando nos lo contó–. Todos resultamos más atractivos cuando

–No es eso –me explicó él–. Es que no le interesa ligar si no tiene pareja.

–Cuando estoy sola no ligo. ¿Para qué? –había dicho Valeria.

–Eso es como lo de la ensalada tricolor, ¿no? –comenté.

–Justo. Ligar cuando uno está soltero es redundante –dijo Amundsen.

–Ahí has estado muy bien –me elogió Garzía.

–Lo real es lo que se está escapando siempre –dijo Valeria–. Tratar de nombrarlo es tratar de fijarlo dentro de unos límites que no lo pueden contener.

–¿Querés ser mi amigo? –dijo finalmente Valeria.

–Asumir que uno no puede satisfacer todos los deseos es fácil –dijo Amundsen–, pero seguir viviendo con la certeza de que lo que más desea uno es algo que no va a poder conseguir, y que pesa más que todos los demás deseos juntos, la verdad es que es

–Cambiarás de deseo –dijo Garzía–. Es lo que haces siempre.

Pero Amundsen no cambió. Después de Valeria, retomando su línea experimental, decidió que sólo iba a liarse con casadas.

ALEMANIA

–Los holandeses no tragan a los alemanes –dijo Garzía.

–¿Por qué? –le pregunté a Rebe–. ¿Cómo son los alemanes?

–No te imaginas las nanas que les cantan a los niños –me contó–. No me extraña que pasara lo que pasó.

–¿Cómo son las nanas?

–Bueno, imagínate la típica canción de caballos que se les canta a los bebés, con

–¿De caballos?

–Sí, te pones al bebé en las rodillas y le cantas una canción y va ahí trotando y galopando, ¿sabes?

–Ah, sí.

A Nico le cantaba muchas de ésas, y abría las piernas y él se quedaba en el aire, colgando, feliz.

–Pues tienen una que dice: Ahí va el jinete. Si se cae en el foso, se lo comen los cuervos. Si se cae en el pantano

–Pero dinos cómo es en alemán –dijo Garzía.

–Fällt er in den Graben, fressen ihn die Raben. Fällt er in den Sumpf, macht der Reiter Plumps.

–A mí me encanta –dije–. Sobre todo en alemán.

–Y hay otra peor aún, de ésas que dicen duerme, niñito, ¿sabes? Pues ésta dice: Deine Mutter ist in Pommerland, Pommerland ist abgebrannt.

–¿Qué significa?

–Tu madre está en, en Pommerland

–Pomerania –dijo Garzía.

–¿Qué? –pregunté.

–Tu madre está en Pomerania, Pomerania se ha quemado.

–¿Se ha quemado? –pregunté, y pensé en el corte y la quemadura.

A Garzía, en cambio, le encantan los alemanes. Cuando lo invitaron a Múnich a estrenar una película, volvió hablando maravillas.

–Son unos cabezas cuadradas –dijo Amundsen.

En el interraíl también conocimos a unos chicos de Hannover y Amundsen les preguntó qué opinaban de la imagen de cabezas cuadradas que tenían los alemanes.

–Eso es por los alemanes del sur, los de Baviera –dijo uno–. Los de Baviera sí que son así.

–Si le preguntas a un alemán de Baviera cuál es la mejor cerveza de Alemania, te va a decir que es la de Baviera –dijo otro–, cuando en realidad es la de Hannover.

Amundsen trató de explicarles que ellos eran como los de Baviera, porque todos decían que la mejor cerveza era la de su lugar.

–Pero la diferencia es que los de Baviera se equivocan, porque la mejor es la de Hannover –argumentaron–. Y ellos no se dan cuenta o no lo quieren reconocer porque son unos cabezas cuadradas.

Una vez mi padre me contó una historia que le había pasado en Berlín. Es una de las pocas historias que recuerdo de él. No me parezco nada a mi padre, como Nico no se parece nada a mí, ni Martita a Garzía. Mi madre siempre decía que los hijos se parecen a sus padres, pero yo creo que se equivocaba. En Berlín, mi padre se fue a dar un paseo y luego no sabía cómo volver al hotel. Entonces paró a unos señores que había por la calle para pedirles que le indicaran el camino.

–Bitte, Hotel Esplanade?

–Hotel Esplanade? –El señor miró a la señora–. Nein.

–Nein –confirmó la señora, mirando al señor. Luego los dos miraron a mi padre.

–Nein –dijeron.

Entonces mi padre recordó que tenía una cajita de cerillas del hotel, donde seguro que estaba escrita la dirección.

–Ah! –dijo el señor cuando mi padre le mostró las cerillas–. Grand Hotel Esplanade! Grand Hotel Esplanade, ja! –Y le indicó perfectamente cómo encontrar el hotel.

–Por eso –dijo Garzía–. Es una cuestión de precisión.

–No hay precisión en Alemania –dijo Diana, la directora del festival de Múnich–. El autobús ha llegado un minuto tarde.

–¿Ves? Cabezas cuadradas –dijo Amundsen cuando Garzía nos lo contó.

–Sí, pero sólo en Baviera hay diecisiete orquestas sinfónicas y veintisiete universidades.

–Sí, pero cabezas cuadradas –dijo Amundsen.

–¿Y si la mejor cerveza fuera realmente la de Hannover? –preguntó Garzía.

PELÍCULAS

–Hace más de cien años, en 1912, los futuristas rusos escribieron un manifiesto y lo titularon *Una bofetada al gusto del público* –empezó a leer Amundsen. Estábamos en el cine, en la presentación de la última película de Garzía. Pensé en Stravinsky, que tenía treinta años en 1912 y murió el año en que nací yo. Mi abuela nació en 1912. Nico estaba a mi lado. Sara se había quedado en casa. Pensé que Nico recordaría muy pocas cosas de su abuela cuando fuera mayor, y que seguro que no recordaría su voz ni el tacto de sus manos–. Porque quien no olvida su primer amor, no reconoce el último –decía Amundsen, y yo pensé que estaba hablando de mí o de Nico, y en el disfraz de árbol, el jersey con las hojas cosidas que todavía guardo en el armario–. Pero esto no se hace pour épater les bourgeois; no es un gesto travieso, un juego frívolo. Es la revolución. Es la utopía revolucionaria. Hace casi cien años, en 1916, Hugo Ball escribió un manifiesto y lo

–¿Esto va a durar mucho? –preguntó Nico, que ya tenía nueve años.

–Ni idea –le contesté–. Ten paciencia, que la peli seguro que te gusta.

–Esto también me está gustando –dijo.

–que lo que celebramos es al mismo tiempo una bufonada y una misa de réquiem. El enemigo no está instalado sólo en los consejos de administración. Está, ante todo, en la constitución de eso que se llama el ciudadano de a pie. El machismo, la homofobia, el racismo, la autocomplacencia, el materialismo, la docilidad y, quizá lo peor de todo, la falta de imaginación prosperan dentro de todos nosotros. La revolución ha fracasado, dice un personaje de la película. Por supuesto que la revolución ha fracasado. Pero la película muestra que la revolución sólo puede empezar ahí: en el público, en la gente corriente. Por supuesto que sabemos que la película, la bofetada, la

bufonada y la misa de réquiem van al fracaso. Claro que todo esto va al fracaso, pero eso no es motivo para no hacerlo. Parece que lo que habría que decir aquí es que es todo lo contrario, que el hecho de que vaya al fracaso es motivo para hacerlo. Pero tampoco. Hacer esta película, entiendo yo, no es un deber ni una necesidad ni un placer ni un reto. La rosa es sin porqué. Florece porque florece. Del mismo modo, una película es un acto que no necesita justificación ni propósito. Y eso es lo que esta película muestra: que no todo necesita justificación o propósito, que existe en el mundo lo gratuito, lo gratis, la amistad gratis, el amor gratis, el trabajo gratis; que existe en el mundo algo que queda fuera de la lógica del dinero, que la vida podría ser diferente.

Nico tenía tres o cuatro años y Garzía nos había invitado a un pase privado de una película que acababa de terminar y yo les estaba contando una cosa que había dicho Nico. Pensaba que a Garzía le iba a gustar y a Amundsen no, pero igual se lo conté a los dos.

–Como siempre estamos hablando de coches de verdad y coches de juguete, de animales de verdad y animales de juguete, ha empezado a usar esa distinción. Por ejemplo, cuando le dije que algún día lo iba a llevar a París, me preguntó si lo decía de verdad o de juguete.

–Son sus categorías ontológicas –dijo Amundsen con sorprendente interés.

–Me encanta –dijo previsiblemente Garzía.

–Pero lo que quería contaros es que el otro día, cuando le dije que iba a venir a ver una peli que habías hecho, me preguntó si era una película de verdad o de juguete.

–De juguete, por supuesto –dijo Amundsen.

–Por supuesto –confirmó Garzía–. Y no lo digo con humildad, sino con orgullo, ¿eh?

–No me extraña –dijo Amundsen–. También son categorías estéticas.

En el documental también decían que en el futuro íbamos a ser mucho más libres, porque podríamos tomar más decisiones. A mí

me pareció muy triste que se pudieran decidir cosas como el color de los ojos de la gente.

–Parece que también te gusta lo imprevisible –dijo Amundsen.

–No es lo imprevisible, es la libertad –dijo Garzía–. Si en un momento determinado disponemos de demasiada libertad, perdemos nuestra libertad futura.

–Exacto –dijo Amundsen–. Siempre se contrapone la libertad a la seguridad, pero el principal enemigo de la libertad es la libertad.

Una vez Garzía hizo un viaje por Portugal para presentar una película en distintas ciudades. Estuvo como una semana yendo de un sitio a otro, durmiendo cada noche en un sitio distinto. Lo acompañó Rebe, así que Amundsen y yo no fuimos.

–Habría que llamarla y pedirle un vaso de agua –dijo Garzía. Habían visto una azafata en el metro, camino del aeropuerto.

–¡Sí! Hazlo, por favor –le dijo Rebe.

–Otro día.

–Maldito, es ahora o nunca.

–Es que no

–Por favor. Te lo suplico –insistió Rebe, contando las paradas que faltaban para el aeropuerto.

–No me des la rebeca o voy a tener que decirle a la azafata que me estás molestando –la amenazó Garzía.

–Claro, es que una azafata es un deíctico –dijo Amundsen cuando nos lo contó.

Nico parecía escuchar los aplausos mientras aplaudía también él. Lo miré y no me miró. Amundsen bajó del estrado, se apagaron las luces y empezó la película de Garzía. Pensé en Stravinsky. Yo no había muerto en 2012. Stravinsky era ruso de Rusia. Me acordé de Valeria. Valeria tenía antepasados rusos, o ucranianos. Judíos. Pero italianos por parte de padre.

–En Argentina, llaman rusos a todos los judíos –explicó Amundsen–. Fueron tantos judíos rusos a vivir ahí que las dos cosas pasaron a considerarse lo mismo.

–Mi abuela paterna era una antisemita terrible –había contado

Valeria–. Siempre estaba diciendo cosas adelante de mi mamá.

–¿Qué cosas? –preguntó Rebe.

–Y, no sé. Ah, sí. Hay dos clases de rusos: los rusos de Rusia y los rusos de mierda. Es un ejemplo nomás.

–No es que le encante la adolescencia –me dijo Amundsen–. Es que está completamente obsesionado.

En la pantalla aparecieron unas letras. El Instituto de Arte Analfabeto presenta…

–Pero ¿eso qué es? –dijo Nico–. ¿Cómo puede ser?

–Luego te lo explico –le dije–. Ahora hay que estar callados.

La película era, como todas las de Garzía, de juguete. Los actores y las actrices aparecían a veces cortados, los encuadres estaban torcidos y no pasaba nada especial. De vez en cuando, cruzaba la pantalla una gallina.

–Es como una película de verdad –dijo Nico.

Su última película es una especie de documental que trata sobre unos adolescentes que se van de viaje de fin de curso. Garzía viajó con ellos y se pasó cuatro o cinco días filmándolos. El espectador nunca llega a saber si lo que ve es espontáneo o si están actuando, siguiendo las directrices de Garzía. En el último tramo de la película, aparecen debatiendo sobre la experiencia y una de las chicas cuenta que en el último tramo del viaje ni siquiera ella sabía si estaba actuando o no, ni lo que pensaba o sentía.

–Se trata de difuminar los límites entre la realidad y la ficción –dijo Garzía en el debate, al terminar la proyección–. Todo es real.

–De acuerdo con lo de difuminar los límites –le dijo Amundsen una semana más tarde–. Pero yo diría que todo es ficción.

Al día siguiente, en el autobús, Nico me pidió explicaciones.

–¿Cómo puede ser lo del arte analfabeto? ¿Era una broma?

–Bueno, es una broma, pero además es que el arte

–Es como si pones Zapatería el callo –dijo.

–Restaurante la acidez –dijo Amundsen, en el Pandora, cuando se lo conté.

–Frutería el gusano –dijo Garzía.

–Librería el balón –dijo Amundsen.

–Cinestudio Spielberg –dijo Garzía.

Creo que lo que más le gusta del mundo a Garzía es la adolescencia. Le encanta.

–La adolescencia es despertar a la sexualidad –dijo Amundsen.

–La adolescencia es decepcionar a los padres –dijo Garzía.

–La adolescencia es el final de la infancia –dije yo.

–Sí –dijo Garzía–. Y el descubrimiento de la nostalgia.

–¿Quién es el ascensorista de la Torre Eiffel? –me preguntó Garzía un martes por la mañana.

–Nico.

–No.

–¿Cómo que no? Eso se nos

–El ascensorista de la Torre Eiffel es alguien que está permanentemente en un lugar donde muchísima gente quiere estar, ¿no? Pero es un lugar que él no puede disfrutar. No sé si porque se ha acostumbrado o simplemente porque es un lugar que no se puede disfrutar de manera permanente, que sólo tiene interés de vez

–¡Es Amundsen! –dije yo.

–No tenéis ni idea –dijo Amundsen cuando se lo conté el jueves siguiente.

La primera película de Garzía era sobre tres amigos que recorren Europa en una furgoneta. Creo que está inspirada en nosotros. Nunca recorrimos Europa en furgoneta, pero hicimos un interraíl. Amundsen también escribió una novela sobre tres amigos, y uno de los personajes está claramente inspirado en Garzía. Bueno, es Garzía, tal cual.

–A mí me gustaría ser como ése –dijo Garzía cuando leyó el libro.

LA INTERIORIDAD

–Breda –leí–. Utrecht. Leeuwarden.

–Mondrian. Vermeer. Dibbets –dijo Garzía.

–Mientras uno duerme es cuando mejor escribe –dijo Valeria.

–Rajoy ha sido un poeta malísimo –dijo Amundsen.

–Lo interior desea salir más de lo que lo exterior desea entrar –dijo Garzía.

–¡Es al revés! –dijo Amundsen.

–Hay ciudades que están para adentro y otras que están para afuera. Ámsterdam está para afuera y Lisboa para adentro –dijo Garzía en Lisboa.

–Ámsterdam no está tan para afuera, fortunatamente –dijo Rebe.

–Parece que está abierta, pero en realidad está cerrada. Me refiero a eso cuando digo que está para

–Pero Ámsterdam no es así.

–No tiene alma. Parece que su alma es el comercio, la Liga Hanseática.

–Pues Ámsterdam no estaba, listillo. Es más, hubo una guerra entre Holanda y la Liga Hanseática por el control de las rutas

–Pero Rebe, me estás dando la razón.

–Lo sabe todo el mundo. Fue en el siglo XV y terminó con el Tratado de Copenhague. Mira, por ejemplo, si comparas Ámsterdam con Copenhague

–Bueno, es que eso ya es

–¿Sabes lo que significa «Copenhague»? –preguntó Rebe.

–Ni idea –dijo Garzía.

–«Ciudad de los mercaderes».

–Sabes unas cosas que

–Y entonces Lisboa sí que tiene alma, ¿no? Tú también sabes

cosas bastante curiosas. ¿Dónde está el alma de Lisboa?

–No sé. En las pescaderías.

–¿En las

–Sí. El punto más íntimo de Lisboa son las pescaderías –dijo Garzía–. Están ahí como si fueran invisibles.

–Todos tenemos dentro algunas emociones o ideas que no pueden salir si no les ponemos nombre –me explicó Garzía–. Si Nico no hubiera inventado lo de mimirar, no seríamos tan conscientes de que a veces lo hacemos. O si no conociéramos el efecto, el efecto

–¿Qué?

–¡Dunning-Kruger! El efecto

–¿Qué es eso?

–Lo que os conté el otro día. La tendencia a distorsionar la autopercepción para poder sentirnos normales, a dejar fuera de campo lo que amenaza nuestra imagen de nosotros mismos o del mundo y nos muestra

–Ah, escoconder.

–Bueno, no es lo mismo.

Garzía y Amundsen siempre están hablando del corte y la quemadura. Una vez dijeron que son dos maneras de vivir el amor.

–Yo prefiero la quemadura –dijo Amundsen.

–Yo el corte –dijo Garzía.

–Ensimismados –había dicho Garzía.

–La letra de las canciones es importantísima –dijo Amundsen–. Sirve para que los cantantes puedan entrar en trance y transmitir una energía que si no

–No es la letra, es el escenario. El escenario es el lugar en el que uno puede meterse dentro de sí mismo, llegar a ser uno mismo. Eso no sucede en casa –dijo Garzía.

–Será en vuestras casas –dijo Amundsen.

–He descubierto un olor nuevo –dijo Garzía. Extendió un poco el labio inferior y sopló con fuerza dentro de su propia nariz–. ¿Veis? Se hace así.

–Eso sí que es autonomía –dijo Amundsen mientras yo me ponía a intentarlo.

–Si existiera el olor a nariz –dijo Garzía–, ¿sería el olor externo o interno?

Nico estuvo unos cuantos días jugando a poligrillo y nunca preguntó qué significaba esa palabra.

–Lo más difícil va a ser decidir dónde ponemos las comillas –dijo Garzía cuando por fin aceptó ayudarme a redactar mi libro.

–¿Por? Seguro que hay unas reglas que

–No es por las reglas. Es porque cuando pones comillas, no sólo sacas la palabra del discurso. También te sales tú.

Todos tenemos algo que escoconder. El PP escocondió a los culpables del 11-M, el PSOE escocondió la crisis económica y yo siempre estoy escocondiéndole cosas a Nico: escocondí la palabra «monstruos» detrás de «fieratones» y traté de escoconder la hernia todo lo posible.

–Ocultar lo malo –dijo Garzía.

–Pero el coco surge del intento de escoconder –dijo Amundsen.

En la época de la independencia de Cataluña, Garzía nos contó que había conocido a un cineasta gallego que había venido a presentar un documental.

–Muchas gracias a todos –dijo el cineasta gallego al terminar el coloquio–. La verdad es que aquí en Madrid me he sentido como en casa. Tanto que estoy pensando en pedir la nacionalidad española.

–Es el mejor análisis del tema que he oído –dijo Amundsen.

–Que la nacionalidad tiene que ver con algo íntimo, no con lo que diga el documento. Que lo que importa es lo que uno siente –

me explicó Garzía más tarde, cuando le pregunté qué había querido decir.

–Sí, pero a mí me gustaba que estuviese también fuera –dijo Nico cuando le expliqué que mi madre iba a estar para siempre dentro de él.

–A veces pienso que era mentira –le conté hace poco a Garzía–. En mi caso, por lo menos, creo que va dejando de estar.

–No, es que hay muchas maneras de estar –dijo él–. Es que «estar» significa muchas cosas.

–También te sales tú –dijo Garzía.

–¿Yo?

–Bueno, el que habla ahí.

–¿El que habla o el que escribe?

–Tienes razón, el que escribe.

–¿De qué trata? –preguntó Valeria sobre un libro que Amundsen acababa de publicar.

–No sé –dijo Amundsen–. De todo.

–¿De todo?

–Sí, creo que ahí se habla de todos los temas que existen. Es como

–Seguro que encuentro un tema del que no hablaste –dijo Valeria.

–Prueba –dijo Amundsen.

–La circuncisión.

Cuando Martita entró en la guardería, Garzía me contó que en su clase estaba la hija de Nacho Marrero. Nico nos oyó. Tenía cinco o seis años.

–¿Quién?

–Un cocinero muy famoso.

–¿Sabes lo que es un famoso? –le preguntó Garzía.

–Sí. Es alguien con el que todo el mundo quiere jugar.

–Muy bien –dijo Garzía.

–Es un juguete que no tiene parte de adentro –añadió Amundsen el jueves siguiente.

–Sí que tiene, pero está para afuera –dijo Garzía.

EL PASADO

–Un hippie es alguien que se parece a Tarzán, anda como Jane y huele como Chita –comenzó a leer Amundsen. Lo habían invitado a dar una conferencia sobre su escritura en una universidad de provincias–. Estas palabras, que muestran su estrecha vinculación con el séptimo arte, son de un actor llamado Ronald Reagan. Las pronunció en 1966, durante la campaña electoral que lo llevaría a ser gobernador de California.

Amundsen explicó entonces que las autoridades académicas le habían pedido que hablara sobre el origen de su escritura y él había pensado que su escritura estaba hecha de amor y de rabia y entonces se le había ocurrido relacionarla con los hippies y los punks.

–Cuando Reagan acababa de jurar su cargo, el 14 de enero del 67, unos hippies organizaron un encuentro en el Golden Gate Park de San Francisco. Además de disfrutar de la vida, querían expresar su rechazo hacia la guerra de Vietnam. El contingente norteamericano había pasado de 23 000 soldados en el 65 a medio millón en el 67.

–¿Tú crees que estos datos son de verdad? –le pregunté a Garzía, que hizo un gesto como si eso no importara.

–Los hippies recuperan símbolos gastados, como las flores –continuó Amundsen–. Hay ahí algo de ingenuidad y algo de desafío. O mejor dicho, en su ingenuidad está su desafío. Su estrategia es la negación de la violencia. ¿Os recuerda a alguien?

Una estudiante levantó la mano.

–A Gandhi.

–No está mal esa asociación –dijo Amundsen–, también tiene que ver. Pero yo estaba pensando en Cristo. El pelo largo, el misticismo, el interés por la meditación y la trascendencia, los valores anticonsumistas, antimaterialistas, espirituales. Y sobre

todo, el rechazo del dinero. Todo es gratis. Reparten comida gratis, organizan centros de salud gratis, ofrecen alojamiento gratis. Rechazan también la propiedad privada.

–Ya me imagino dónde va a ir a parar –me dijo Garzía. Habíamos querido acompañarlo, como me acompañaron ellos cuando me operaron de la hernia.

–Pero, sobre todo, me interesa su idea de que el amor debe ser gratis. El amor libre.

Garzía me miró significativamente.

–Cien mil hippies se concentran en San Francisco ese verano, que se conoce como el Summer of Love. Yo soy hijo del Summer of Love.

–Qué bonito nombre –le dije a Garzía, que parecía muy interesado.

Amundsen siempre dice que la revolución que a él le interesa, por la que él trabaja, es una revolución de la sensibilidad, que engloba el feminismo, por supuesto, y rechaza el culturismo y el materialismo y el equilibrismo. Garzía dice que toda revolución es una obsesión por el pasado. A mí me interesaría una revolución que me quitara el miedo a morir, que me permitiera pensar que Nico va a estar contento cuando yo me muera.

Mi padre no se fue de casa cuando yo era pequeño. Se quedó ahí, pero estaba como si no estuviera. Desde que nació Nico estoy trabajando para no ser él. Eso es una parte de las redefiniciones.

–Las redefiniciones no se acaban nunca –dijo Garzía–. Es como lo de los problemas y las soluciones. Ahí hay algo que se precipita y se disuelve.

–Toda determinación es una negación –dijo Garzía que dijo Spinoza. No sé lo que significa, pero sé que habla de nosotros.

–La madre del Summer of Love, evidentemente, es la píldora anticonceptiva, que se había comercializado en los Estados Unidos en 1960 y en otros países occidentales en 1961. En algunos países

comparativamente avanzados, la homosexualidad dejó de ser ilegal en los años sesenta. ¿Os dais cuenta? ¡Ilegal! ¡Hasta los sesenta! Eso fue antes de ayer. Pero antes, hasta dos siglos antes, era mucho peor que ilegal. No era un simple delito, era un pecado.

–Eso está bien –dijo Garzía.

–En esa época también influyeron mucho las mejoras en la educación. Pensemos que la mayoría de los que fueron a San Francisco eran estudiantes, no proletarios. Pero muchos eran hijos de proletarios. Es decir, que el padre del Summer of Love, o la otra madre, mejor dicho, es la movilidad social. Hay un cambio de valores porque muchos chicos de clase baja, de familias tradicionales y convencionales, tienen acceso a la educación. Se resquebraja entonces la sociedad de castas. Hay un empoderamiento del pueblo llano, que

–¿Empoderamiento? ¿Cómo puede

–Lo dice irónicamente –me explicó Garzía–. ¿No has oído su tono de voz?

–No, estoy escuchando las palabras –dije.

–Y el rock, la música popular, contribuye mucho a eso. En cierto nivel, se acaba la sumisión de otros tiempos. Y todo tiene que ver con el dinero. Esos músicos, que son un modelo para la juventud, son millonarios y de clase baja. Y aportan una idea muy importante sociológicamente: todo el mundo puede tocar música, todo el mundo puede ser artista. Esta idea posibilitará el pop art y el punk. Desde el punto de vista de los intelectuales y artistas de izquierdas, esto es un arma de doble filo: se debilita el sistema de castas y se democratiza la cultura, lo cual satisface a su parte izquierdista, pero los valores asociados con la aristocracia, el genio y el talento, lo refinado y lo sutil, son sustituidos por un valor más grosero, el dinero, lo cual produce rechazo a su parte artística. Esto no es nada nuevo. Mozart es un producto de esta tensión. Proust describe todo este conflicto. Pero en los años sesenta se escenifica de un modo nuevo. Por detrás de todo, y esto es lo que me interesa, hay una palabra: la utopía. Aparecen con mucha fuerza y con nuevas formas la fe, la esperanza y, como he dicho antes, la caridad.

–Va a proponer la fundación de una iglesia –me dijo Garzía–. Y quizá te proponga como mártir.

Me preocupé un poco, porque no me gusta nada hablar en

público, pero por suerte Amundsen no dijo nada de mí.

–¿Entonces en qué se diferencian las repúblicas? –preguntó Nico–. Si también hay políticos, no

–La palabra «república» significa «cosa pública» –le expliqué–. La etimología nos muestra que

–¿Qué es la etimología?

–Es el estudio del origen de las palabras. Las palabras vienen de otras palabras que

–¿Y cuál es la etimología de la palabra «etimología».

–En el pasado de los nombres está su verdad –le dije a Amundsen. Gracias a Nico, había descubierto que «etimología» viene de una palabra griega que significa algo como «verdadero significado»–. En el pasado de las cosas está su verdadero

–No –me dijo Amundsen–. Las etimologías también mienten.

Creo que ya se lo había oído antes.

–Pero he dicho que mi escritura también tiene que ver con la rabia, y aquí es cuando aparecen los punks. El punk, más que una expresión de rabia, es una reivindicación del ello. Una reivindicación inconsciente, como no podía ser de otra manera, ¿no? Me seguís, ¿no? –preguntó Amundsen.

Nadie contestó nada.

–No saben de qué está hablando –le dije a Garzía en voz baja–. Es una

–No, ha sido un silencio cargado de interés –me dijo él.

–Y al mismo tiempo es una rebelión contra cierta herencia de los sesenta: con la democratización, se imponen la sociedad de consumo y la cultura del éxito, que genera mucha presión, y eso da lugar a una manera individualista de ver lo político. Se oye en la música: para tocar ciertas cosas hace falta un concierto, ceder, negociar, limitar el ello. Éstas son cosas que no les interesan nada. En Inglaterra, en los años setenta, hay mucho paro y un gran malestar social. La mejor imagen que conozco de esto es la siguiente: hay una huelga de sepultureros y en la prensa se habla de la posibilidad de tirar los cadáveres al Támesis. ¿Entendéis? La

realidad es punk. Y el planteamiento punk también tiene algo utópico: una búsqueda de la autenticidad, cuando se ha mamado tanto una cultura de la moda; una idea de lo antisocial, cuando surge en gran medida de unas condiciones sociales. Así que más que utópico, es paradójico e ingenuo. –Amundsen bebió un trago de agua. Garzía parecía cada vez más interesado. Yo seguía pensando que seguro que nadie entendía nada. Los asistentes eran muy jóvenes–. Bueno, también soy hijo del punk. Es una síntesis complicada, claro. No hay más que verme. –Unos cuantos se rieron. Garzía no–. De todos modos, son dos tendencias, dos maneras de hacer frente a la vida, que van mucho más allá de los hippies y los punks. Los surrealistas son hippies, ¿no? Y los dadaístas son punks.

–¿No se está pasando? –pregunté.

–De eso se trata –me contestó Garzía.

LO QUE NADIE SABE

Creo que uno de los grandes secretos del mundo es la seriedad de los demás. Nadie sabe la seriedad con que Amundsen escribe sus novelas llenas de ironía y ligereza, la seriedad con que Garzía se embarca en absurdos proyectos de ocho o diez meses, la seriedad con que Nico juega y baila y duerme, la seriedad con que me mira Sara cuando se apoya en la puerta del dormitorio, después de lavarse los dientes, y yo hago como que sigo leyendo el periódico o concentrado en la tele.

–No es que sea imbécil –dijo Rebe–. Ni un analfabeto. Es que

–¿Quién? ¿Nacho?

–Sí. Es que te está haciendo la pelota.

–¿La pelota?

–Sí. Cuando dice que le gusta la música de películas.

–¿Tú crees? –preguntó Garzía.

–Estoy segura. Mucha gente te hace la pelota, pero tú no te das cuenta.

–Ni ellos –dijo Garzía.

Amundsen siempre dice que sigue escribiendo a mano. No sé si es su manera de hacer la revolución. Quizá lo haga porque tiene una letra muy bonita, pero quizá tenga una letra tan bonita porque sigue escribiendo a mano.

–Me gusta corregir sobre mi letra. Me parece que cuando uno pasa algo a ordenador es como si, por estar escrito con letra de imprenta, ya fuera mejor. Como si empezara a ser de verdad al adoptar ese carácter ajeno. Y entonces uno se vuelve más complaciente.

–Tienes razón –dijo Garzía–. Es verdad, ese carácter ajeno hace que se justifiquen muchas

–Pero tú escribes tus cosas a ordenador, ¿no? –le pregunté.

–Sí.

–¿Y no te pasa eso de volverte complaciente?

–Creo que no. Es que Times New Roman ya es mi letra.

Un día soñé que estaba con Rebe en el Pandora. Llevaba un jersey gris. Yo me fijaba mucho en cómo combinaba ese gris con sus colores, con todos los colores de su cara y de sus ojos y de su voz. He estado yendo al Pandora desde que lo descubrí con Amundsen a los veinte años. En mi sueño, seguía yendo la misma gente de entonces, pagábamos con un billete de mil pesetas y se podía fumar. Sigo pensando que debería empezar a fumar. Yo estaba sentado en un taburete, apoyado en una pared, y Rebe estaba de pie y daba algunos pasos a mi alrededor, o quizá bailara como me imagino que baila frente al espejo del baño. Se veían sus colores aunque estaba un poco oscuro.

–Le he dicho a Nico que tiene que decepcionarme.

–¿Y qué ha pasado? –preguntó Rebe.

–Nada, sigue haciéndolo todo bien.

Entonces Rebe me dijo que a lo mejor no decepcionarme era su manera de decepcionarme.

–¿Por qué hay que decepcionar a los padres? –le pregunté a Rebe, y empecé a llorar.

–No sé –dijo Rebe, llorando también.

Creo que otro de los grandes secretos del mundo es la manera en que cada uno entiende el azar y la medida en que cada uno acepta su influencia.

–La gente piensa que los nombres de las cosas tienen que ver con las causas, pero en realidad tienen que ver con los efectos –dijo Garzía.

–Hay que ver las películas y leer los libros varias veces –dijo Amundsen después de la proyección–. Con una sola vez no te enteras de nada. ¿Eso no lo sabe la gente?

–Es que nadie tiene tanto tiempo –le expliqué.

–¡Tengo que daros una buenísima noticia! –dije al llegar al Pandora.

–¿Has terminado tu novela? –preguntó Garzía.

–¿Has decidido no escribirla? –preguntó Amundsen.

–No. Es que ya se ha solucionado el conflicto de Macedonia –les dije, triunfal.

–¿En serio? Pero a mí me da pena, me gustaba que

–No sé cómo no os habéis enterado –los reprendí–. Ha salido en el periódico.

–Es que no lo leemos entero –dijo Garzía.

–Yo sólo leo el horóscopo –dijo Amundsen–. Es la sección más fiable.

–Pues al final los griegos y los macedonios han acordado que la Antigua República Yugoslava de Macedonia se va a llamar Macedonia del Norte –les expliqué.

–Qué solución tan sencilla –dijo Garzía.

–Los dos han salido perdiendo –dijo Amundsen, y apagó la única vela que había encendida.

Nico tiene mucho sentido del humor. Al principio yo pensaba que sólo lo manifestaba conmigo, pero un día me enteré de que en el colegio estaba todo el tiempo haciendo bromas.

–Siempre que se ríe alguien en la clase es culpa tuya –le dijo la profesora a Nico.

Al día siguiente se lo conté a Garzía en el Retiro.

–Siempre que se ríe alguien en el mundo es culpa tuya –le dijo Garzía a Rebe cuando Rebe le habló de un libro de autoayuda que pensaba publicar.

–Siempre que estornuda alguien en el mundo es culpa tuya –le dijo Garzía a Amundsen cuando Amundsen terminó de leernos su discurso de aceptación del Nobel.

–Siempre que vomita alguien en el mundo es culpa tuya –le dijo Rebe a Garzía cuando estaban terminando de hacer el gazpacho, inspirada por el título de Truman Capote.

–Calla, maldita –dijo Garzía.

Una vez, hablando de las películas de Garzía, Rebe me dijo que Garzía no tenía vanidad.

–¿Cómo no voy a tener vanidad? –me dijo él en el Retiro.

–Es que no parece que

–Lo que pasa es que mi vanidad es más discreta, más sutil. Es mejor que las demás.

–Mira –le dijo Garzía a Amundsen cuando terminó de llenarme la casa de post-it, y le enseñó un documento. Era un texto que había escrito una cheerleader para promocionar un libro que iba a publicar Rebe. Amundsen se burló un poco, pero Garzía estaba bastante serio–. Lo grave no es que no sepan escribir, es que no sepan que no saben.

–Es lo que nos contaste una vez, ¿no? –dijo Amundsen–. Lo del efecto ese que

–Sí –dijo Garzía.

–¿Cómo se llamaba? –le pregunté.

–Ya no me acuerdo.

El día anterior había visto el letrero de *Prohibido el paso a toda persona ajena al quirófano.* Pensé que en el hospital hay unos límites muy claros, como en el ministerio hay unos límites muy claros, pero en el terreno de la escritura, en el terreno de Garzía y de Rebe y de Amundsen, puede entrar todo el mundo.

–Amundsen se equivoca –me dijo Garzía–. Lo que él encuentra sexy no es la inteligencia, sino la sensibilidad.

Cuando Nico tenía dos o tres años, le poníamos nombres a todo. Él aprendía los nombres de las cosas y yo inventaba nombres para las cosas que no tenían nombre, o cuyo nombre no conocía. Le encantaba que le hiciera cosquillas y nos inventamos un montón de nombres para las diversas clases de cosquillas. Creo que a Garzía le gustaría saberlo, pero nunca se lo he contado. Le pedí que me ayudara a redactar mi libro, sobre todo algunas partes de prosa, y al final me dijo que sí, así que creo que se lo contaré cuando

quedemos para eso.

–El dolor es un lugar –me dijo Garzía unos días después de que muriera mi madre–. Estás ahí un tiempo y luego te vas, y de vez en cuando, cuando lo necesitas, vuelves a

–Pero no sé si Nico va a

–Si lo que más te preocupaba de todo esto era cómo iba a vivirlo Nico, ¿dónde está tu dolor?

Nunca he fumado y no fumo nunca, pero cuando se acerca mi cumpleaños, fumo. Unos días antes del aniversario de su muerte empiezo a fumar, y el día de mi cumpleaños fumo mucho. Garzía me dijo que en vez de velitas, en la tarta, podía poner cigarrillos.

–No –le contesté–. No sé qué pensaría Nico.

Una vez, hablando de las películas de Garzía, Amundsen me dijo que Garzía no tenía miedo.

–¿Cómo no voy a tener miedo? –me dijo él en el Retiro.

–Es que parece que no

–Lo que pasa es que disimulo, porque me da miedo que se me note.

–Los dos han salido perdiendo –había dicho Amundsen.

–Amundsen no puede ceder –dijo Garzía–. Ya lo dijo el otro día, cuando hablaba del punk. El concepto de negociación le parece

–Amundsen no puede elegir –dije yo–. Ya lo dijo el otro día, cuando nos leyó lo del Nobel. No acepta la pérdida que implica toda elección. Por eso siempre está

–¿Qué quiere Amundsen? –preguntó Rebe–. ¿Otro Mayo del 68?

–Él hablaba de las mujeres, creo –dijo Garzía.

–Sí. Es como si no pudiera

–Ya hace cincuenta años –dijo Rebe–. ¿Tú crees que en Francia a nivel estatal organizarán algún

–No sé.

–Os voy a contar una cosa que leí en un libro el otro día –dijo Rebe–. Me encantó. Resulta que a principios de los setenta le

preguntaron a un alto dirigente chino qué opinaba de la Revolución Francesa.

–Pero Rebe –dijo Garzía–. Si esa historia es más vieja que

–Yo no la conozco –dije.

–Bueno, pues dijo que todavía era demasiado pronto para valorarla –me explicó Rebe.

–¡Doscientos años más tarde! –me explicó Garzía–. Es un típico ejemplo de sabiduría oriental. La noción del tiempo allí es otra

–No, eso es lo que pareció al principio, pero en realidad es que pensaba que le estaban preguntando por lo de Mayo del 68 –continuó Rebe–. Seguro que en chino las dos cosas tienen nombres

–¿De verdad?

Garzía estaba entusiasmado y no podía dejar de mirar a Rebe.

–Claro. Es lo que te

–¿Qué libro era?

–Uno sobre Mayo del 68. Ahora es el aniversario y me gustaría publicar

–Ya han pasado cincuenta años –calculé–. Ya podríamos valorarlo.

–Yo soy hijo del Summer of Love –había dicho Amundsen.

–Yo soy hijo de Mayo del 68 –dijo Garzía–. Me encanta.

Yo soy hijo de mi madre, pensé.

–Perdón por ser tan realista –dijo Rebe–, pero os voy a ofrecer algunos datos para que lo valoréis mejor. En junio del 68

–Dirás mayo –dije yo.

–No, en junio, al mes siguiente, el Gobierno francés decidió repartir unas migajas entre los sindicatos: subió un poco el salario mínimo, bajó un poco la edad de jubilación y redujo la jornada laboral. Entonces los obreros se apearon de la revolución. Poco después convocaron elecciones y la izquierda se dio un batacazo tremendo. La gente tenía miedo, nadie quería más barricadas ni adoquines ni

–Es el precio de los sueños –dijo Garzía. Me pareció que se había puesto un poco melancólico.

–Comparado con la Primavera de Praga –dijo Rebe–, lo de Mayo del 68 parece una pataleta de

–Pero algunas cosas sí se consiguieron, ¿no? –pregunté yo.

–Ha sido el mejor viaje de mi vida –me contó Garzía al volver de Portugal.

–¿Sí? –le pregunté–. ¿Viste los azulejos?

–No he visto ni uno. Me quedaba todas las tardes en el hotel escuchando fados con el terminal.

–No entiendo para qué quiere la gente viajar al extranjero si todavía hay tantos sitios en España por conocer –dijo Sara.

–¿Sabes que hay otro Tratado de Copenhague?

–¿Qué? –dijo Rebe.

–Además del que me dijiste tú. Hay otro. Es muy posterior, de 1660. Lo he buscado. No tiene nada que ver con Holanda. Es

–¿De verdad? –dijo Rebe, decepcionada

–Sí. Firmaron la paz los daneses y los suecos y fijaron las fronteras entre los dos

–Pero no puede ser.

–Tienes razón. Le podrían haber puesto otro nombre, ¿no? Hay que ser

–¿Cómo lo habrías llamado tú?

–Tratado de Lisboa –dijo Garzía.

Una vez, hablando del patrón de Ámsterdam y de las navidades, Rebe me dijo que Nicolás era su nombre favorito. Por eso propuse que llamáramos así a Nico, aunque ni Sara ni Nico lo saben. Lo que no sé es si lo sabe Rebe.

UNO Y TRINO

A veces pienso que el miedo de Garzía es una extensión de mi miedo, que el deseo de Amundsen es una sucursal de mi deseo, que Garzía y yo somos para Amundsen un sueño de estabilidad, que somos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; la tesis, la antítesis y la síntesis; el ello, el yo y el superyó; la infraestructura, la estructura y la superestructura; la Tierra, la Luna y el Sol; el pasado, el presente y el futuro; el hambre, la sed y la saciedad.

A veces, cuando Amundsen me está contando algo, me pongo a pensar en otra cosa, en algún sello que no he puesto esa mañana en el ministerio, en algo que ha dicho Nico, en lo que voy a hacer al día siguiente; o me quedo escuchando su voz sin entender lo que dice, las trayectorias y los huecos del sonido. Eso nunca me pasa con Garzía.

–Nunca te vas a librar de mí –le dijo Garzía a Rebe en su aniversario.

–Nunca te vas a librar de mí –le dije a Nico en el autobús.

–Nunca te vas a librar de mí –le dice el fantasma de Valeria a Amundsen de vez en cuando.

–Ni tú de mí –me dijo Nico, y me apretó la mano.

A veces pienso que hay una Sara en Rebe, una Valeria en Sara, que Nico y Martita y el hijo que Amundsen no ha tenido son una misma cosa con distintos nombres, que una de las dimensiones de un hijo es la posibilidad de que no hubiera nacido.

–Llamarse García es como no tener nombre –dijo Garzía, mirándome–. Los nombres son para diferenciar las cosas.

–Los nombres no sólo son para diferenciar –dijo Amundsen–. Son para lo que son. O sea, pueden ser para varias cosas, no siempre son para lo mismo. Algunos son para mostrar una distinción, otros son para mostrar una semejanza. Los apellidos, por ejemplo, indican

–Llamarse Amundsen muestra un desplazamiento, ahí hay algo que está fuera de lugar –dijo Garzía.

–Llamarse Garzía también –dijo Amundsen.

–Una vez conocí a dos hermanas españolas que se llamaban Belén las dos –dijo Rebe, recién llegada de Holanda.

–Serían gemelas –dijo Garzía.

–No. María Belén y Ana Belén.

–Qué raro –dije yo.

–No tanto –dijo Garzía, mirando por la ventana.

A veces me pregunto si somos tres personas o tres dimensiones de una misma persona, tres nombres de una misma cosa.

–Los nombres no importan, lo que importa son las cosas –dije yo.

–No –dijo Garzía.

–No –dijo Amundsen.

A veces voy con Nico y con mi madre, y entonces me pongo a llorar y tengo que pensar en otra cosa. Pero a veces también voy con Nico y con mi padre.

–Es rico para los dientes –había dicho Nico.

–A mí me importa que sea rico para el paladar –había dicho yo.

–Es mejor comer primero lo salado, abuelo –dijo Nico.

–No importa el orden –dijo mi padre–. En el estómago todo se mezcla.

Me gusta mucho que cuando tenemos algo importante, siempre nos acompañamos. Ellos me fueron a buscar al hospital, como

acompañamos a Garzía a Londres o a Amundsen cuando tiene una conferencia o una presentación.

–Me ha encantado lo del amor y la rabia –le dije.

–Pues a mí me

–Es una tontería –dijo Amundsen–. Hablar del amor y la rabia es como no decir nada. Esos artículos de opinión totalmente blandengues que publican los escritores en los periódicos también están hechos de amor y de rabia. De amor, rabia y sentido común. ¿Cómo puede un artista emplear una tribuna para reivindicar el sentido común? Hablan como creen que deberían hablar los políticos. El arte es otra cosa. Tiene que iluminar algo un momento y después desaparecer. Dura un instante, el tiempo de cambiarles los nombres a las cosas durante un instante y ya está.

–Las cosas se ocultan tras sus nombres –había dicho Valeria–. Habría que quitárselos. Desnudarlas. Encontrar sus otros nombres.

–Yo creo que el amor, la rabia y el sentido común tendrían que ser una misma cosa –dijo Garzía.

–¿Cómo van a

–No lo sé.

A veces voy con mi padre y mi madre, y entonces soy pequeño. A veces voy con Nico y Sara. A veces voy con Garzía y Amundsen. Es el más perfecto de los números. Voy a buscar a Nico al colegio y en el patio me pongo a llorar pensando en que en algún momento ya no va a jugar en ese patio, y quién sabe dónde y con quién jugará.

–Yo sé cómo te vas a morir tú –me dijo una vez Amundsen.

–¿Cómo?

–En la cama, muy tranquilo.

Me gustaría que no me importara morirme, poder aceptar que las cosas se terminan alguna vez, que Nico pudiera seguir viniendo a jugar a este patio cuando lo necesite, cuando tenga hijos o cuando recupere su infancia, cuando yo esté muerto.